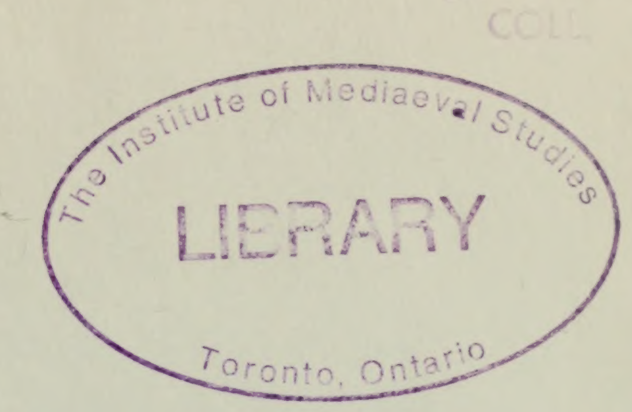

The Institute of Mediaeval Studies
LIBRARY
Toronto, Ontario

ENSAYOS

DE VULGARIZACIÓN HISTÓRICA

I

JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

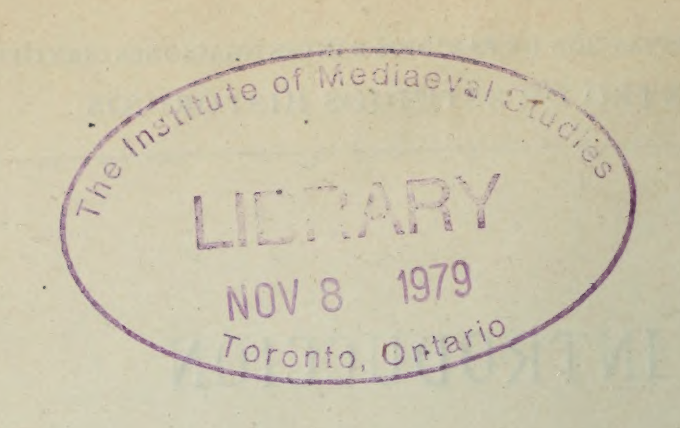
INTRODUCCIÓN
A LA
HISTORIA SILENSE

CON VERSIÓN CASTELLANA DE LA MISMA
Y DE LA CRÓNICA DE SAMPIRO

POR

M. GÓMEZ-MORENO

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, núm. 20.
—
1921



INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA SILENSE

Concepto y carácter.—El concepto de esta obra histórica resulta en ella misma perfectamente declarado: su autor se propuso narrar la vida y hechos gloriosos del emperador Alfonso VI, vindicando en especial, como gobernante, su catolicismo. Pero, antes de entrar en materia, juzgó conveniente explayarse relatando las dificultades con que tropezó antes de reinar, y también los orígenes de su reino, desde que Pelayo lo fundara, ciñendo luego la relación de su incremento y vicisitudes sucesivas a los reyes progenitores del Emperador, por ambas ramas, de madre y de padre.

Este programa sólo en una parte exigua resulta cumplido. Quizá la muerte le impidió rematarlo, explicando este defecto la escasa divulgación que tuvo en lo antiguo el libro; de suerte que la historia de Alfonso, su héroe, desde que muerto Sancho y preso García, hermanos suyos, recibió íntegra la herencia paterna, no sólo falta en el códice príncipe, sino que aun otras historias, que sobre su relato se fraguaron en breve plazo, ningún indicio descubren de haber sabido más de dicho rey por este conducto. Añádase que la parte hecha ofrece, a su vez, un corte, probando que el asunto se acometió por dos lugares independientemente y que faltan términos de enlace.

El primer trozo comprende desde el principio hasta la muerte de Ordoño II, relatando, sobre todo al final, hechos que aparecían como desconocidos; es decir, separándose de las narraciones de Sebastián, el Albeldense y Sampiro. El segundo trozo empieza con el texto de este último cronista, sobre copia exacta y, al parecer, completa, siguiendo luego con amplificaciones respecto de Almanzor, Bermudo II y Alfonso V, tras de lo que viene el relato de la progenie masculina del Emperador e historia del rey Fernando, su padre.

Contiénense aquí, pues, dos tratados: el principal, como bosquejo e incompleto, y la crónica obra de Sampiro, según testimonio de Pelayo de Oviedo, aunque bajo redacción diferente de la que éste incluyó en su libro, sin interpolaciones y más larga, puesto que llega hasta 999, reinando Alfonso V ya. Como ella será tema de otra publicación especial, encomendada al Sr. Artigas, pásase aquí por alto su estudio.

Ciñéndonos a los otros dos fragmentos, parte original del libro, conviene observar su discrepancia respecto de las crónicas, su carácter crítico y filosófico, sus pujos literarios; en una palabra, su clasicismo, volviendo a las tendencias históricas de siglos más cultos. Merece, por tanto, reputarse de novedad su concepción, como uno de los ejemplos primeros conocidos de renacimiento literario sobre modelos romanos y sobre Salustio en especial, según veremos. No es la obra de un erudito, como Pelayo de Oviedo, ni la de un ingenuo y ordenado narrador, como Sampiro, sino la de un literato: él hace obra bella, se recrea escribiendo y se preocupa del efecto expositivo, dando cabida a descripciones, ya de paisaje ya de edificios; en ciertos episodios la narración toma acentos dramáticos, como en la muerte de Sancho, las bata-

llas de Gormaz y Atapuerca y, sobre todo, la muerte de Fernando, verdadero modelo de patética y, a la vez, sobria evocación; además, él razona y moraliza, inquiere las causas de los hechos, a base de un credo providencialista, conforme con la tradición agustiniana, y, sobre la trascendencia política de los sucesos, erige valores pasionales, que dan color y matices a sus disquisiciones históricas.

Entre ello y lo de Pelayo, escrito algo después quizá, resulta diferencia en que la obra de este último es una compilación de crónicas enlazadas, como verdadera historia general, pero desmereciendo mucho sus amplificaciones, así por la barbarie de estilo como por falsedades, consejas y errores conocidos en lo que fué su especialidad: las genealogías y óbitos de reyes. Sin embargo, aun la historia Silense admite ascendencias nada probables y registra episodios de carácter pelagiano, como el de la cruz Angélica y aparición de Santiago al peregrino, acogidos quizá sobre tradiciones vulgares. Otro prodigio, el de Covadonga, pende todo de relatos más antiguos.

Esta mezcla de dotes contradictorias, o sea desequilibrio entre un ideal histórico y las condiciones personales de quien lo aplicaba, dejan al descubierto faltas de crítica y de experiencia social en nuestro autor, que no sabía reconocer sino vicios y virtudes personales como impulsores históricos; mas ello solamente juzgando sucesos remotos y sobre criterio ajeno. En lo más próximo, si su natural recto y honrado no le consintió callar culpas, también es verdad que suele disculpar sus móviles, mostrándose benévolo y ligado a las conveniencias sociales; no precisamente a las dinásticas, porque aun los musulmanes le merecieron alguna consideración.

Por esto mismo es notable la insistencia con que motejó

a los francos, negando veracidad a sus crónicas sobre una ayuda eficaz de ellos en la empresa de nuestra reconquista, y tildándolos de venales, de sibaritas y aun casi de cobardes. Cierto es, desde luego, que los analistas francos, aun los más juiciosos, atribuyeron a Carlomagno conquistas en España que nunca poseyó, insinuándose primero en forma algo ambigua y precisándolas a capricho luego (1), hasta dar en la explosión de falsedades, a base de un dominio de Carlos en España, que constituyen la crónica de Turpín, casi coetánea de nuestra historia. Las protestas de su autor no eran, pues, infundadas; mas, sabiendo el influjo que lo francés alcanzó en la corte de Alfonso VI, estos reproches tienen cierto aire de vindicación nacionalista, quizá contra un posible espíritu de superioridad que los cluniacenses y otros advenedizos desplegaran, a título de proteccionismo, ante nosotros.

Otra característica suya es la tendencia al plagio, usurpando conceptos extraños, según iremos viendo, de suerte que la realidad histórica, lejos de garantizarse en tales pasajes, cabe reputarla degenerada en mero artificio literario, como cuando aplica a Fernando lo que siglos atrás venía dicho de Carlomagno por sus cronistas, o cuando vemos trasladados al siglo XI rasgos y episodios de Catilina y de Yugurta. Son procedimientos que traspasan la raya de las apor-

---

(1) Dice Eginhardo, en su *Vita Karoli Magni*, núm. XV: «Ipse per bella memorata primo Aquitaniam et Wasconiam totumque Pyrenaei montis iugum, et usque ad Hiberum amnem, qui apud Navarros ortus et fertilissimos Hispaniae agros secans, sub Dertosae civitatis moenia Balearico mari miscetur; deinde Italiam totam... in deditionem suscepit.» La crónica de San Benigno de Dijón, interpolando lo de Eginhardo, dice que conquistó Carlos «Pampilona, Osca, Barsilona atque Gerunda», inspirándose en esta frase de los *Annales Petaviani:* «Adquisivit civitatem Pampalona. Deinde accepit obsides in Hispania de civitatibus Abitauri atque Ebilarbii, quorum vocabulum est Osca et Barzelona necnon et Gerunda.» Véase adelante, pág. XI.

taciones sobre que el historiador actúa; pero, en cambio, valen como indicio de su acción personal en cada pasaje del libro, que se redactó íntegramente por una sola persona, excepto lo de Sampiro, contra lo que algunos críticos habían juzgado.

Fuentes.—Historiándose en este libro sucesos relativamente lejanos respecto del autor, conviene indagar las fuentes donde se beneficiase, para juzgar del crédito que sus noticias merecen.

Las citas expresas redúcense a textos de la Sagrada Escritura, a santos padres comentaristas del libro de los Reyes, sin nombrarlos, donde el autor recogió sentencias orientadoras para su trabajo (7.$_{3}$) (1); a la *Chronica* de Isidoro Hispalense, respecto de Constantino y su postrema caída en el arrianismo (3.$_{17}$); a Gregorio, papa, en sus *Diálogos*, a propósito del martirio de Hermenegildo y conversión de Recaredo (4.$_{13}$), y a Isidoro, otra vez, pero erróneamente, atribuyéndole el libro sobre la rebelión de Pablo contra Vamba, cuyo autor es Julián Toledano (6.$_{9}$).

La aportación tomada de Gregorio llega a ser literal, como se observa en el siguiente cotejo de textos:

Gregorio	Silense
Post cuius mortem Recharedus rex non patrem perfidum, sed fratrem martyrem sequens, ab Arrianae haereseos pravitate conversus est... verae fidei praedicator factus est. (*Dialogor. lib.* III, XXXI.)	Post cuius mortem Recaredus rex, non patrem perfidum sed fratris martiris vestigia sequens, ... predicator veritatis factus, insaniam arrianorum abhorrens omnino extirpavit. (4.$_{9}$)

(1) Ésta y las sucesivas citas de nuestra historia, hechas en igual forma, corresponden a páginas y líneas del texto de ella publicado en el Centro de Estudios Históricos, por el Sr. Santos Coco: Madrid, 1919.

Además, aunque no se declare, resulta evidente que el pasaje relativo a la rebelión de Narbona bajo Recaredo (4.20) se tomó de Pablo Emeritense en esto que sigue:

Ea igitur tempestate apud Galliarum eximiam urbem Narbonam huiuscemodi contra fidem catholicam diabolus excitavit seditionem... Duo denique comites inclyti licet opibus et nobiles genere, profani tamen mentibus et ignobiles moribus, Granista videlicet et Wildigernus, una cum ariano episcopo nomine Athalocus... multitudinem francorum in Gallias introduxerunt, quatenus vi pravitatem arianae partis vindicarent, et si fieri potuisset regnum viro catholico Reccaredo praeriperent. Interim per idem tempus innumerabilem clericorum religiosorum et omnium catholicorum interficientes multitudinem immensam fecerunt stragem. (*España sagrada*, t. XIII, pág. 381.)

Luego, concluye la narración (5.16) copiando, textualmente en parte, esta cláusula de Isidoro Hispalense: «Residua vero exercitus pars praeter spem in fugam versa, gothis post tergum insequentibus, usque in regni sui finibus caesa est.» (*Hist. goth.*, sub aera 624.)

Pero el texto que en lo sucesivo se trasluce más, a través de nuestra historia, es el publicado por el Sr. Barrau-Dihigo en 1910, con nombre de Seudo-Sebastián (1). Parece que sobre él se fraguó lo relativo a la rebelión de Pablo, no obstante la cita de Isidoro, que allí se consigna. Del mismo penden: lo que se relata de Vitiza, casi íntegro; lo de Çovadonga, en absoluto; las historias de Alfonso el Católico, de Froila, de Alfonso el Casto, en gran parte, y así también las de Ramiro y Ordoño. Transcribir paralelamente ambos textos resultaría demasiado largo, y no es difícil para cualquiera comprobar la

(1) «Une rédaction inédite du Pseudo-Sébastien de Salamanque», *Revue hispanique*, t. XXIII, pág. 235. Repetido por el P. García Villada, en la *Crónica de Alfonso III*, 2.ª redacción, pág. 99.

paridad de datos y locuciones que el cotejo descubre. Generalmente se disminuye la cantidad de información, pero diluyendo en frase más redondeada la copia; se dan valoraciones, se moraliza, se inducen motivos; en fin, se pinta el cuadro a gusto de los ideales que el autor acariciaba, como tantos y tantos historiadores modernos que pasan por buenos. Algunas ligerezas resultan menos perdonables, como achacar a Vitiza maldades con Teodefredo que cometió Egica, confundir a Munuza con Muza, y a Carlos el Calvo, con Carlomagno, relacionándolo con Muza, rey de los Benicasi.

La otra crónica, reputada hasta hoy como primordial y obra de Sebastián o de Alfonso el Magno, con error que aparte estudiaremos, no dejó rastro en la historia Silense, como tampoco la crónica de Albelda, si bien algunos datos coinciden con ella; en cambio, la nómina real del códice Rodense (1) debió servir para ajustar la cronología de Froila, Ramiro y Ordoño.

Otro pasaje, el de Roncesvalles, proviene de las fuentes más acreditadas francesas, a saber: la *Vita Karoli Magni*, por Eginhardo, y los *Annales*, atribuídos al mismo. Estas dos obras fueron explotadas ampliamente por nuestro historiador, como adelante veremos, y tuvieron virtud para caldear sus amores nacionales, protestando contra un imperialismo de pluma franco, según va dicho. Mas también hay algo de injusticia en motejar al gran historiador carolingio, cuando precisamente le debía la orientación y el aire de su libro. Concretando al punto histórico, la narración aludida (16. 5) condensa los dos textos franceses, poniendo en términos, al pa-

(1) Academia de la Historia: colección Abad y Lasierra, t. VII.

recer, justos el alcance del hecho. Helos aquí a la letra, en cuanto pasaron al relato español:

«[1]Cum enim | [2] per continuos triginta tres annos | [3] assiduo ac pene continuo cum saxonibus bello certaretur, | [4] venit... ad regis praesentiam de Hispania saracenus quidam nomine Ibinalarabi, cum aliis saracenis sociis suis, dedens se ac civitates, quibus eum rex saracenorum praefecerat... | [5] Tunc rex persuasione praedicti saraceni spem capiendarum quarundam in Hispania civitatum haud frustra concipiens, congregato exercitu profectus est; superatoque in regione vasconum Pyrenei iugo, primo Pampelonem navarrorum oppidum aggressus, in deditionem accepit. Inde Iberum amnem vado trajiciens, Caesaraugustam praecipuam illarum partium civitatem accessit; acceptisque, quos Ibinalarabi et Abithaur, quosque alii quidam saraceni obtulerunt, obsidibus, Pampelonem revertitur. Cuius muros, ne rebellare posset, ad solum usque destruxit; ac regredi statuens, Pyrenei saltum ingressus est. | [6] Omnibus quae adierat oppidis atque castellis in deditionem susceptis, salvo et incolumi exercitu revertitur; praeter quod in ipso Pyrenaei iugo wasconicam perfidiam parumper in redeundo contigit experiri. Nam cum agmine longo, ut loci et angustiarum situs permittebat, porrectus iret exercitus, wascones in summi montis vertice positis insidiis, ... extremam impedimentorum partem, et eos, qui novissimi agnimis incedentes, subsidio praecedentes tuebantur, desuper incursantes, in subjectam vallem dejiciunt; consertoque cum eis praelio, usque ad unum omnes interficiunt; ac direptis impedimentis, noctis beneficio, quae iam instabat, protecti, summa cum celeritate in diversa disperguntur... In quo praelio Eggihardus regiae mensae praepositus, Anselmus comes palatii et Rotlandus Brittannici limitis praefectus, cum aliis

compluribus interficiuntur. Neque hoc factum ad praesens vindicare poterat; quia hostis re perpetrata ita dispersus est, ut ne fama quidem remaneret, ubinam gentium quaeri potuisset» (1).

Añade el texto Silense por cuenta propia el nombre de Abderrahman exactamente, la acogida de los pamploneses y llamar navarros a los protagonistas de la batalla. La alusión a las termas de Aquisgrán, basada en otro pasaje de Eginhardo (2), más que calumniosa parecería ridícula si no reflejase un estado de opinión suscitado por el desastre de Sacralias, que determinó la prohibición de los baños por Alfonso VI (3). Más adelante (30.20), cuando se motejan las citas de comidas cortesanas, alúdese al dato, siempre consignado en dichos *Annales*, de los sitios donde Carlos celebraba anualmente las pascuas de Navidad y Resurrección: tampoco era cosa de enfadarse por ello; y, desde luego, el apasionamiento de mala fe contra Carlos no es disimulable sino ante el estrecho y pobre criterio habitual de nuestro historiador.

De fuentes para nosotros desconocidas proceden algunos pasajes importantes. Así, el retrato moral de Rodrigo, que sólo coincide con la relación árabe del Ajbar Machmua (4), y otro tanto se diga de su aventura con la hija de Julián. Lo demás, relativo a la conquista musulmana, sus móviles y proceso, constituye la versión norteña más amplia, y va de

(1) Los trozos 1, 2, 3 y 6 corresponden a la *Vita Karoli*, párrafos VII y IX; los 4 y 5, a los *Annales*, años 777 y 778. En Bouquet, *Rerum Gallicarum scriptores*, t. V.

(2) *Vita Karoli*, párrafo XXII.

(3) «Perquisivit autem rex Adefonsus a sapientibus, quare sui milites non poterant laborem exercitus tolerare. Responsumque est illi: quia eo quod erant balneis dediti, et admodum delicati. Tunc rex fecit balnea sui regni destrui, et milites variis exercitiis insudare.» Lucas Tudense, pág. 102, 5.

(4) Edición de Lafuente Alcántara, pág. 19.

acuerdo casi toda con los textos árabes fidedignos, probando una común fuente de origen. Los principios del reino de Pamplona (62.22), aunque relatados con cierta originalidad, resultan miserables en cuanto a nombres, puesto que, al dar la ascendencia paterna de Alfonso VI, no se pasa de García II, haciéndolo descendiente del duque Pedro de Cantabria, consuegro de Pelayo, contra todo lo que sabemos. Además, alúdese a Sancho Garcés y a García I, su hijo, con fechas quizá exactas consignadas en notas marginales (47 y 48) (1).

Nuestro historiador no alcanzaba novedades sobre sucesos asturianos; mas sí de topografía respecto de Covadonga, y también de Oviedo, puesto que habla del Arca santa, de la capilla de santa Leocadia y Cámara de las reliquias, obras del rey Casto (24.17), y de las iglesias de Naranco, erigidas por Ramiro (29.18), que describe perfectamente. El origen de la cruz de los Ángeles (25.3), bajo relato quizá fidedigno y hasta natural, si se desecha la inminencia del desenlace, tiene aspecto de tradición recogida oralmente; y pruébase que la iglesia de Oviedo no reconoció milagro en ello, por cuanto Pelayo, su obispo, muy dado a prodigios, no lo incluyó en su crónica.

Los hechos de Alfonso el Magno, García y Ordoño II (33.19 a 41.4) van tomando amplitud progresiva en nuestra historia, con independencia de las otras crónicas, hasta la batalla de Gormaz, faltando noticias de dos tercios del reinado de Ordoño, en que sólo se cosecharon desastres. Parece verosímil, pues, que el relato provenga de fuente coetánea e interesada; y como precisamente el texto del Seudo-Sebastián anuncia en su epígrafe que abarcaba hasta tiempos de dicho

---

(1) Los años que reinó este García deben ser XXXXV para que el cómputo resulte exacto. La fecha de la pág. 63, línea 17, realmente no corresponde al texto, sino a las notas marginales aludidas, y debería leerse MXXXVIII.

rey, a la sazón vivo, resulta presumible que la parte final—adición seguramente, hoy perdida y referente a los mismos reyes—diese materiales a nuestro historiador para su relato; mas no cabe duda sobre que él la refundiese, redactándolo de nuevo, por alusiones a Almanzor e identidad de estilo y de plagios: este argumento es definitivo y de comprobación fácil.

Sigue la crónica de Sampiro hasta principiar el reinado de Alfonso V. Débese al Sr. Blázquez haber vindicado por suyo el final con la historia de Bermudo II, según lo acreditan con certidumbre, el elogio de este rey, cuyo notario fué precisamente Sampiro, y las frases copiadas de ello por Pelayo de Oviedo ($58._{1, 2; 20 a 23}$). Aquí nuestro autor no parece haber puesto mano, manteniéndose como cosa ajena en su libro.

Todavía podemos comprobar la fuente de que proviene el relato amplísimo del descubrimiento y traída a León del cuerpo de san Isidoro. Su original, como actas, consérvase, escrito en letra mozárabe de fines del siglo XI, a lo último de un códice con el *Scintillarum liber* de Álvaro, que hay en la Biblioteca Nacional (1), y su transcripción va por apéndice de este volumen; otro ejemplar, de la Catedral de Toledo, sirvió a los Bolandos para publicarla, si bien incompleta (2), y un tercero hubo quizá en el monasterio de Sahagún, que ardió en 1590 con toda la librería, según cierto pasaje copiado por Sandoval (3), siguiéndole allí estos versos:

Hispalis Isidoro dives urbs ditata patrono,
qui conspicuam doctrinis fecit et altam,
hunc Legio, sed habet, colit et veneratur honore.

(1) Ms. 112, f. 105 v. Lo publicó Flórez en la *España Sagrada*, t. IX, pág. 370, con algúnas incorrecciones.

(2) Citadas y acotadas sus variantes por Flórez en el lugar arriba dicho y pág, 206.

(3) *Fundaciones: Sahagún*, f. 70.

No solamente coincide en lo sustancial dicho relato con nuestra historia, sino que su estilo y dejos clásicos—«emenso Olimpo sol occubuerat» (95.$_{24}$)—y aun su preámbulo, donde se comenta a grandes rasgos la calamitosa invasión agarena, inspiraron repetidas veces al autor de la historia Silense. Júzguese por el siguiente cotejo:

ACTAS

Quia (Rudericus) rex... vitiorum se dominio mancipaverat... omnis exercitus (gotorum) fere ad internitionem usque gladio deletus est... Qui quantas cedes quantasque strages nostrorum dederint, testantur eversa castra et antiquarum urbium diruta menia. Ea tempestate omnis Yspania luxit... thesauros ecclesiarum direptos, omnes incolas ferro flama fame consumptos. Tandem pietas illa que... flagellando misericorditer corrigere...

Qualiter autem... divina manus pro nostris pugnaverit...

regnum gotice gentis, semsim atque paulatim cepit veluti virgultum ex rediviva radice pullulare

... auro et gemmis librisque ornarunt

Ex quorum illustri prosapia emersit vir clarissimus Fredinandus Sancii regis filius

non est nostra intentio evolvere quantam et quam crebram perniciem... (93.$_{15}$ a 94.$_{31}$).

SILENSE

... Suo dominio mancipaverunt (15.$_{18}$). Omnesque... gotorum milites... fere usque ad interemptionem gladii pervenere (15.$_{15}$). Qui nimirum quantas cedes quantasve... christianorum strages fecerint... subversa civitatum menia... (15.$_{21}$). Eadem vero tempestate in Yspania omnis divinus cultus periit... congesti ecclesiarum thesauri funditus direpti sunt, cum tandem divina pietas... (61.$_{16}$). Totam Yspaniam ferro flamma et fame attritam (15.$_{17}$). Qualiter divina pietas, que percutit et sanat, velut ex rediviva radice virgultum, gentem gotorum... populare fecerit (17.$_{16}$). Qualiter divina virtus pro christianis dimicaverit (20.$_{3}$). Auro argento lapidibusque pretiosis ac sacre legis libris ornare (22.$_{19}$). Ex quorum stirpe Fredinandus Sancii Cantabriensis regis filius uxorem ducens... (59.$_{3}$). Non est intentio... evolvere quanta et quam crebra miracula... (86.$_{20}$).

El documento en cuestión fué redactado para leerse en los maitines de la fiesta respectiva, esencialmente leonesa, pues no sólo al margen se distribuye su contexto en ocho lecciones, sino que expresa celebrarse anualmente, *hodie*, día 10 de las kalendas de enero, la conmemoración del suceso y dedicación de la basílica real leonesa. Su autor había oído relatar aquella expedición a sus protagonistas, y lo consignaba ya muerto el rey Fernando, «qui sceptra regni possedit», o sea después de 1065.

Pudiera sospecharse que dicha narración y la Silense fueran obra de uno mismo; mas, aparte diferencias de estilo y no aparecer en aquélla los plagios consabidos, aunque sí algunas ideas y frases tomadas del Seudo-Sebastián, es argumento decisivo en contra ver que, donde el autor de la una declara que le informaron testigos presenciales—«Mira loquar, ab his tamen qui interfuere me reminiscor audisse». «Hec ab illis qui audiere me recolo audivisse» ($97_{\cdot 14}$ $98_{\cdot 7}$)—, la Silense no pasa de alegar indirectamente el mismo testimonio: «Stupenda loquor, ab hiis tamen qui interfuere prolata.» «Hec ab illis sunt nota, qui presentialiter se audisse testati sunt.» ($84_{\cdot 14}$, $85_{\cdot 12}$).

Quedan como partes originales: lo de Almanzor ($59_{\cdot 6}$ a $61_{\cdot 24}$), con breve noticia de Bermudo II, algo laudatoria y haciéndole hijo de Ordoño el Ciego y nieto de Froila II, cosa ya rechazada por Dozy (1); luego, un elogio más amplio de Alfonso V; lo que sigue de Sancho el Mayor; las discordias entre sus hijos y con Bermudo III, y, por fin, la historia de Fernando y Sancha. Lo primero, con pormenores interesantes respecto del gran caudillo andaluz, su esplendidez y hábitos

(1) *Recherches*, 3.ª edición; I, 99.

justicieros, lo sabía el autor por testimonio de su padre: «ut paterno relatu didicimus» (60.7); lo demás, que corresponde al siglo XI, podría serle notorio por tradición aun más directa, y seguramente lo redactó él todo, por abundar en aquellos plagios que vienen a constituír su firma. Compréndese aquí el sueño del peregrino griego, a quien Santiago revela que marchaba sobre níveo caballo a entregar a Fernando las llaves de la sitiada Coímbra, primer jalón de la leyenda caballeresca del Apóstol y que, sin embargo, este mismo episodio acredita de cosa vieja ya entre el vulgo (75.8). Sobre todo ello apenas queda más testimonio que el relato de nuestra historia; y respecto de Sancho y Alfonso VI, lo poco que enseña quizá sea lo único, limpio de interesadas ficciones, a que debamos atenernos.

Método.—Están conformes los críticos en condenarlo por defectuoso; mas quizá no lo sea tanto como parece, si tomamos en cuenta que nuestra historia no es una crónica, ni la sucesión de hechos, a base de tiempo y lugar, fué guía fijo para su autor; sino que sigue un método restringido, llamémosle, con perdón, filosófico, o si se quiere, impresionista, sobre el hecho de que su mentalidad de literato, de artista, no concebía planes sostenidos ni de rigor científico. Dejábase llevar por sus ideas del momento, por la virtud de los sucesos que se le ponían delante, y así procedía yendo y viniendo, pero siempre dentro de un programa razonable o, cuando menos, razonado.

Al comienzo, apenas hecho notar el vacío histórico motivado en España por la barbarie musulmana, háblanos de la justicia divina y sus remedios para dirigir hacia el bien a los hombres. Como aplicación de esta doctrina, enseña que la institución real motivó el culto del hombre y la idolatría,

echando sobre los pueblos castigos providenciales; y acredita con ejemplos que ni antes ni después del cristianismo los reyes merecieron sino vituperios, hasta Recaredo. La maldad se refugia luego en los francos, enemigos del catolicismo español, triunfante al cabo; pero con Vitiza la suerte cambia, y los pecados de éste atraen sobre España a los moros: la Providencia tuvo que apelar al más duro de sus recursos para salvarla.

Llegando aquí el autor, advertiría que aun estaba sin exponer el tema, y suspende el relato. Declara entonces su persona, estudios y deseo de historiar al emperador Alfonso, dechado de reyes, y entra en materia contando sus trabajos antes de alcanzar el trono. Respecto de lo posterior, cree conveniente, antes de abordarlo, relatar los orígenes del reino.

Vuelve, pues, sobre Vitiza y Rodrigo, sus pecados, la invasión agarena y desastre de la cristiandad española. Tropieza luego con los francos otra vez; ellos se arrogaban méritos en la reconquista nacional, y nuestro autor lo rebate, poniendo en su punto la expedición de Carlos, que remató con el descalabro de Roncesvalles, nunca vengado. Relata después los principios de reconquista en Covadonga, insistiendo sobre la protección divina que decidió el triunfo, y con él se reanuda la acción directiva de los godos. Alfonso el Católico, presentado como descendiente de Recaredo y ascendiente de Alfonso VI, nos da la clave del por qué nuestro autor hizo arrancar de él sus optimismos históricos; además, con Froila y Alfonso el Casto, nos ofrece la reparación de los desafueros de Vitiza y exaltación del culto cristiano. Pero como este Alfonso no dejó sucesión, tiene que retroceder otra vez a Froila, hermano del primer Alfonso, con Bermudo, su hijo, y Ramiro, nieto. Si nunca habla de Fáfila, Silo, Mauregato y

Aurelio es porque no le daban materia de genealogía ni de exaltación nacional. En cambio, Ramiro, Ordoño, Alfonso el Magno y Ordoño II consolidan la excelencia de la estirpe con sus triunfos y piedad.

¿Qué ocurrió a nuestro historiador cuando llegaba a Froila, último hijo de Alfonso el Magno? ¿Falta aquí un trozo de su obra? Lo procedente, según el plan, era hablar de aquél, de sus hijos, pretendientes desgraciados al trono, y de Ramiro II, rival triunfador, cuyas victorias y fundaciones piadosas no le eximían de inculpaciones graves. Para relatar esto valían unos cuantos párrafos de la crónica de Sampiro ($49._7$ a $53._{22}$), refundidos a gusto de nuestro autor; mas es posible que lo dejara sin hacer, metiendo allí la crónica íntegra o su referencia para cuando llegase el caso; y luego, el primer copista, mal advertido, la copió toda sin fijarse en que no empalmaba con lo anterior ni con lo siguiente ($41._5$ a $59._3$): fué suerte buena.

El hilo vuelve a cogerse, previa una frase de ligazón, que vale como programa de lo sucesivo. ($59._4$ a $_6$). Mas ahora no eran glorias lo que procedía recalcar bien, sino un nuevo azote, el de Almanzor, que los pecados de los últimos reyes provocaron, con aniquilación otra vez de lo conquistado. La empresa de restaurar luego el reino quedaba reservada, según el historiador, a otra rama de la dinastía, no contaminada por las culpas de los anteriores reyes; y presenta a Bermudo II, como descendiente de Froila II, y luego a Alfonso V, abuelo del Emperador, concluyendo así la estirpe materna.

Entra después a relatar la paterna con los orígenes de Navarra y sus reyes, a quienes da el mismo progenitor que a la otra rama, o sea el duque de Cantabria, Pedro, descendiente de Recaredo. Pronto llega a tratar de Sancho el Mayor,

abuelo paterno de Alfonso, y ya el relato sigue todo encadenado hasta la muerte de Fernando, con que remata.

Tiempo y lugar. — ¿Cuándo y dónde se escribió esta historia? Sobre lo primero acusa un límite máximo ella misma, cuando declara terminada ya la vida mortal de Alfonso (7.9), lo que fué en junio de 1109. Aun quizá puede alargarse hasta después de 1118, porque aludiendo a Pascual II, que murió en este año, habla de su pontificado como de cosa pretérita: «qui postea effectus papa» (11.18). Este indicio no es concluyente, pero todo hace creer que alrededor de aquellas fechas se escribiría el libro.

Lo segundo resulta más sencillo de inquirir: Su información moderna es bastante amplia; el desarrollo de los sucesos, bastante ponderado; seguramente el autor estuvo en Asturias, cuando tan buena cuenta da de aquéllo; la Toledo de Almamún parece que también le reveló interioridades; sobre Coimbra es algo singular la mención amplia que hizo de su alguacil Sisnando; para Santiago hay rasgos de veneración salientes; mas con todo, León sobrepuja a los demás sitios en prolijidad de informaciones, alcanzando ellas al monasterio aledaño de Sahagún. Y puesto que el autor trató a Urraca, la hermana de Alfonso VI, personalmente, hasta lograr experiencia de sus dotes morales (11.1), hubo de ser viviendo ella en León devotamente junto al sepulcro de san Isidoro, donde murió en 1101. Téngase en cuenta sobre esto que el códice príncipe es de origen leonés, como también lo son precisamente las dos crónicas que nuestra historia copiaron, o sea la Miscelánea y la del Tudense. A igual conclusión llevan otros dos indicios: el primero, aducido con excesivas reservas por Cirot, se da cuando, refiriéndose a León, dice: «huiuscemodi regie urbis» (81.13), pues la primera palabra ha de tomarse en

sentido de lugar presente, *ésta*, en vez de *huiusce* que emplea la Miscelánea, según lo comprueban los demás pasajes en que ella se emplea (18.$_{20}$, 36.$_{5}$). El segundo aun es más terminante, con decir que Fernando reconstruyó *esta* iglesia de san Isidoro--«hanc quam noviter construxerat ecclesiam» (87.$_{18}$)--, dando margen a creer que no sólo se escribía ello en León, sino precisamente en la iglesia real de San Isidro.

Aun puede asegurarse que Castilla nada tiene que ver ni con nuestro autor ni con su libro. En tiempo como aquél de apasionada rivalidad entre leoneses y castellanos, cuando estos últimos quedaban privados de rey por culpas de Alfonso y de Urraca, es harto inverosímil que un castellano se constituyera en su panegirista, mientras no tenía palabras para execrar la muerte alevosa de Sancho, su hermano, ni se acordaba de García, el joven conde, a quien asesinaron leoneses en provecho de Fernando, ni personaje castellano ni batalla ganada por ellos obtuvo mención, por ejemplo las de Lantada y Golpejar, tan críticas para Alfonso. En contrario, refiriendo la lucha que Fernando y su cuñado el leonés Bermudo sostuvieron, todas las simpatías del narrador, todos sus elogios son para el segundo.

Autor.—Estas observaciones llévannos a punto de averiguar quién fuese el autor. Su condición, a lo menos la inicial de su carrera, la declaró él mismo: siendo adolescente profesó de monje en el cenobio llamado *Domus seminis* (7.$_{2}$). No sabemos si avanzó en jerarquía, mas ello es probable si, como parece, cambió de residencia; pues de lo contrario, a seguir en su monasterio, tal declaración, a modo de noticia, parece injustificable. Desde luego, en el medio cenobítico sería imposible obtener la amplitud de noticias que requería tratar de asuntos contemporáneos; y si el monje, meditando

en la soledad y el estudio, se creyó con vocación de historiador, es natural que luego buscase el contacto de los hombres y especialmente del rey, fautor y héroe de su proyectada empresa.

Veamos las soluciones dadas por otros al problema: Es la más admitida creer al historiador monje de Silos, porque al margen del códice príncipe hay una nota, de letra igual que el texto, o sea de hacia la mitad del siglo XV, que dice: *Santo Domingo de Silos*, como dando a entender que éste era el monasterio designado allí en el texto por *Domus seminis*. Se ha buscado luego, sutilizando etimologías, establecer que esto último y *Silos* casi eran nombres sinónimos, lo cual, a fuerza de buena voluntad, sería casi admisible; pero como de Silos sabemos el nombre antiguo, que era monasterio *Siliense* o *Exsiliense*, ya no hay modo de presentar a nadie como verosímil que un hijo de la casa trocase la denominación usual y aun clásica por una perífrasis extravagante; y si a ello se añade la inverosimilitud de que el autor fuese castellano, cae por tierra la hipótesis.

Otra expuso Floranes, como hecho cierto y averiguado, a saber: que las tales palabras eran error de lectura, donde el autor puso «de Domnis Sanctis», designación del monasterio de Sahagún, como es sabido. Que ello fuese culpa de Pellicer, según el mismo asegura, resulta insostenible; habría de partir el yerro del códice príncipe, cuando menos, y ya queda el aserto sin más valor que el de una conjetura plausible, pero no problable. En igual caso están, la de colacionar *Séminis* con *Sámanos*, antiguo nombre del monasterio de Samos, que se nos había ocurrido, como también un *Domnis Geminis*, inusitado, y la de Cirot, que propone leer *Domus Simeonis* o *Xemenis*.

Ahora bien, desechadas tales explicaciones, sería del caso resolver en firme la incógnita del *Domus seminis*; pero hemos de confesar que esta designación es absolutamente desconocida por otro conducto, cosa bien extraña, dado el amplio conocimiento de la geografía eclesiástica en aquel período que los pergaminos suministran, y tratándose, no de un monasterio de poco más o menos, sino de un cenobio, es decir, de lugar que albergaba gran número de monjes: sólo respecto de alguna región inexplorada resulta ello posible.

Diversa hipótesis había formulado Pellicer (1), sustentando que aluden a nuestra historia varios escritores del siglo XVI, cuando hablan de una que, sobre Alfonso VI, escribió D. Pedro, obispo de León, o D. Diego, según Román de la Higuera. Nicolás Antonio, sin declarar fundamento, afirma que corrió ella vertida en romance; de las citas alegadas nada puede inferirse, porque no son textuales; mas, desde luego, no responden absolutamente al contenido de nuestra historia; de modo que, o ésta fué más extensa, con el reinado entero de Alfonso VI, según su autor se proponía, o la otra era cosa diferente. Salvada esta dificultad, quedaría en pie la atribución a D. Pedro, insigne obispo legionense, de 1087 a 1112, o a D. Diego, su sobrino, que le sucedió, no sin que mediasen fuertes acusaciones de nepotismo contra el primero, que la reina Urraca hizo pagar violentamente.

Dicha hipótesis, con relación a la historia Silense, fué desechada por Flórez y por Risco, alegando una contradicción que tal vez no existe, pues al declarar nuestro autor que él pensó o resolvió—*statui*—escribir la historia de Alfonso VI estando en su cenobio (7.5), no dice que entonces ni allí lo

---

(1) *Annales de la monarquía de España*, pág. 173.

realizase, y, por consecuencia, pudo hacerlo íntegramente al cabo de su vida, llegase o no a ser obispo. En cambio, tiene fuerza, en contra también, el cotejo de nuestra historia con los escritos pastorales de D. Pedro, que le acreditan de gran rimador en prosa, estilo bien diverso del de aquélla (1). Respecto del sobrino, la verosimilitud es también, por todos conceptos, exigua. Quedamos, pues, sin otro apoyo que los indicios levísimos que la historia misma suministra.

Recojamos algunos: Un territorio desconocido para nuestra geografía eclesiástica, donde la *Domus seminis* haya podido existir, ninguno mejor que el país musulmán, cuya historia, por lo que toca a los mozárabes, desapareció íntegra, sobre todo en lo posterior al siglo X. Dentro de esta suposición cabe localizar más, hacia tierra toledana o portuguesa, pues nuestro monje andaba muy al corriente de las campañas realizadas por allá y en Extremadura; conocía los antecedentes sevillanos del alguacil de Coímbra, Sesnando; sabía lo que pasaba en Toledo, mientras Alfonso, destronado, era huésped de Almamún, y uno de los hechos que deseaba historiar era el cerco y toma de esta ciudad por los cristianos.

Otro indicio más firme, y quizá congruente con el anterior, se nos ofrece al declarar que él recibió de su padre, como va dicho, noticias sobre Almanzor, bien ajenas de las que sus enemigos, los cristianos libres del Norte, pudieran alcanzar; como que atañen a su actitud en cierta batalla y a su benevolencia con los auxiliares cristianos del ejército cordobés, ya fuesen mozárabes, ya sujetos a los condes aliados de Portugal. Quizá el padre, o más bien el abuelo, figuró entre aquéllos; mas no a título de rebelde contra el Rey ni de aven-

(1) Véase la *España sagrada*, t. XXXVI, páginas LXXVI y LXXXIV.

turero comprado, porque en estos casos parece natural que el monje se abstuviese de mentar recuerdos de familia poco honrosos. Sobre que fuese deshonra en absoluto pelear al lado de tal caudillo, sería cuestión discutible para un moralista, ya que Almanzor ejercía de instrumento providencial y medicina purificadora de la cristiandad corrompida.

Todavía puede abrigarse alguna esperanza de tropezar con nuestro autor; porque si él escribía en la iglesia de San Isidro de León, hubo de ejercer allí cargo palatino, prior de sus capellanes acaso, y en diplomas inéditos será dable ver un nombre que hipotéticamente satisficiese para resolver el problema.

Lenguaje. — La historia Silense corresponde al renacimiento románico, según va dicho. Su latinidad no es tradicional; su habla no es la de las crónicas de siglos anteriores, cuando aun venían arrastrándose los despojos del mundo latino. En el XI, los romances vulgares eran ya la única lengua viva, y el latín se aprendía sobre modelos antiguos, erudita y artificiosamente. Por consecuencia, su estudio no alcanza trascendencia para nosotros, sino en cuanto refleja, bien o mal, tipos clásicos, y por los atisbos de romancismo que, a su pesar, dejaban entrever mal asimiladas reglas gramaticales.

El autor de nuestra historia casi fué un águila en este ejercicio; porque no sólo tuvo léxico abundante, movimiento de construcción, a veces excesivo, y rotundidad de frase, sino que mantiene cierta elevación de estilo, llegando hasta evocar imágenes de tono épico, por confusión de géneros literarios; mas no olvidemos, para mantener el elogio en su justo límite, que nuestro monje tampoco pasó, como latinista, de una discreta medianía y de un airoso esfuerzo. En imitar estaba su arte, siendo probable que refleje a veces textos poéticos, ya que el Sr. Cirot echó de ver que su frase «vitam pa-

riter cum sanguine fudit» (9.$_{14}$) proviene de este verso de la Eneida (11.$_{532}$): «concidit, ac multo vitam cum sanguine fudit.» He aquí otras frases poéticas suyas: «Velut densissimos nimbos a spiraminibus boree impulsos (20.$_{1}$). Velut a sompno surgens (22.$_{3}$). Domum illam ut sol irradiabat (25.$_{24}$). Ab ipso namque iuvenili flore (36.$_{18}$). Christi clipeo cui famulabatur protectus (40.$_{4}$). Non aliter miserum pecudum gregem libicus leo... (40.$_{5}$). Cum primo Titan emergeretur undis (70.$_{24}$). Velut viso serpente corda perterrefecerat (72.$_{8}$). Interea labentibus astris, cum die dominica sol primo clarum patefecerat orbem (76.$_{8}$). Ut famelicus leo cum patentibus campis armentorum turbam oblatam vidit» (78.$_{24}$).

Como buen español, es natural que nuestro monje tuviese por base de sus estudios históricos las obras de san Isidoro. Realmente en estilo, por lo general, el aprendizaje sobre ellas resulta verosímil, y tal cual frase suena a plagio, pero tan velado, que no se logra certidumbre, a lo menos sobre los pasajes leídos con este propósito (1). No así respecto de las obras de Eginhardo, el cronista de Carlomagno, como va dicho, pues ellas fueron cantera de locuciones e ideas para nuestro autor, que explotó con descaro admirable, sobre todo cuando trataba de expediciones militares, y, progresivamente, según avanza la narración.

He aquí las principales concordancias, y todavía son más las frases cortas, asimilaciones vagas y paralelismos de construcción que pudieran alegarse:

---

(1) En cambio, se nos revela Sampiro con esta importante adaptación, sobre Ordoño II (41.$_{19}$): «Terrore adventus eius perculsi sunt, ut confestim, quasi debita iura noscentes, remissis talis et expeditis ad precem manibus supplices ei colla submitterent,..... pollicentes eius regno ditionique parere, et quidquid imperaretur efficere.» Hist. Goth.: Aera DCLIX.

Eginhardo	Silense
gesta silentio praeterirem. (Vita Karoli, prólogo.)	gesta silentio preteriere. (1.$_{6}$)
impositoque capiti eius diademate, imperatorem et augustum iussit appellari. (Vit. xxx.)	ut imposito sibi diademate rex appellaretur (6.$_{2}$)
Vitam et... res gestas domni... Karoli. ...postquam scribere animus tulit. (Vit. prol.)	statui res gestas domini Adefonsi... vitamque eiusdem carptim perscribere. (7.$_{5}$)
Cum enim.... cum saxonibus bello certaretur etc. (Vit. xi.), (Véase arriba, pág. XII.)	Cum enim per xxxiii annos... bellum cum saxonibus protraheret. etc. (16.$_{10}$ etc.)
quarum maxima est ibi copia. (Vit. ix.)	quorum maxima copia erat. (19.$_{25}$.)
Quibus acceptis, rex graviter commotus, congregato exercitu. (Annales: 798.)	Huius rei accepto nuntio, rex A. graviter commotus, collecto exercitu. (26.$_{18}$)
Sed gens illa quamvis bellicosa, in sua numerositate confidens, impetum exercitus regii diu sustinere non valuit. (An. 789.)	Ceterum barbarus quanquam in sua bellicosa numerositate multimoda confideret, impetum tamen regii exercitus formidans. (26.$_{19}$.)
velut opportunam de absentia regis nacti occasionem. (An. 774.)	nactus opportunam de absentia Ranimiri occasionem. (28.$_{12}$.)
Inde ad W. fluvium veniens... congregatam saxonum multitudinem offendit... sed frustra; nam in prima congressione pulsi fugatique sunt. (An. 775.)	inde ad N. fluvium veniens, congregatam armatorum... multitudinem sibi bellum comminantem offendit, sed frustra; nam in primo ingressu ... in fugam vertitur. (28.$_{17}$.)
Ad quos motus comprimendos cum sibi festinandum iudicaret, strenuissimum quemque suorum secum ducens raptim in I. proficiscitur. (An. 776.)	Ad cuius vesaniam et rem novam comprimendam, O. rex cum sibi festinandum iudicaret, strenuissimum quemque suorum militum secum ducens in A... raptim proficiscitur. (32.$_{5}$).

Cuius rei nuntium. (An. 778 y 782.)

Cuius rei nuntium. (33.19).

fugientium terga insecutus... in Franciam revertitur. (An. 775.)

verum fugientium terga nisecutus... in Legionem... revertitur (34.21.)

tanta eos caede prostravit, ut de innumerabili eorum multitudine perpauci evasisse dicantur. (An. 783.)

... prostravit; verum... tanta cede eos... fudit, ut de innumerabili eorum multitudine perpauci evasisse dicantur. (34.21.)

adunatis... francorum copiis, ad locum ubi congregati erant sine dilatione profectus est; congressusque cum eis, eadem qua et prius felicitate dimicavit. Caesa est eorum infinita multitudo, spoliaque direpta: captivorum quoque magnus abductus est numerus. Inde victor... reversus in F., duxit uxorem... natione francam, nomine F., ex qua duas filias procreavit. (An. 783.)

adunatis fortissimorum militum copiis, ad locum ubi congregati erant sine cunctatione profectus est, congressusque cum eis prospero eventu dimicavit; ... tria millia DLXXV caldeorum interfecit; spoliisque direptis, captivorum quoque magnus adductus est numerus. Inde victor in... reversus, duxit uxorem ex regali gotice gentis natione nomine X., ... ex qua sex filios et tres filias genuit. (34.20.)

commisso cum eis equestri praelio, felici ac prospero dimicavit eventu; nam magno eorum numero interfecto, ceteris in diversa fugatis, victor ad... reversus est. (An. 784.)

congressusque cum eis prospero eventu dimicavit; namque commisso equestri prelio, ... interfecit etc. (35.2.)

Exactoque in huiuscemodi negotio quod... febre valida correptus, decubuit... septimo postquam decubuit die, sacra communione percepta, decessit. (Vit. XXX.)

Exactoque huiuscemodi regni negotio, ...valida febre correptus decubuit. Septimo vero die postquam laborare cepit, sacra communione percepta... perrexit in pace. (36.5.)

Saxoniam petiit; et primo statim impetu S. arcem, in qua

Beticam provinciam petiit. Dein... primo impetu Regel ci-

S. praesidium erat, pugnando cepit. (An. 775.)	vitatem, que... videbatur, pugnando cepit. (37.$_{5}$.)
ad quos successio regni divino nutu pervenerat. Franci siquidem, facto solenniter generali conventu, ambos sibi reges constituunt. (Vit. III.)	ad O... successio regni divino nutu pervenit. Omnes siquidem Y..., facto solemniter generali conventu, eum adclamando sibi regem constituunt (37.$_{24}$.)
remanentibus in ea transacti belli reliquiis (An. 769.)	ad remanentes transacti belli E... reliquias... (39.$_{5}$.)
Comparatis igitur ad hoc ex omni regno suo quam validissimis copiis et commeatibus... (An. 791.)	Comparatis igitur ex tota M. quam validissimis copiis, et... commeatibus ... datis. (29.$_{20}$.).
Adiuvabat in hoc facto wascones et... et. (Vit... IX.)	Adiuvabat in hoc facto barbarum, et... et... (60.$_{4}$).
occurrit, commissoque praelio, ingenti eos caede prostravit. (An. 798.)	occurrit. Commissoque prelio... eos ingenti cede prostravit. 60.$_{19}$.)
Tota in hoc bello H. nobilitas periit, tota gloria decidit, omnis pecunia et congesti ex longo tempore thesauri direpti sunt. (Vit. XIII.)	Eadem vero tempestate in Y. omnis divinus cultus periit, omnis ch. gloria cecidit, congesti eecclesiarum thesauri funditus direpti sunt. 61.$_{16}$.)
est enim locus ex opacitate silvarum. (Vit. IX.)	per colles et opaca silvarum loca. (63.$_{6}$.)
Neque hoc factum ad praesens vindicare poterat, quia... (Vit. IX.)	neque huiusmodi factum ab hostibus vindicari nusquam poterat, quia... (63.$_{9}$).
ob vota solvenda Romam... commearent. (Vit. II.)	ob vota solvenda Romam commearet. (64.$_{18}$.)
Cuius contumaciam, quia nimia videbatur, animositas regis ferre nequiverat. (Vit. XI.)	Cuius contumaciam, quia misera videbatur, animositas G. regis ferre non sustinens. (65.$_{3}$.)
Liberos suos ita censuit instituendos, ut tam filii quam filiae primo liberalibus studiis, quibus et ipse operam dabat, eru-	filios suos et filias ita censuit instruere ut primo liberalibus disciplinis, quibus et ipse studium dederat, erudirentur; dein

lirentur. Tum filios, cum primum aetas patiebatur, more francorum equitare, armis ac venationibus exerceri fecit. Filias vero... ne per otium torperent, operam impendere, atque ad omnem honestatem erudiri iussit. (Vit. XIX.)	ubi etas patiebatur, more yspanorum equos cursare, armis ef venationibus filios exercere fecit; sed et filias, ne per otium torperent, ad omnem muliebrem honestatem erudiri iussit. (68.$_{11}$.)
a suae naturae benignitate ac solita mansuetudine. (Vit. XX.)	mansuetus... a naturali benignitate et solita pietate. (68.$_{21}$.)
tanta patientia simultates et invidiam eius [fratris] tulit, ut omnibus mirum videretur quod ne ad iracundiam quidem ab eo provocari potuisset (Vit. XVIII.)	simultates et fratris invidiam utcumque ferre, ita quod ne ad iracundiam quidem ab eo provocari potuisset. (68.$_{23}$.)
Transacto vere, circa aestatis initium rex de W. movens, B. profectus est. (An. 791.)	Igitur transacto hiemali tempore, estatis initio,... rex de C. G. movens, P. profectus est. (71.$_{19}$.)
Ceterum per omne vitae suae tempus (Vit. XXI.)	Ceterum F. rex per omne vite sue tempus. (72.$_{3}$.)
non prius incoepto desistere, aut semel suscepto labore cedere voluit, quam hoc, quod efficere moliebatur, perseverantia quadam ac iugitate perfecto fine concluderet. (Vit. V.)	non prius ab incepto posse desistere, aut semel suscepto labori cedere, quam hoc quod efficere conaretur perfecto fine concluderet. (72.$_{5}$).
Cuius muros, ne rebellare posset, ad solum usque destruxit. (An. 778.)	que [castri] ne... presidia ponerent, ad solum usque destruxit. (74.$_{1}$.)
Ibi supplicatio per triduum facta, ut id bellum prosperos ac felices haberet eventus. (An. 791.)	Ibique supplicatione per triduum facta, ut id bellum prosperos ac felices haberet eventus. (74.$_{9}$.)
Comparatis... ex omni regno... validissimis copiis. (An. 791.)	comparatis ox omni regno validissimis... copiis. (78.$_{21}$.).

Sed L. saniori usus consilio (Vit. v.)

Inde cum primum temporis opportunitas adesse visa est, iterum cum magno exercitu in S. profectus est. (An. 780.)

Cum primum opportunitas temporis advenit... depopulatisque orientalium saxonum agris ac villis incensis. (An. 784.)

Talem eum in tuendo et ampliando simulque ornando regno fuisse constat. (Vit. XVIII.)

Religionem christianam, qua ab infantia fuerat imbutus, sanctissime et cum summa pietate coluit; ac propter hoc plurimae pulchritudinis basilicam Aquisgrani exstruxit, auroque et argento... adornavit... Ecclesiam mane et vespere, item nocturnis horis et sacrificii tempore... impigre frequentabat.

... Colebat prae ceteris sacris et venerabilibus locis apud Romam ecclesiam beati Petri... tam in auro quam im argento... Nec ille toto regni sui tempore quicquam duxit antiquius, quam ut urbs Roma sua opera suoque labore veteri polleret auctoritate: et ecclesia sancti Petri non solum per illum tuta ac defensa, sed etiam suis opibus prae omnibus ecclesiis esset ornata atque ditata. (Vit. XXVI, XVII.)

At barbarus saniori usus consilio (79.$_{16}$.)

cum primum opportunitas temporis advenit, congregato rursus exercitu in B. et L. ... profectus est; depopulatisque barbarorum agris ac plerisque villis incensis (80.$_{18}$.)

F. in tuendo et ampliando simulque exornando regno. (87.$_{4}$)

Sed et religionem christianam, quam ab infantia devote amplexatus fuerat, summa cum devotione custodiens, hanc quam noviter construxerat ecclesiam... plurime pulchritudinis, auro et argento lapidibusque preciosis... decoravit. Ecclesiam mane vespere item nocturnis horis et sacrificii tempore impigre frecuentabat... Colebat pre ceteris sacris et venerabilibus locis ecclesiam S. S. O., quam multo auro et argento dotavit... Neque F... toto vite sue curriculo quicquam carius duxit, quam ut regni sui principales ecclesie suis donis veteri pollerent auctoritate, atque omnes per illum non solum quiete et defense, verum etiam suis laboribus ornate et ditate forent. (87.$_{16}$.)

ipse cum expedita manu ad saxonum pagos vastandos ac villas diripiendas egressus. (An. 785.)	cum expedita manu ad C... pagos vastandos ac villas maurorum diripendas profectus est. (89.$_5$)
proficiscitur. Cumque ibi aliquandiu moraretur. (An. 771.) reversus est. Cumque ibi aliquantum temporis moraretur, aegritudine decubuit. In ipsa tamen valetudine T. delatus, apud sancti Martini memoriam oravit. (An. 768.)	profectus est. Cumque ibi diu moraretur,... nisi egritudine correptus decubuisset... in ipsa corporis valitudine... Legione delatus, apud sancti Ysidori confessoris Christi memoriam oravit. (89.$_7$)
omnia quae extra munitiones erant ferro et igne depopulatus, usque ad Cadurciam oppidum accessit. (An. 763.)	omnia que extra munitiones erant ferro et igne depopulatus, Valentiam civitatem accessit. (89.$_8$)
omnibus quae adierat oppidis atque castellis in deditionem susceptis. (Vit. IX.)	Omnibus tamen C. provincie civitatibus et castillis in dedicionem acceptis. (89.$_{10}$.)

Dicen que Eginhardo imitó a Suetonio (1). Así, por medio indirecto, nuestro monje ya se acercaba, plagiándolo, a los modelos antiguos; pero fué sobre todo en las historias de Salustio donde él adquirió cierto aire de clasicismo y notoriedad que le avalora. Puede también creerse que ellas, más bien que comentarios bíblicos, movieron su pluma, al descubrir fuertes analogías entre la guerra yugurtina y las que provocaron los herederos de Sancho el Mayor y de Fernando. El tono sentencioso y oratorio es salustiano puro, así como el moralizar sobre todo; la frase es mucho menos cortada y nerviosa, pero en léxico y giros las concordancias resultan innumerables, llegándose a la copia de frases que acredita el siguiente cotejo:

1) Casaubon, aludido por Fréher: Bouquet, obra citada; V, 87.

Salustio (1)	Silense
Igitur initio reges—nam in terris nomen imperi id primum fuit. (Cat. 2_{1}.)	Igitur reges, qui nomine imperii... primum clarere in terris. (2_{16}.)
Verum ubi pro labore desidia, pro continentia et aequitate lubido atque superbia invasere. (Cat. 2_{5}.)	Ubi pro labore desidia, pro equitate superbia, pro continentia libido cum avaritia paulatim invasere. (2_{17}.)
Denique omnes fusi fugatique. (Iug. 99_{3}.)	Denique fusis fugatisque. (6_{6}.)
Verum ego liberius altiusque processi, dum me civitatis morum piget taedetque. nunc ad inceptum redeo. (Iug. 4_{9}.) Res ipsa hortari videtur. (Cat. 5_{9}.)	Verum dum me patrie exitii pigeret, pravosque mores regum tangendo altius processissem, me ad inceptum redire ipsa res hortatur. (6_{24}.)
Statui res gestas populi romani carptim, ut quaeque memoria digna videbantur, perscribere. (Cat. 4_{2})	Statui res gestas domini A. ... carptim perscribere: primo quia ipsius nobiliora facta memoria digna videntur... (7_{5}.)
L. Catilina, nobili genere natus, fuit magna vi et animi et corporis. (Cat. 5_{1}.)	Adefonsus igitur, ex illustri gotorum prosapia ortus, fuit magna vi et consilio et armis. (7_{15}.)
Quorum alterum ex providentia timorem, alterum ex audacia temeritatem adferre plerumque solet. (Iug. 7_{5}.)	Namque alterum ex timore occisionis, atque alterum ex audacia fortitudinis processisse videmus. (7_{17}.)
Altius, quam quisquam ratus erat. (Iug. 11_{7}.) Patiens ... supra quam cuiquam credibile est. (Cat. 5_{3}.)	Altius quam cuiquam credibile sit ingemiscens. (9_{1}.)
Sed confecto proelio tum vero cerneres, quanta audacia quan-	Sed interempto rege, tunc cerneres ex tanta audacia tan-

(1) Edición Teubneriana, por A. Eussner, 1900. A su numeración corresponden las cifras adjuntas a cada texto.

taque animi vis fuisset. (Cat. 61·$_{1}$.) In tanta tamque corrupta civitate. (Cat. 14·$_{1}$.)

Veterani pristianae virtutis memores... resistunt... memor generis atque pristinae suae dignitatis. (Cat. 60.$_{3,7}$.)

Terrebat eum natura mortalium avida imperi. (Iug. 6·$_{3}$.)

Ex aequo bonoque. (Iug. 35·$_{7}$.)

Ad inertiam et voluptates corporis pessum datus est. (Iug. 1.$_{4}$.)

Veluti tabes invaserat. (Iug. 32·$_{4}$.)

Pro nihilo habentur. (Iug· 31·$_{25}$.)

Magisque in decoris armis... quam in scortis atque conviviis lubidinem habebant. (Cat. 7·$_{4}$.)

Catilina... in prima acie vorsari, laborantibus succurrere, integros pro sauciis arcessere. (Cat. 60·$_{4}$.)

Denique omnes fusi fugatique... interempti. (Iug. 99·$_{3}$.)

Magis opere quam natura munitum erat. (Iug. 57·$_{1}$.) In inmensum pertingens. (Iug. 48·$_{3}$.)

Qui Aenea duce profugi sedibus incertis vagabantur. (Cat. 6·$_{1}$.)

Sagittariisque et funditoribus. (Iug. 94·$_{3}$.)

Paulatim consuefacit ordines

taque letitia, dispersio quanta quantaque tristitia in illo tanto tamque nobili exercitu fuerit. (9.$_{17}$.)

Memores sui generis ac pristine virtutis armis resistendo. (9·$_{25}$.)

Humana natura imperitandi avida H. ... terrebat. (10.$_{14}$.)

Ex bono et equo. (12·$_{5}$.)

Ad inertiam et voluptates carnis... pessumdatus esset. (12.$_{8}$.)

Velut tabes... libido invasit. (12.$_{14}$.)

Pro nichilo habebantur. (12.$_{10}$.)

Magis in conviviis libidinibusque exercendis, quam in laboribus. (12.$_{24}$.)

Rodericum in prima acie versare... ac suis militibus integros pro sauciis... succurrere. (14.$_{22}$.)

Omnesque... fusi fugatique fere usque ad interemptionem. (15·$_{15}$.)

Natura non artificis opere munita, in immensum tendens. (17·$_{21}$.)

Pelagius ... qui oppressione maurorum incertis locis vagabatur. (18·$_{4}$.)

Funditoribus sagittariisque. (19.$_{24}$.)

Ordines habere paulatim con-

habere, signa sequi, imperium observare. (Iug. 80_{2}.)	suefacit: scilicet in bello sequi signa, in regno legitimum observare imperium. ($22{\cdot}_{3}$.)
Ne per otium torpescerent manus aut animus. (Cat. $16{\cdot}_{3}$.)	At ubi... animus quieverat, ne per otium torperet. ($29._{17}$.)
Ex inproviso castra hostium... invadit. (Iug. $58{\cdot}_{1}$.)	Ex inproviso castra hostium dum aderant invadendo. ($63._{7}$.)
Quia materno genere inpar erat. (Iug. 11_{3}.)	Eo quod materno genere impar erat. ($64{\cdot}_{8}$.)
Incredibile memoratu est... quantum brevi creverit. (Cat. $7{\cdot}_{3}$.)	Incredibile est memoratu quam brevi... formido eius invaserit. ($67._{19}$.)
Sed postquam res eorum, civibus moribus agris aucta, satis prospera satisque pollens videbatur, sicuti pleraque mortalium habentur, invidia ex opulentia orta est. (Cat. $6{\cdot}_{3}$.)	Post ubi liberis, moribus militibusque aucta, satis prospera satisque pollens videbatur, sicuti pleraque habentur mortalium, ... ex istiusmodi opulentia orta est invidia. ($68._{17}$.)
Uti solus imperi Numidiae potiretur. (Iug. $8{\cdot}_{1}$.)	Quippe ut solus regno potiretur. ($69._{11}$.)
Strenui militis et boni imperatoris officia simul exequebatur. (Cat. $60{\cdot}_{4}$.)	Strenui militis et boni imperatoris officia simul peragere assueverat. ($70._{12}$.)
Et cum eis velocissumos pedites cursu tendere ad Capsam et portas obsidere iubet; deinde... (Iug. $91{\cdot}_{4}$.)	Et cum hiis balearios ad Visensium civitatem cursu tendere et portas obsidere iubet. Deinde... ($73{\cdot}_{5}$.)
Castra propere movit. (Cat. $57{\cdot}_{3}$.)	Inde propere amovens castra. ($73._{11}$.)
Vineis turribusque et machinis omnium generum expugnare aggreditur. (Iug. $21{\cdot}_{3}$.)	Turribus et diversorum generum machinis, eam brevi expugnavit. ($73._{15}$.)
In unum omnis convocat. (Cat. $17{\cdot}_{2}$.)	Omnes ville primores in unum convocat. ($76._{10}$.)
Legatos ad consulem cum suppliciis mittit, qui tantum modo ipsi liberisque vitam pe-	Legatos cum suppliciis ad regem miserunt, qui sibi liberisque vitam tantummodo po-

...rent, alia omnia dederent populo romano (Iug. 46.2).	stulantes, et urbem et omnem substantiam ... regi tradiderunt (76.24).
Quippe cuius neque consilium neque inceptum ullum frustra erat (Iug. 7.6).	Quippe cuius neque consilium neque inceptum ullum frustra fuerat (77.12).
In loca Numidiae opulentissuma pergit, agros vastat, multa castella et oppida temere munita aut sine praesidio capit incenditque, puberes interfici iubet, alia omnia militum praedam esse (Iug. 54.5).	Loca ... opulentissima preoccupat, agros vastat, multa castella et oppida temere munita vel sine presidio capit incenditque, mauros interfecit, pueros et mulieres et omnem eorum substantiam militum predam esse iubet (79.1)
Postquam murum arietibus feriri resque suas adflictas vident (Iug. 76.6).	Postquam ... res suas de foris afflictas murumque arietibus feriri vident (79.9).
Tametsi regem ficta locutum intellegebat et ipse longe aliter animo agitabat, tamen pro tempore ... (Iug. 11.1).	Barbarus quamvis ficta locutum intelligebat, et ipse longe aliter animo gereret, tamen pro tempore ... (79.22).
Iusta magnifice fecerant (Iug. 11.2)	Iusta magnificeque humari debeant (80.6).
Per amicitiam perque sua antea fideliter acta, ne ... (Iug. 71.5).	Per amicitiam perque decus regni obsecrat, ne ... (80.22).
Ex hibernis accersi iubet; eorum et aliorum, quos idoneos ducebat, consilium habet (Iug. 62.4).	Omnes idoneos viros ex hibernis accersiri iubet, quorum consilio disponat ... (81.7).
Sed plerumque regiae voluntates ut vehementes sic mobiles (Iug. 113.1).	Sed plerumque humane voluntates ut sunt vehementes ita et mobiles (81.22).

Tan elocuente serie de plagios, que a veces comprometen la seriedad del historiador, aun puede alargarse con otra porción de frases breves repetidas sobre los textos salustianos, a saber: Silentio preterire (Cat. 53.6.—Silense 1.6). Domi militie-

que (Cat. 5.9 etc.—4.17). Exul patria (Iug. 14.17.—8.19). Ea tempestate (Cat. 7.1—9.9). Horribili sonitu (Iug. 99.2—9.20). Tanti facinoris (Iug. 13.1—10.3). Ad hoc (Cat. 30.6 etc.—10.9). Difficultate loci (Iug. 98.5—14.16 y 73.14). Renovato bello (Iug. 36.1—15.6). Auro corrupti (Iug. 32.3—16.22). Opere pretium est (Cat. 12.3—17.15). Magis magisque in dies (Cat. 5.7—24.11). Ne suis auxilio foret (Iug. 52.6—32.13). Huiuscemodi (Iug. 5.3 etc.— 36.5 etc.). Pugnando cepit (Iug. 28.7—37.8). Ut res postulabat (Iug. 52.5--39.26 y 63.10). Regium imperium (Cat. 6.7—59.16). Seditio oriretur (Iug. 6.3--60.9). Feda fuga (Iug. 43.1—60.21). Alteri alteros (Iug. 42.4—61.2). Infecto negotio (Iug. 58.7--61.7). Hostis formidolosus (Cat. 7.5—63.3). Ex concubina ortus (Iug. 5.7—64.24). Obvius procedit (Iug. 21.1—67.1). Hostem ferire (Cat. 7.6—67.5). Acrius instare (Iug. 94.6—67.8). Ita habent sese (Iug. 53.8—69.13). Irrumpere nititur (Iug. 25.9—73.13). etc.

En general, puede creerse que cuando nuestro monje anda con alguna libertad a través de la materia histórica, Salustio le sirve de guía inspirándole giros y pensamientos, y bebiendo de él, antes mal que bien, todo clasicismo. Su buena memoria le traicionó a veces, haciéndole caer en faltas y solecismos que dejan malparada su competencia lingüística, si bien algunas culpas irán a cargo de los copistas. Un texto bíblico, muy mal transcrito (20.8), prueba que, citando de memoria, erró gravemente.

Abusaba de preposiciones, lo que se explica ante nombres propios, árabes y no árabes, tomados como indeclinables; así ponía *de* ante *Badalioz*, *Castella*, *Tudela* y *Portugale;* quizá otras veces acusan romancismo, como: «In brevi (89.9). In quo bello (17.10, 27.3, 33.4). Cum ruina (13.13). In sua (26.20). In manu (25.5)». La preposición *ob* va con ablativo y *absque* con acusativo.

Es frecuentísimo el uso del gerundio en ablativo, según lo ha conservado nuestra lengua. Las palabras o acepciones bárbaras abundan algo, pudiendo recordarse: Preto? (11.$_{11}$); coangustiati (16.$_{21}$); seriatim (27.$_{14}$); intronizaretur (28.$_{4}$); nepotem, *sobrino* (28.$_{6}$); spirare, *expirar* (28.$_{11}$, etc.); aggregariis (32.$_{16}$); fortia (36.$_{18}$); ammiratem (39.$_{8}$); astrorum, *desastres* (40.$_{8}$); zelando (62.$_{11}$); baleario, *arquero* (62.$_{16}$), cognatum, *cuñado* (65.$_{13}$); nurayca? (67.$_{6}$); segmentari (68.$_{23}$); sinaxim? (72.$_{14}$); parium? (77.$_{2}$); cementarii, *mazoneros* (80.$_{15}$); cortina, *paramento* (85.$_{9}$ y 87.$_{20}$); presentialiter (85.$_{13}$).

Dado el tiempo de transición a que corresponde este libro, no podemos saber desde luego si se escribió primero con letra mozárabe o con francesa, pero todo inclina a lo segundo, especialmente viendo confundidas *c* por *t* y por *e*, *m* por *ni*, *nu* por *mi*, *u* por *n* y al contrario, mientras sólo un caso de *ct* por *t (Victiza)* y otro de *s* por *r (Haunias* por *Haumar)* favorecerían lo primero, y ello pudo ser defecto de trasmisión anterior.

Respecto de ortografía, no poseyendo sino copias muy posteriores, todo cuanto pudiera establecerse es inseguro; mas, ateniéndonos a lo probable, se observa: Gran anormalidad en el uso de *h*, que generalmente se suprime, diciendo *Yspania*, *ortatur*, *aborreo*, *anelare*, *odie*, *yemali*, *asta*, *arca*, *pulcra*, etc.; se conserva en *homo*, *hic*, *habeo* y en ciertas palabras, como *Hulit*, *Halcala*, *Halmemon*, que no responden a aspiración en árabe; sobra en *habunde*, *trihunphum*, *hedificare*, *inhers*, *hanelans*, *introhytus*, *cathena*, *Bethica*, *Tarich*, etc. Eliminación de alguna consonante cuando van dos o tres juntas, en *santa*, *aventu*, *lacivia*, *milia*, *posposita*, *adidit*, *calide*, *adveto*, *costruxit*, etc.; en cambio, introducción de otras viciosamente, en *danpnare*, *calunpnia*, *sonpno*, *hynpnis*, *solenpniter*, *sub-*

rripuerat, *didiscimus*, *comitti*, *marictimis*, *dictioni*, *occulos*, *vessania*, *soccero*, *occium*, *Victiza*, etc. Uso de la *y* por *i*, aun en medio de palabra, como en *ruyna*, *Geygyon*; *d* por *t* en fin de palabra, *velud*, *sciliced*, *sicud*, *liced*, *inquid*; supresión de *e* inicial, en *state*, *spirare*; *f* por *ph* en *triunfum*, *fantasmate*; *ci* por *ti*, siguiendo vocal; *n* por *m* ante *p*, *b* y *m*; supresión de *u* tras de *q*, *sequtus*, *equm*, *reliqum*.

Trasmisión.—El influjo vivo de la historia Silense tan sólo en otros dos libros antiguos se percibe directamente, a saber: en la crónica que el Sr. Cirot publicó bajo el nombre de Leonesa (1), y que nosotros llamamos Miscelánea, y en el *Chronicon mundi*, de Lucas de Tuy, pasando quizá por intermedio de éste a Rodrigo Toledano, aunque poco, y desde luego a la primera Crónica general.

La Miscelánea es un centón de textos generalmente allegados sin más adobo que tal cual frase de ajuste, fechas coordinadas, algún retoque gramatical y vicios de lectura no raros. Pero esta misma falta de iniciativas del compilador la hace valer especialmente, porque así merecen crédito de originalidad aquellos pasajes que aparecen como nuevos en ella. Su sistema era ensartar párrafos y párrafos sin discernimiento, no refundiendo sino, cuando más, ingiriendo en un texto los complementos accesorios que hallaba en otros paralelos, o amontonando juntas cláusulas que formaban separadamente dos y aun más versiones, y ello sin disimular siquiera el empalme. Hay también pasajes abreviados, pero no muchos y de dudosa confección.

De nuestra historia insertóse allí lo siguiente: Reinado de Rodrigo, «Is ubi... subripuerat.» ($13._{18}$ a $14._{7}$) en el lib. I, § 13

(1) *Bulletin Hispanique*, t. XIII (1911), páginas 381 en adelante, y t. XI, p. 259.

de la edición de Cirot, y luego las frases «Taric strabonem, filiorum Vitizani et comitis Iuliani» ($14._9$ y $_{10}$); la expedición de Carlomagno, abreviada y con algún retoque ($16._8$ a $17._{18}$) en el lib. II, § 13; la muerte de los traidores, refundida ($21._{25}$ a $22._2$) en el § 6; el reinado de Ordoño I, desde «In regnum... mancipavit» ($30._6$ a $_{19}$) hasta «siquidem... tumulus tegit» ($31._3$ a $33._{18}$), comprendiendo los §§ 24 a 28, con interpolaciones, sobre todo al principio, tomadas de otros textos; lo subsiguiente, desde Alfonso el Magno hasta la muerte de Ordoño II ($33._{19}$ a $41._3$), aunque abreviando algunos pasajes alusivos a la muerte del primero y principios del segundo, en los §§ 29 a 38. Sigue lo de Sampiro, §§ 39 a 46 y 59 a 73, salvo interpolaciones, algunas muy largas y que Cirot acusa bien; mas, aunque entre éstas algunas corresponden a Pelayo de Oviedo, el texto fué copiado del Silense, como acreditan estas variantes:

Pelayo	Silense	Miscelanea
dimicantibus	confluentibus ($46._{15}$)	confligentibus
contrairet	contrairet i*d est* vindicaret ($47._{12}$)	vindicaret
(falta)	regere ($50._{13}$)	regredere
uno	idem ($54._{10}$)	idem

Si aparece alguna lectura común entre el primero y el último, saltando por la Silense, es porque la Miscelánea tuvo a la vista el texto de Pelayo para interpolar, pudiendo utilizarlo además para correcciones.

Luego, desde donde acaba de relatarse la victoria de Ramiro III sobre los normandos ($57._{14}$), córtase el relato de Sampiro para sustituírlo con una amplia refundición en que entran lo demás de éste, mucho de Pelayo, grandes trozos del Silense y una porción de amplificaciones y episodios nunca

leídos antes, pero sí glosados después, y de carácter romancesco, sobre Castilla principalmente; más bien traiciones y vergüenzas que glorias, pero relatadas con insensibilidad pasmosa. Todo esto parece obra de un ingenio superior a lo que la compilación de la crónica Miscelánea revela, pudiendo reputarse de continuación a Sampiro, redactada por un laico en el trascurso del siglo XII; y, en efecto, el intercalar además la Miscelánea párrafos de Pelayo, literalmente y contradictorios con lo demás, refuerza dicha hipótesis, haciendo creer que dichos fragmentos son un primer testimonio de trasmisión de la historia Silense. Prosigue así hasta donde se habla de los hijos de Fernando, acercándose más y más a esta última, y concluyendo por coincidir con ella (68.8), salvo minucias, hasta su conclusión. Después, aun la parte de Sancho resulta inspirada en la misma, cuando trata de su muerte y de Alfonso, su hermano, en Toledo, remedando alguna frase, como la de «cum uterque uno morderetur» (libro III, § 17), que vale para restablecer otra Silense viciada (10.13). Los datos consignados en la Miscelánea alcanzan a 1159 (1); mas su relato se suspende a la muerte de Alfonso VI. De códices suyos, uno hay del siglo XV; otro del XIII, no muy avanzado, y éste fué de la biblioteca de San Isidro de León (2).

La crónica de Lucas de Tuy (3), que acaba en 1236, fué escrita precisamente en esta misma casa, de la que el autor era canónigo regular, desde 1201 a lo menos. Por lo que toca a nuestra historia, Lucas se valió de ella en grande, pero ado-

---

(1) Muerte de la reina Constanza, que se da como ocurrida en 1154; mas, según su epitafio, acaeció en 1159.

(2) Ambos existen en la biblioteca de la Academia de la Historia, bajo las signaturas G. 1 y A. 189.

(3) Schot, *Hispania illustrata*; t. IIII, páginas 1 en adelante.

bándola a su modo, en forma que no puede valer sino con grandes reservas su texto para depurar el otro, y a cada paso se tropieza con adiciones caprichosas o legendarias.

Desde el principio hasta donde trata de la sucesión de Sancho el Mayor, no copió Lucas sino lo de Hermenegildo. Luego, la sigue en todo lo de Sancho II, Urraca y Alfonso VI, menos la residencia de éste en Toledo, que aparece romancescamente amplificada. Sepárase también relatando la expedición de Carlomagno; suprime el comentario al milagro de Covadonga; varían, la descripción de la catedral de Oviedo, la historia de Bermudo, partes de la de Ordoño I y Alfonso el Magno y algo de Almanzor: en general faltan las digresiones, y a lo último se abrevia considerablemente la conquista de Coímbra y traslación del cuerpo de san Isidoro. Es de advertir que los códices de Lucas ofrecen con frecuencia variantes preferibles a la edición de Schot y más ajustadas a nuestro texto (1).

Después, la historia Silense desaparece, casi por cuatro siglos, del acervo historial. A través de Lucas perpetuáronse adulteradas sus noticias; mas el texto originario era desconocido, no obstante conservarse aún a la mitad del siglo XV, y tal vez en la librería de San Isidro de León, el códice original o copia vetusta, de que se sacó traslado entonces, y es el có-

(1) Las refundiciones de Lucas sobre el Silense ocupan lo siguiente, en páginas y líneas de la edición referida: 49: 44 a 46. 69: 23 a 40, 44 a 47, 56 a 58. 70: 1 a 11, 19 a 25, 28 a 53. 71: 21 a 23, 42 a fin. 72: íntegra. 73: 1 a 4, 14 a 19. 30 a 33 37 a 39, 43 a 54. 74: 29 a 38, 44 a 50, 54 a fin. 75: 1 a 9, 11 a 14, 53 a fin. 76: 1 a 10 18 a 27. 77: 21 a 35, 51 a fin. 78: 4 a 22, 36 a 50, 52 a 58. 79: 41 a fin. 80: 1 a 17, 40 a fin. 81: íntegra. 82: 1 a 46. 83: 10 a 27, 38 a fin. 84: 1 a 20, 27 a 53, 57 a fin. 85: 1 a 18, 22 a 51. 86: 2 a 28. 87: 5 a 21, 55 a fin. 88: 1 a 3. 90: 11 a 15, 48 a 54. 91: 3 a 6, 11 a fin. 92: 1 a 7, 12 a fin. 93: 1 a 42, 54 a fin. 94. 1 a 57. 95: 7 a 11, 17 a 36. 96: 1 a 4, 10 a 17, 21 a 30, 38 a 49, 54 a fin. 97: 1 a 36, 42 a 52. 98: 26 a 32, 52 a fin. 99: 1 a 10, 45 a 53, 58 a fin. 100: 1 a 4. 101: 15 a 19.

dice príncipe actual, procedente del Marqués de Montealegre. Copia de este mismo obtuvo, hacia 1480, el siracusano fray Felipe de Barbieri, huesped a la sazón del Sr. Juan Alfonso, canónigo de Sevilla, para quien compuso una crónica de hombres ilustres, contenida en el mismo volumen (1); pero esta copia quedó sin utilizar, que sepamos. Otra hizo, probablemente, el arcediano de Ronda y cronista del Emperador, Lorenzo de Padilla, que pasaría con toda su biblioteca al monasterio de Fresdelval, cerca de Burgos, y desapareció cuando la francesada (2). Provienen de ella los impresos anteriores al que nos sirve de base, y sobre la misma se obtuvieron, una copia, hacia 1600, por calígrafo iliterato, pero fiel, y después, otra menos descuidada, que formó parte de la biblioteca de Felipe V (3). El códice de Montealegre volvió a copiarse por don José Pellicer y Tovar (4), quien además dió noticia del mismo; otra copia anónima, de igual procedencia que éste (5), fué a manos de Ferreras, juntamente con la de Pellicer; y no sólo este erudito les puso correcciones marginales, sino que

---

(1) Biblioteca Nacional, ms. 8.592; antiguo, X. 190. De aspecto igual que su prototipo y en tamaño también de cuartilla, pero con variación de letra, que se acerca a la italiana cursiva; la copia resulta fiel al principio, descuidándose luego progresivamente. Nuestra historia ocupa los folios 99 al 149, añadiendo al fin: «Deo gratias.» La crónica de varones ilustres le precede, al folio 15, con letra de la misma mano, y lleva fechas de 1475 y 1480.

(2) Madoz, *Diccionario geográfico*; artículo «Fredesval».

(3) Llevan respectivamente las signaturas 51 y 1.508 entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional.

(4) Biblioteca Nacional, ms. 2.237; antiguo, T. 131; tamaño de cuartilla, y es el tomo III de apuntes y obras de Pellicer. Copia autógrafa, desde el f. 61, y correcciones marginales también suyas.

(5) Biblioteca Nacional, ms. 9.317; antiguo, Cc. 212; tamaño también de cuartilla. Nuestra historia ocupa los folios 36 a 117, muy mal copiada, en letra del siglo XVII, y lleva también foliación de por sí. Coincide con la descripción de uno de los códices de Montealegre contenidos en su Catálogo de 1677, página 112. Correcciones y epígrafes de letra de Ferreras.

sobre ellas fraguó un nuevo traslado (1). Después, todos estos manuscritos pasaron a la Biblioteca Nacional, donde se hallan. Flórez no alcanzó a ver sino otro, también de Ferreras, corregido por él y distinto de los aludidos, puesto que le faltaba el principio; sería semejante al de Felipe V, con el que convienen una variante y cierta laguna consignadas por Flórez.

La derivación leonesa del códice de Montealegre infiérese porque en el relato de traslación del cuerpo de san Isidoro se indican al margen los comienzos de seis lecciones, probando que la copia, en esta parte, debería servir para el rezo de la fiesta conmemorativa anual que sólo en León se celebraba. Que proceden de este códice las copias de Barbieri, de Pellicer, segunda de Montealegre y de Ferreras, es cosa evidente. Respecto del ótro grupo, que suponemos derivación de la copia de Padilla, tiene por característica un lapso cerca del principio, donde dice: «Sed si tam sagaciter animadvertis», en lugar de: «Sed si tan|ta clades cur Yspanie acciderit | sagaciter animadvertis» (2.$_{1}$), que ofrece el códice de Montealegre; y como en éste lo suprimido constituye una línea justa, la explicación sólo es razonable si se tomó de él precisamente la primera copia, saltando una línea. También, hablando de Sancho el Craso (56.$_{10}$), hay un *ne* corregido en el códice príncipe sobre *ut*: esta última partícula es la primitiva, que consignan Pelayo, la Miscelánea y Lucas; mas el grupo de Padilla trae *ne*. Igualmente, refiriendo la batalla de Gormaz (40.$_{15}$), la Miscelánea y Lucas ponen *ferrent*, y también nuestro códice, pero

---

(1) Biblioteca Nacional, ms. 8.395; antiguo, V. 183; tamaño de folio. Es una compilación de crónicas sueltas. Nuestra historia lleva el número 10. Letra de Ferreras y con correcciones al principio y al fin; nota latina aludiendo a la copia anterior.

reescrito sobre *fecerunt*, sin raer nada y en forma que resulta difícil de leer aquello; así es explicable cómo el grupo en cuestión acogió la segunda palabra, la equivocada, ni más ni menos que los otros copistas modernos. Yerro del códice príncipe, reconocible mediante la Miscelánea, es un «alteramque que», en vez de «alteram que» (32.₁₃), y en el mismo incurren las tres copias aludidas. Por último, en ellas y en el príncipe léese dos veces *exorabat* (90.₂₆); mas la Miscelánea y Lucas sólo dan cabida a la segunda, rectamente. Unidos estos indicios al de que dicho grupo ni siquiera una variante suministra de acuerdo con la Miscelánea, o con Pelayo en lo que respecta a Sampiro, siguiendo siempre al códice príncipe, salvo yerros y correcciones, viene a lograrse certidumbre de que sólo representa una copia más de dicho códice. Sobre ello insistiremos aún (Pág. XLIX).

Por consecuencia, para depurar el texto, fuera de la copia de Montealegre, las otras no valen sino por las correcciones eruditas que suelen llevar, no siempre acertadas. En cambio, los textos paralelos de las crónicas Miscelánea y de Lucas, usando de ellos moderadamente, y fiándose con preferencia de las variantes en que ambos coinciden, pueden constituír un auxiliar valioso; mas nunca sin algún riesgo de llevar al texto primitivo correcciones ajenas.

Códice principe.—Existe en la Biblioteca Nacional, bajo el número 1.181, antes F. 81. Su tamaño es en 4.° (20 × 14 centímetros); consta de 155 hojas de papel, y lleva pasta verde, algo posterior a 1718 y típica de la Biblioteca Real. Contiene: la historia Silense, hasta el folio LIX; la crónica del Despensero, hasta el 128, escrita en otra clase de papel, sin foliación especial, y de letra casi igual que la de la otra historia; por fin, el «Traslado de una proposicion fecha al muy reverendo

magnífico señor don Lope de Barrientos», personaje que fué maestro de Enrique IV y murió en 1469, siendo obispo de Cuenca.

Este códice se describe en el catálogo de la riquísima librería del Marqués de Montealegre, hecho en 1677 (1), así: «Historia antigua, que comiença desde el rey Don Pelayo hasta el rey Don Fernando el primero, escrita en lengua latina por un monge benito, hijo de la casa de Santo Domingo de Silos: contiene también la historia del Despensero, y un papel del obispo Don Lope de Barrientos, sobre si son capaces de gozar prebendas eclesiásticas los descendientes de judíos. En 4.° MS.»

Su poseedor antiguo, D. Pedro Núñez de Guzmán, segundo marqués de Montealegre y Presidente de Castilla, casó con su sobrina D.ª María Niño de Porras y Enríquez, condesa de Villaumbrosa y marquesa de Quintana. Él descendía de los Guzmanes de León, señores de Toral, y su bisabuelo entró en servicio del Emperador, desempeñando oficios palatinos, como también su hijo. Así, el códice pudo venir de León por herencia de familia, y disfrutarlo en la Corte el cronista Padilla y luego Pellicer. Muerto el susodicho D. Pedro y deshecha su biblioteca, es probable que lo adquiriese la Corona.

Nuestra historia va escrita en letra cursiva redonda, de hacia la mitad del siglo XV, bastante clara, distribuída en 24 a 28 líneas por plana, con márgenes y formando cuadernos de 12 hojas, provistos de reclamos y foliación en cifras romanas al pie. Al comienzo, cuando habla de Alfonso (f. 5: Ade-

---

(1) «Museo o biblioteca selecta de el Excmo. Señor don Pedro Núñez de Guzmán, marqués de Montealegre y de Quintana, conde de de Villaumbrosa y de Castronuevo... por el Licenciado don Joseph Maldonado y Pardo. Año 1677. Madrid», pág. 112.

fonsus igitur...), y luego sobre Almanzor (f. 38 v.: Era igitur...), quedan huecos para letras capitales que no llegaron a miniarse. También hay separación de párrafos al llegar lo de Covadonga (f. 11: Est vallis...), y al principio de lo de Sampiro (f. 27: Post cuius...). En lo demás, constituyen separación mayor un punto, dos rayas verticales y letra mayúscula, aunque ésta no siempre, descendiendo progresivamente en orden, punto y raya, punto solo y raya sola, que equivale a coma; ella falta en fin de línea y ante *ut* y *et* generalmente, y se pone tras del sujeto cuando es largo; las cifras numerales van entre puntos; la división de palabras se marca bien; hay letra mayúscula generalmente en principio de cláusula, pero escasean en nombres propios; sus abreviaturas son las usuales en escritos latinos del siglo XV, sin que apenas dé lugar a dudas su interpretación; se usa la *u* como consonante y vocal, dentro de palabra, y la *v*, generalmente, como inicial; *s* larga, en principio y dentro de palabra, y la *s* recorvada, al fin; *i* larga, en principio de palabra, y siempre con más frecuencia que la corta, sin orden fijo; igualmente carece de regla la *y*, usada mucho en principio y fin de palabras, mas no en las de origen griego; la *ç* es rara: *neçessario*, *Atiença*, *ilusceçente*, y en cambio, *Victica* por *Vitiza;* no se expresan los diptongos *ae*, *oe*, ni generalmente las interrogaciones; pone *Fernandus*, *Alfonsus*, *Raimirus*, modernizada su forma, etc. Las equivocaciones se salvaron raspando y volviendo a escribir encima, y algunas correcciones van simplemente al margen.

El texto careció en un principio de epígrafe; hoy lleva éste, en letra del siglo XVII: «Author innominatus sed dilucidus et verus ordinis benedictini et filius S.ti Dnici de Silos. De vita Adelfonsi imperatoris et successorum regum.» De la misma letra, y de otra del siglo XVIII, abundan reclamos

marginales sobre las materias de que habla el texto, nombres de reyes principalmente.

Manuscrito de Fresdelval.—Queda dicho que, según presunciones, fué de Lorenzo de Padilla, cronista oficial de Carlos V, quien, hacia 1570, citaba, entre historias consultadas por él, la de D. Pedro, obispo de León; y además consta que cedió su biblioteca a dicho monasterio, fundación de sus antepasados. Allí obtuvo su copia Berganza, y por analogía infiérese igual procedencia a las contenidas en los manuscritos de la Biblioteca Nacional, 51 (1) y 1.508 (2), como también a otra, perdida ya, que fué de Ferreras y tuvo Flórez a falta del comienzo. La copia del número 51 es de segunda mano, y salió de otra con letra muy confusa, como la notarial del siglo XVI, según acreditan sus frecuentes yerros entre *e* y *c* o *i*, *a* y *u*, a más de *ie* por *u*, *ed* por *ul*, *d* por *cl*, *ci* por *a*, *ma* por *nue*, etcétera; en cambio, la del número 1.508 proviene de un texto de tipo antiguo, puesto que conserva finales en *us* abreviados (ʼ) a estilo medieval. Ambas copias son descuidadas, abundando en omisiones de palabras y aun de frases y cláusulas, bien largas a veces; y también los yerros de lectura, sobre todo en el 51, son copiosos, dando formas disparatadas, que sólo a copistas ignorantes del latín podían ocurrirse. Es notorio que ambas copias y la de Berganza se obtuvieron se-

---

(1) Antiguo, C. 2; en gran folio, de letra de calígrafo, sin nota ni corrección alguna. Ocupa la historia Silense desde el folio 111, bajo el número 8.°, entre las muchas de que consta; una de ellas se declara copiada en Ripoll por Jacobo Vila, presbítero, en 1600, y ciertos anales alcanzan a 1611. Su epígrafe dice: «Chronicon editum a monacho monasterii Seminis quod aestimatur monasterium Silense.»

(2) Antiguo, F. 131; en folio, a dos columnas, sin correcciones; letra del siglo XVIII; encuadernación típica de la biblioteca de Felipe V. La historia Silense va del folio 105 al 136, sin epígrafe inicial. Contiene también la crónica latina de Varones ilustres, por Felipe de Barbieri, copiada del ms. 8.592.

paradamente, así como que todas vienen de un prototipo común, según acredita la serie de variantes en que coinciden, atribuíbles con cierta seguridad al ejemplar de Fresdelval y representativas de él. Ellas pueden distribuírse y clasificarse del modo siguiente:

Descuidos y yerros: tan sagaciter $2._{1}$, creditis $3._{13}$, et *(por* atque) $5._{7}$, cuique $9._{2}$, post [se] $11._{13}$, barbarorum $14._{13}$, interficere $14._{20}$, deinde $15._{6}$, Abderramen $16._{13}$, [nam]que $18._{16}$, Monninam $23._{15}$, togatos $24._{24}$, magnates $37._{26}$, peractis $38._{5}$, Legionem $39._{10}$, ismaelita $42._{4}$, congregata $45._{12}$, usque ad $46._{17}$, hec $50._{6}$, igitur *(por* vero) $51._{16}$, iniquo $53._{26}$, exulando $55._{22}$, ismaelitico $59._{10}$, dominare $59._{11}$, prosapia $62._{21}$, atque *(por* adhuc) $70._{2}$, est *(por* ex) $72._{2}$, triplicem $73._{3}$, operibus *(por* opibus) $75._{11}$, carnis *(por* carius) $88._{4}$.

Enmiendas y correcciones: usque ad $3._{19}$, stragem $5._{8}$, disserere $7._{14}$, Muza $15._{4}$, propensius $15._{8}$, misericorditer *(por* insedinter) $16._{6}$, coangustati $16._{21}$, prelio $17._{9}$, bello $17._{10}$, Gegione $21._{18}$, advecto $33._{23}$, ictu *(por* impetu) $34._{20}$, erant $35._{2}$, sucessit $36._{12}$, ac *(por* atque) $36._{21}$, occidentales omnes $37._{7}$, diebus hiis $42._{15}$, [a] christianis $43._{8}$, ad internicionem $44._{16}$, mensibus ... diebus $53._{21}$, ad ripam $56._{8}$, audito $57._{20}$, frangeret $58._{18}$, adeptus est $59._{2}$, recepit $62._{2}$, fameque $62._{13}$, Ceiam $65._{27}$, corruptibili $75._{1}$, patefecerat $76._{9}$, tuitionem $78._{18}$, rex vero $80._{24}$, ligneo $84._{22}$, adventu $85._{18}$, generali conventu suorum $87._{6}$, erat *(por* est) $88._{22}$, illucescente $90._{7}$, et terrestria $90._{19}$.

El manuscrito 51 añade unas pocas variantes, exclusivas suyas y aceptables—augere $15._{7}$, funditoribus $19._{24}$, dicitur $49._{10}$, coniugium $52._{22}$, idibus $57._{20}$, perparvum $77._{2}$—entre multitud de disparates, a través de los cuales rastréanse formas idénticas a las del códice príncipe; otras hay repetidas

por Berganza y no menos baladíes—fertur (*por* ferunt) 42.$_{16}$, studuerat (*por* statuerat) 72.$_{5}$, splendidissimus 76.$_{3}$, Deodicate 84.$_{3}$, conveniebat 90.$_{4}$—además, omisiones de partículas y yerros hasta unos diez y ocho; pero sobre todo ello es menor la seguridad de que provenga del común prototipo, ni el dilucidarlo traería ventajas.

Estudiadas dichas variantes, recíbese la impresión de que ellas, en cuanto tienen de bueno, son retoques eruditos, labor propia de latinista con pocos aciertos, y ellos ceñidos a lo que el códice príncipe da de sí, es decir, sin novedades de dicción como las que arroja la crónica Miscelánea y aun la de Lucas, denunciadoras de omisiones y yerros graves del mismo.

El manuscrito 1.508 lleva dicha característica erudita a límites extraordinarios, mediante correcciones de estilo y de nombres propios, que arguyen cultura histórica; y como Berganza admitió una parte de ellas, parece natural que también dimanaran del prototipo común, yendo, probablemente, consignadas al margen. Son las siguientes, marcando con asterisco las que acogió Berganza:

Enmiendas aceptables: *Cartaginensem 6.$_{16}$, *Teudefredum 13.$_{4}$, *impar 13.$_{8}$, *Munuza 21.$_{19}$, petentibus 28.$_{2}$, *initoque 32.$_{14}$, honorem 38.$_{21}$, populantur 43.$_{8}$, *Aragontum 48.$_{2}$, trucidare 49.$_{10}$, *ferire 79.$_{10}$, *remeate 82.$_{22}$, ianuarias 86.$_{6}$.

Correcciones de estilo: *aliis 2.$_{5}$, *que 2.$_{10}$, adunandum 2.$_{22}$, heresis 4.$_{23}$, obtemperantes (*por* obsecundantes) 5.$_{3}$, hortabatur 6.$_{26}$, sive (*por* seu) 8.$_{14}$, *decebat (*por* licebat) 9.$_{27}$, *evitando 10.$_{13}$, circumventibus 10.$_{19}$, civitatem Semurensem 10.$_{19}$, argento 11.$_{5}$, posito (*por* preto posito) 11.$_{11}$, episcopo 11.$_{20}$, dederunt (*por* tradiderunt) 11.$_{23}$, ordinandum (*por* ordiendum) 12.$_{3}$, uxoribus 12.$_{22}$, *arguere 15.$_{7}$, *a peccatis 16.$_{6}$, fecit 17.$_{18}$, constituerunt 18.$_{9}$, *Oppa utique 18.$_{16}$, *imperatore 18.$_{20}$,

*evolvere (*por* evolare) 20.2, vellent et sigillatim (*por* singilatim) 25.1, eademque (*por* eadem itaque) 25.8, unum (*por* alium) 25.18, ministris (*por* magistris) 25.23, convertere (*por* vertere) 26.10, *ad (*por* iam) 26.10, muris et turribus (*por* turribus) 30.11, exorta (*por* extorta) 31.2, *tanti 32.15, Ovetum 33.21, *domandas (*por* deprimendas) 34.13, variis preciosisque 36.3, Ovetum ibidem 36.11, deinde 37.5, undequaque (*por* circumquaque) 37.5, villisque (*por* et villis) 37.6, pugnatores (*por* bellatores) 37.8, castramentatus est (*por* castrametatus) 38.7, *gratias 38.18, *tantamque (*por* tantam namque) 40.7, regi cordubensium 40.15, *veniens Legionem 41.14, *congregari 43.18, armentorum (*por* armatorum) 43.23, rebelionem (*por* rebellum) 45.7, et Oveti 45.15, *loco 46.6, et morbo 46.7, congregato 46.15, ideo ut dicunt 49.10, magna victoria 50.24, eos (*por* ipsos) 52.3, congregato 53.8, venit 54.21, perrexit in (*por* pergens) 55.12, Dorium 56.7, et in ipso 56.14, disposuit 58.18, duxit (*por* ducens) 59.5, pugnavisse 60.23, nix (*por* nivibus) 61.5, dimitteret (*por* dirimeret) 61.5, esset (*por* est) 61.13, *genus (*por* gens) 62.1, strata (*por* abstrata) 62.1, supersticiossamque 62.11, *appropinquatur 64.24, *deinde (*por* deinceps) 67.12, *qui (*por* quas) 67.21, corde suo 68.23, invide regum (*por* regum avide) 69.13, *regnum sibi 71.16, breviter 73.15, procedat 76.15, huic debuisset mundo 76.16, spatia (*por* in spacia) 76.21, fregerunt 76.23, properarium (*por* per parium) 77.2, finibus 78.1, *sicque 78.25, suadet 80.6, iuste 80.6, omnis 80.8, eloquens ait (*por* dicens) 82.2, *triduo (*por* hoc triduo) 82.5, sui merita 86.22, nec (*por* necnon) 87.12, *maritali (*por* mariti) 87.15, acceptum quoque (*por* acceptumque) 90.20, *regi (*por* rexi) 90.21.

Supresiones: A más de las arriba indicadas, échanse de menos unas treinta y siete palabras respecto del códice príncipe, y también cuatro períodos algo largos; uno de estos últimos,

por lo demás injustificadamente, pasó a Berganza («verum etiam suis laboribus ornate» $88._7$), y asimismo una palabra suelta (reservatis: $6._{23}$); sólo en tres casos parece la omisión justificada—hunc $11._{13}$, una $54._{22}$, materiali $75._5$—, las demás deben provenir de faltas de copia, careciendo de valor.

Parecerá excesivo el análisis hecho en averiguación de cómo sería el códice de Fresdelval; mas precisaba justificar la desestimación en que merece ser relegado para fijar el texto de nuestra historia; y, por otra parte, pendiendo de él las ediciones anteriores, conviene saber de dónde provenían sus yerros y sus correcciones.

Críticos.—Don José Maldonado y Pardo, en 1677, dió la primer noticia impresa de nuestra historia, como obra de un monje de Silos, al catalogar, en la biblioteca del Marqués de Montealegre, los dos manuscritos arriba descritos (páginas XLIV y XLVI) que la contienen.

Don José Pellicer y Tovar publicó luego, en 1681, sus *Annales*, donde alude a ella también sobre el códice de Montealegre, juzgando ser la misma que alegó Sandoval, como crónica de Alfonso VI escrita por D. Pedro, obispo de León, y repite que el autor fué antes monje de Silos.

Don Nicolás Antonio, en su *Bibliotheca vetus*, editada en 1696, libro VII, cap. III, repite lo mismo, con más las otras referencias a dicha crónica del Obispo, consignadas por Padilla y Román de la Higuera; dice que ella se vertió en romance, pero que no había logrado verla, y da como equivalentes Domus Seminis y Silos.

Fray Francisco de Berganza, en sus *Antigüedades de España*, 1721, tomo I, pág. 106, dice que el Dr. Ferreras tenía otra copia de la historia del Monje de Silos; y luego, en el tomo II, pág. 521, publicó él la suya, tomada del manuscrito

de Fresdelval, con un breve prólogo en que alude a Nicolás Antonio, sobre la concordancia de Seminis y Silos. También da preferencia a su texto de Sampiro, respecto del publicado por Sandoval.

Fray Enrique Flórez, en su *España Sagrada*, tomo XVI, que es de 1763, desde la página 264 analiza el contenido del que llama «Chronicon del monge Silense», denunciando sus faltas de método y divergencias con Pelayo de Oviedo. La da como escrita bajo Urraca o en los primeros años de Alfonso VII. Se hace cargo de la atribución al obispo D. Pedro, añadiendo la cita de Pedro Mexía (1542), y repite lo de Domus Seminis y Silos; pero contradice la identidad del obispo y del monje, por cosa no probada, y antes probable lo contrario, como arriba se dijo. A continuación la edita de nuevo.

Fray Manuel Risco, en la misma *España Sagrada*, tomo XXXV (1786), página 151, insiste en dicha negación de su predecesor, repitiendo las mismas citas y argumentos, y concluye que, si el cotejo de ambas historias probase su identidad, habría que reconocer por autor no a D. Pedro, sino a D. Diego, sucesor suyo, como creyó Román de la Higuera.

Don Rafael de Floranes (1743—1801) en nota manuscrita (Gallardo: *Ensayo de una biblioteca española*, III, 1107), asegura que la atribución de nuestra historia al monje de Silos fué una de las travesuras del ingenio de Pellicer, quien leyó «Domus Seminis» donde el texto decía «apud coenobium quod De Domnis Sanctis nuncupatur», aludiendo a Sahagún; rechaza lo de Silos por arbitrario e inverosímil, y dice que se escribió hacia 1110.

M. R. Dozy, en sus *Recherches* (1.ª edic., 1849, págs. 220 y 441; 3.ª edic., 1881, t. I, pgs. 19 y 84) expone el mismo pro-

blema que Flórez y Risco, adhiriéndose a la incompatibilidad entre el monje y el obispo. Hace observaciones sobre la cronología de Fernando I, critica el providencialismo de nuestra historia y cree resto de crónica perdida y copiado fielmente lo alusivo a Alfonso III y Ordoño II.

Don José A. de los Ríos, en su *Historia crítica de la Literatura española*, tomo I, página 163 (1862), cree a nuestro monje más docto, sano de juicio y esmerado en el uso de la lengua que Pelayo. Analiza su libro con elogic y benevolencia constantes; le atribuye el mérito de haber estudiado la antigüedad, restableciendo los modelos clásicos y adoptando un tono y estilo a la sazón inusitados, con sentencias morales, datos de geografía clásica, rasgos eruditos y providencialismo.

Don Antonio Blázquez, en la *Revista de Archivos* (1908), tomo XII, página 187, se alza contra el criterio del Sr. Ríos y en defensa de Pelayo y su obra. Echa en cara al monje su ignorancia, sus descuidos y su desorden; y, sobre el criterio de que no hizo sino copiar cuantas crónicas tuvo a mano, reprocha su alterar los textos gravemente y mutilarlos con omisiones. Considera que en este libro, aparte el prólogo, no hay original del monje sino lo relativo a Alfonso VI. Cree de un autor desconocido la parte que abarca de Vitiza a Pelayo; de Sebastián, lo que sigue hasta Ordoño II, al parecer; de Sampiro, con mutilaciones, lo ya sabido, pero comprendiendo la historia de Bermudo II, y atribuye a otro autor desconocido lo restante hasta concluír. Da a conocer por vez primera la Crónica Miscelánea, como obra coetánea de nuestro monje y de Pelayo, mas no copiada de ellos, donde se aprecian las mutilaciones que aquél infirió a textos que dicha crónica incluye íntegros, sobre Almanzor y Castilla especialmente.

Don A. Huici, en sus *Crónicas latinas de la Reconquista*, tomo II (1913), estudia el progreso literario que nuestra historia revela sobre las anteriores, juzgándola como la más notable de la Reconquista antes del siglo XIII. Analiza sus atisbos de filosofía histórica, envueltos en reminicencias e imitaciones de Salustio; sus descripciones topográficas, nuevas en nuestras crónicas; su colorido poético y epifonemas de tipo salustiano. Declara su amplitud de vocabulario y de sintaxis, la construcción en períodos y miembros a modo clásico, mayor uso de participios y gerundios, del infinitivo de futuro, del pretérito en *ere*, del verbo *sum* con dos dativos y concordancias de relativo en dativo con participio, acreditándolo todo con ejemplos.

M. G. Cirot, en el *Bulletin Hispanique*, tomos XI, p. 259, XVI, p. 15; XVII, p. 1 y XVIII, p. 141 (1909 a 1916), opina que « Seminis» es corrupción por «Simeonis» o «Semenis», creyéndolo monasterio fundado por algún personaje de este nombre, acaso el que era obispo de Burgos hacia 1077. Da noticia de sus códices, excepto el de 1600 y los de Pellicer y Ferreras (B. N. n.s 51, 2.237 y 9.317). Contradice que se escribiera en Silos, por las ideas desfavorables a Alfonso VI que allí se abrigaron. La compara con la crónica Miscelánea (o Leonesa, como él la llama), y con las actas de traslación de san Isidoro, cuyo original no conoce, admitiéndolas como prototipo del pasaje similar contenido en la Silense. Cree que lo de Fernando I, lo de Almanzor y lo de Alfonso III y Ordoño II son textos ajenos, conservados puros en la Miscelánea, que a su juicio no depende de la Silense, aunque ésta sea anterior, sino ambas de un prototipo común, salvo lo de Sancho II; y opina salido lo de Fernando I de un medio cluniacense. Sobre nota del Sr. Morel-Fatio, da noticia de los dos

códices silenses de Montealegre, pero sin identificarlos con los conservados.

Ediciones.—La de Berganza, hecha sobre un solo manuscrito, el de Fresdelval, en 1721, y copiada por Flórez y Huici, constituye la única autoridad sobre nuestra historia que de público se disfrutaba. El códice príncipe y sus derivados mejores parece que nadie los tuvo en cuenta para depurar el texto de Berganza, aunque Ewald, en 1881, dió cuenta de ellos en su *Reise nach Spanien (Neues Archiv*, VI, págs. 308 y 311), y luego Cirot describió algunos.

La edición de Berganza, como todo su libro, es tipográficamente muy descuidada, abundando en erratas; además, el manuscrito de que se valió tenía deficiencias de lectura graves y correcciones inoportunas, como va demostrado. Sobre esta base, natural era obtener un texto muy deficiente, dado que arrastraba los yerros de original tan defectuoso, más parte de sus correcciones, arriba consignadas como viciosas o arbitrarias, excepto unas 30 exactas; y a ello se añaden buen golpe de erratas graves y un centenar de variantes nuevas, no menos deplorables, pues contamos como tales la supresión de 23 palabras o partículas y añadidura de siete, por mero descuido todo ello, y unas 70 correcciones, entre las que sólo merecen aprobación las siguientes: suo, $3._{26}$; seditionem, $5._{1}$; Rainerio, $11._{17}$; spatarius, $18._{4}$; Haumar, $23._{11}$; celsiori, $24._{19}$; Tyrsi, $24._{20}$; aberat, $33._{20}$; autumant, $49._{9}$; inivit, $55._{23}$; iugo, $59._{18}$; Onniae, $80._{8}$. La ortografía, puntuación y apartado en párrafos y capítulos ofrecen también muchísimo de reprochable.

La edición de Flórez corrige la puntuación y la ortografía, salvando erratas; establece nueva distribución de párrafos, no siempre con acierto, y pone epígrafes con los nom-

bres de los reyes, que acentuan gravemente los desórdenes del texto. Aun adolece de unas 14 erratas graves propias y casi de otras tantas correcciones malas; además, como apenas se hizo cotejo de manuscritos, mantiene el cúmulo de yerros y arbitrariedades de la edición anterior, salvo unas 30 correcciones, que restituyen formas del códice príncipe, y otras 10 que lo mejoran, siguiendo a Ferreras y Pellicer a veces. Realmente Flórez se esmeró poco en la depuración de textos, si bien la prisa que se daba en publicar tomos no le consentiría detenerse en minucias.

La edición del Sr. Huici limítase a copiar escrupulosamente el texto de Flórez, sin cotejarlo siquiera con el de Berganza para salvar sus yerros. En notas acoge unas 60 correcciones exactas; y no es completa, ya que omite la parte de Sampiro. Respecto de la traducción adjunta, interlineada y literal, son habituales sus descuidos; mas tampoco se podían hacer muchas gracias con un texto así de viciado e incorrecto, resultando, no sólo ilegible, sino ininteligible en muchos lugares.

La edición del Centro de Estudios Históricos, encomendada al Sr. Santos Coco, se basa en el códice príncipe, salvados sus yerros mediante las crónicas Miscelánea y de Lucas, más la de Pelayo en lo que respecta a Sampiro, y atendiendo a las correcciones de copistas, eruditos y editores; pero sin ingerir cosa alguna en el texto por cuenta propia, salvo minucias. Las diferencias respecto de dicho códice van acotadas al pie, a modo de variantes, así como la correspondencia de folios. No se hace mérito, sin embargo, de las *ci* por *ti*, ante otra vocal; ni de *n*, ante *b*, *m* y *p*; ni de *u* por *v*, dentro de palabra, que constituyen regla general en el códice; tampoco, de las *s* e *i* largas, que no guardan regla, como igualmente

la *y*, cuya presencia se anota en los nombres propios. No se restablecen en el texto los diptongos *ae*, *oe*, nunca usados en el códice, ni generalmente en la Edad Media, partiendo de nuestra epigrafía goda. Entre usar siempre *v*, como vocal y como consonante, a uso clásico, o siempre *u*, remedando la forma uncial y cursiva, se optó por diferenciarlas, según el uso moderno, aplicado a excelentes ediciones latinas. En lo demás guárdase la ortografía clásica, no abolida, si bien descuidada en lo medieval, dejando, sin embargo, rasgos peculiares, como el uso de la *h* inicial, a veces, y desaparición de la *y* como letra griega. Las abreviaturas se han resuelto sin advertencia alguna, salvo algún caso dudoso, entre las variantes. Se restituyen a su forma antigua nombres personales modernizados, como *Fernando*, *Alfonso* y *Ramiro*. Se conserva generalmente la indicación de párrafos y puntuación del códice, excepto algunas comas incompatibles con la extructura gramatical, añadiendo otras que han parecido indispensables. Finalmente, van en castellano advertencias anejas a las variantes, porque, caída ya la costumbre de escribirlo todo en latín, resulta innecesario mantener este rastro de los antiguos métodos.

Respecto de las notas, contienen lo indispensable para ayudar a la fijación del texto, sobre criterio de desconfianza, para no achacarle retoques que pudieran ser ajenos, y colocando al lector en condiciones de juzgar y mejorar lo hecho, sin perderse entre el fárrago de inutilidades eruditas. Incorporadas al texto van aquellas adiciones o correcciones abonadas por testimonios concordantes o por la autoridad de los críticos, cuyas citas se consignan al pie. Cuando el grado de garantía es menor, confíase a las notas mismas el presentarlas como correcciones posibles, por si se las cree buenas o para idear

otras. No se da valor definitivo a las variantes de la Miscelánea, y mucho menos a las de Lucas, siendo notorio que ambos textos aparecen retocados; mas cuando dan una forma concordante, su testimonio es de gran autoridad, porque, no estando copiado uno de otro, una discrepancia común debe provenir de la fuente originaria.

Van por apéndice las actas de traslación del cuerpo de san Isidoro, que tan ligadas están con nuestra historia, pues resultaban deficientes las ediciones de los Bolandos y de Flórez. Se ha conservado aquí escrupulosamente la ortografía del códice antiguo, y aun se indican, suplidas en letra bastardilla, sus abreviaciones, pudiéndose formar idea por ello del aspecto que ofrecería la primitiva redacción Silense.

En índice se registran, por orden alfabético, los nombres personales y geográficos del texto, con sus datos aclaratorios propios, más otros añadidos que van entre paréntesis; y todo ello puede servir de ilustración al lector, como guía para discernir entre tantos Alfonsos, Garcías, Ordoños, etc., citados en sus páginas.

Recapitulación.—La historia que estudiamos se escribió por un monje de origen incierto, acaso mozárabe, hacia el segundo decenio del siglo XII, en León y, casi con certidumbre, en su iglesia real de San Isidro.

Había de comprender la vida entera de Alfonso VI; pero quedó reducida a los principios, con relato de su ascendencia principalmente. No es en modo alguno una crónica, sino pieza literaria de corte clásico, tomando la idea y calcando frases de Salustio y de Eginhardo.

Su fuente principal de información es la crónica asturiana del Seudo-Sebastián, con una adición, hoy perdida, que llegaba hasta tiempos de Ordoño II. Lo sucesivo del siglo X falta, y

en su lugar se incluye desligada la crónica de Sampiro, íntegra y pura. En lo posterior el monje tomó noticias de su padre y reprodujo las actas de traslación del cuerpo de san Isidoro.

Faltan indicios para creer que esta historia llegase a ser más extensa. Parece que se la explotó en el mismo siglo XII por un narrador laico, de sucesos castellanos principalmente. También y con seguridad entró gran parte de su contexto en la crónica leonesa, que llamamos Miscelánea; y a principios del XIII la refundió Lucas, canónigo de dicha iglesia y más tarde obispo tudense. En lo sucesivo, hasta el siglo XVI, pasó inadvertida, y no se la hizo valer de nuevo sino en el XVIII.

Un solo códice, y éste leonés, al parecer, ha conservado su texto; data de la primera mitad del siglo XV y perteneció al Marqués de Montealegre. Todos los demás ejemplares conocidos dimanan de él con seguridad. En el siglo XVI quizá lo copió, con lapsos de trascripción, y corrigió ampliamente el cronista Lorenzo de Padilla, cuyo sería el ejemplar de la biblioteca de Fresdelval, divulgado por las ediciones de Berganza y Flórez. Separadamente, Pellicer y Ferreras obtuvieron otras copias directas, enmendándolas con más parsimonia; pero no llegaron a utilizarse de público. Hoy todos sus manuscritos conocidos se guardan en la Biblioteca Nacional.

Finalmente, es una realidad definitiva por hoy, que nuestros hombres cultos no saben latín, como tampoco los ocupados en materias históricas; y el hecho se acentúa progresivamente, al paso que se consolidan métodos abstrusos e ingratos para su enseñanza: tal vez no haya signo mayor de incultura que éste en nuestra patria. Fuera de los filólogos, que

también evolucionan desdeñándolo todo menos la gramática, los demás no estamos capacitados para leer, sin golpes de diccionario, un texto clásico, y muchos ni aun lo intentan, satisfechos con mascujar lenguas norteñas, para mal imponerse en una cultura que sólo a base de clasicismo pudo fraguarse: así, los arqueólogos se refugian en la prehistoria y los historiadores no andan a gusto sino con lo romanceado por delante. Deseando, pues, remover el obstáculo, para hacer legible nuestra historia, decidimos verter en romance la Silense, ya que la suerte nos deparó trabajar sobre ella; y aquí va sin más pretensiones que la de conservar el espíritu y sentido originarios, juntamente con cierto paralelismo de composición. Si algo deseamos un buen éxito para el ensayo es por si otros, mejor preparados, toman sobre sí esta faena de vulgarización medieval (1).

---

(1) El docto catedrático D. V. García de Diego, accediendo a compulsar una parte de nuestra versión, ha enmendado algunos pasajes.

VERSIÓN CASTELLANA (1)

[1] En otro tiempo, cuando España florecía fecundamente en todas las disciplinas liberales, y los que sentían sed de saber consagrábanse en ella por doquiera a estudios literarios, al invadirla fuertes bárbaros, desvanecióse de raíz el estudio junto con la enseñanza. Por lo que, llegada esta penuria, faltaron escritores y las hazañas de los españoles se pasaron en silencio.

[2] Mas si meditas sagazmente por qué sobreviniese tan gran calamidad a España, de cierto se viene a la memoria que todas las vías del Señor son misericordia y verdad. En efecto: a unos, enredados en diversas maldades, irremisiblemente destina Él a penas eternas, mientras otros son invitados, por méritos de buena vida, a las floridas sillas de la patria celestial; y a algunos, afectos en parte a lo uno y a lo otro, una vez purgados con loción de transitorio fuego, también llama a la vida. Ni es de preterir el caso de muchos otros a quienes asimismo golpea corporalmente, aunque en lo futuro aquel golpearlos no valga de remedio; y así resulta, para los que en modo alguno se corrigen, que el golpeo de los precedentes azotes inicia sucesivos tormentos, por lo que el Salmógrafo canta: «Sean envueltos en su confusión como en diploide», pues doble manto

(1) Los números intercalados en alto corresponden a la paginación del texto latino, según la nueva edición del Centro de Estudios Históricos.

figuradamente visten los que a pena temporal y eterna son condenados.

Así, los reyes (que con este nombre de mando sabemos, por antiguo relato, haber brillado primero en tierras donde poco a poco invadieron desidia por trabajo, soberbia por equidad y liviandad con avaricia por continencia) empezaron a adorar a la criatura antes que al Creador, echando en olvido al verdadero Dios y sus mandatos. Y aquellos a quienes el Creador de las cosas, entre los demás animales concediera generosamente rostros vistosos y levantados para mirar las cosas celestiales, entenebrecidos por sombría niebla, encorvados y postrados, adoraron a los demonios, bajo falsas imágenes de madera, piedra y metal. [3] Por lo demás, dejados estos reyes, para quienes aun no había resplandecido la luz salutífera, debemos apresurarnos a censurar, según su posición y acciones, a los renovados en la fuente del sacro bautismo.

Pues si Cristo, según creemos, tomada nuestra mortalidad, predicó un bautismo y una fe, ciertamente Constantino, emperador romano, en punto de la fe aparece reprensible. El cual Augusto, de gran excelsitud por ventura, fué purificado primero como católico, por el papa Silvestre de reverenda memoria, en el baño del sacro bautismo, precediendo señales y prodigios, por cuyo hecho consta entenderse patente que las señales no se hicieron ostensibles respecto de los fieles, sino en favor de los infieles, como así lo pregona la Verdad misma, diciendo: «Si no viéseis señales y prodigios, no creereis.» Pues dicho Emperador, cercano el fin de sus días, seducido y rebautizado por cierto falseador de la fe católica llamado Eusebio, obispo de la iglesia de Nicomedia, incurrió miserablemente en la herejía arriana; de modo que, perseverando en tal error, salió como infiel de esta vida. Lo que se

declara con lucidez en la crónica que Isidoro, siervo de Cristo y obispo de la iglesia Hispalense, escribió en compendio, desde el principio del mundo hasta tiempo de Heraclio, emperador romano, y de Sisebuto, religiosísimo príncipe de los españoles. Pero también de entre sus sucesores, aunque no en tal forma sí con pareja insensatez, pereció la mayor parte.

¿Y qué relataré ya de los jefes vándalos y suevos, entre quienes muy pocos católicos se hallan? También los reyes godos, sometidas a su dominio por todas partes naciones y vencedores en tierra y mar, pero ejercitando su crueldad contra la fortaleza de Cristo [4] con doble saña, expulsados los cultivadores de la virtud, para colmo de su condenación recibieron los dogmas de los arrianos. Uno de los cuales, llamado Leovigildo, debe traerse a la memoria por la magnitud de su crimen. El cual Leovigildo, verdaderamente encendido en celo por la herejía arriana, a Hermenegildo, su hijo, que resistía comulgar con nefandos ritos, primero atenazado con diversos tormentos y al fin puesto en prisiones, mandó matar con cruel hacha.

Después de cuya muerte, el rey Recaredo, no siguiendo al pérfido padre, sino las huellas del hermano mártir, empapado en la doctrina de Leandro, venerable obispo Hispalense, hecho predicador de la verdad y aborreciendo la saña de los arrianos, la extirpó en absoluto. Esto lo escribe Gregorio, papa, en el libro de los *Diálogos*, que, sobre vidas y virtudes de los santos padres, compuso eruditamente. Y así ocurrió, que los reyes godos sucesores suyos, secundando los mandatos imperiales del mismo, cultivaron devotamente la fe católica en paz y en guerra. Pero entre lo demás sea notorio el furor de los francos, empeñados en destruír el culto divino, y la perversidad de los mismos.

En efecto, dos condes de Recaredo, príncipe, que uno se llamaba Granista y el otro Vildigerio, sin duda eran nobles por su linaje y bienes; mas por costumbres e índole, profanos. Porque de cierto los había corrompido en la herejía un obispo, de nombre Atalogo, sin duda instrumento de los arrianos, que movido de instinto diabólico, en Narbona, eximia [5] ciudad, excitó gran sedición contra la fe católica. Estos condes, secundando por ventura los consejos de dicho Atalogo, introdujeron multitud grandísima de francos en la provincia Narbonense, dando por seguro que mantendrían el partido de los arrianos con la protección de tantos militares; y, a ser posible, hasta privarían del reino a Recaredo, serenísimo príncipe. Entre tanto, vagando acá y allá, hicieron gran estrago, vertiendo sangre de los siervos de Cristo. Cuando Recaredo lo supo, manda a Claudio, valentísimo duque de la ciudad de Mérida, que se apresure a vengar la sangre inocente. Dicho Claudio, pues, cumpliendo en breve el mandato real, con gran ímpetu acomete a los francos; luego, peleando atrozmente, castiga con espada casi a sesenta mil de ellos; al cabo, los francos, turbados por el castigo divino, mientras daban asaltos contra la fe católica con arrogante cerviz, perdieron a la par ambas vidas. Por fin, echando a huír la parte que había podido escapar de manos del enemigo, y siguiendo tras ellos los godos hasta los confines de su reino, fué destrozada.

No menos, en tiempo de Bamba, gloriosísimo rey, la ferocidad de los francos reconócese postrada. Pues como cierto Pablo, a quien Bamba, rey, había confiado la dirección de la provincia Narbonense, [6] creciese en soberbia con deseo de mandar, en forma que, siéndole impuesta diadema, le llamasen rey, confiado en el auxilio de los francos, se rebeló en

Nimes. Por consiguiente, llevando esta injuria con impaciencia el rey español, avanza cuanto antes sobre Nimes con la caballería escogida con que estaba en una expedición; al cabo, dispersos y fugitivos los francos, pone sitio a la ciudad, y tomada la destruyó, en parte, hasta el suelo; mas aún llevando preso al mismo Pablo, una vez sometida a su dominio la provincia Narbonense, alegre vuelve a Toledo. Escritas se hallan estas cosas en el libro del bienaventurado Isidoro, que, entre otros catorce dados a luz por él sobre las hazañas de vándalos, suevos y godos, diligentemente compuso.

También los reyes hispanos, desde el Ródano, máximo río de los galos, hasta el mar que separa a Europa de África, seis provincias gobernaron católicamente, a saber: Narbonense, Tarraconense, Bética, Lusitania, Cartaginense y Galecia; sometieron además bajo su dominio la provincia de Tingitania, sita en los últimos confines de África. Por fin, cuando la divina providencia, viendo que Vitiza, rey de los godos, se agazapaba largo tiempo entre los cristícolas como lobo entre ovejas, para que todo linaje no se manchase otra vez en el antiguo revolcadero, al modo que en tiempos de Noé, permitió que, como el diluvio la tierra, gentes bárbaras ocupasen toda España, preservados pocos cristianos. Pero después de condolerme por la ruína de la patria, y como hubiese ido demasiado lejos tocando depravadas costumbres de reyes, el asunto mismo incítame a volver al principio.

[7] Así, pues, yo, desde mi florida juventud, sometiendo el cuello en razón del yugo de Cristo, recibí el hábito monacal en el cenobio que llaman «Domus Seminis», donde vagando largo tiempo ensimismado, mientras revolvía diversas sentencias de los santos padres católicos, aclarativas de los sagrados libros de los Reyes, decidí escribir selectamente las hazañas

de don Alfonso, ortodoxo emperador de España, y su vida; primero, porque los más nobles hechos suyos parecen dignos de recuerdo; segundo, porque [salvado] ya en el frágil tiempo todo el trascurso de su vida, resulta celebérrimo sobre todos los reyes que gobernaron católicamente la Iglesia de Cristo. Mas antes de dar comienzo a esta narración, plugo exponer brevemente con cuántas dificultades y cuántos querellosos obstáculos llegó a poseer el reino.

Alfonso, pues, oriundo de la ilustre prosapia de los godos, tuvo gran fuerza en designios y en armas, lo que entre mortales apenas se encuentra; en efecto, vemos que uno sale adelante por temor a morir, y otro por atrevimiento de fortaleza. Pero cuánto ánimo hubo en éste para ampliar el reino de los españoles y hacer guerra a los bárbaros, enumerando una a una las provincias arrancadas de sus sacrílegas manos y devueltas a la fe de Cristo, lo diré de paso, conforme la habilidad de mi ingenio lo consienta.

8 Luego, pues, que Fernando, rey de buena memoria, cumplió su día último, sobreviviéndole de hijos el primogénito Sancho, el referido Alfonso y García el menor, juntamente con las hermanas Urraca y Elvira, aunque en vida el padre dividiera equitativamente el reino entre ellos, todavía durante ocho años seguidos hiciéronse guerra interior irreparablemente, aniquilada no pequeña parte de militares en dos grandes batallas. ¡Entre hermanos fué tan gran discordia! Porque, ¿quién ignora que desde un principio así ocurriera entre mortales, sino el que, obsesionado con otros negocios, no puede ocuparse en el estudio de las lecturas? Escudriñad, en efecto, las gestas de los reyes, porque entre copartícipes del reino jamás hubo paz duradera. Ciertamente dícese que los reyes de

España fueron de tal ferocidad, porque desde el momento en que algún régulo de su estirpe tomaba las armas en edad adulta, preparábase a contender por fuerza, ya entre hermanos ya contra los padres, si aun estuviesen vivos, para conseguir la regia autoridad él solo.

Así, pues, a este Alfonso, privado del reino paterno, le obligó su hermano Sancho a irse a Toledo; mas esto creemos que se realizó por disposición próvida de Dios. Porque como durante nueve meses, impelido por la necesidad cual desterrado de su patria, gozase de la hospitalidad barbárica salva su fe, y como se le distinguiese en grado máximo como a tan gran rey por los mismos sarracenos, ya también como familiarísimo de la sociedad mora paseando de acá para allá [9] diese vueltas por Toledo a discreción, lamentándose más de lo que sea dado creer a cualquiera, recapacitó en lo íntimo de su pecho por qué lugares y con qué artificios aquella ciudad, en otro tiempo espejo de los cristianos de toda España, podría sacarse de manos de los paganos. Pero más adelante indicaré de qué manera fué conquistada por él peleando atrozmente.

Entre tanto, reunido un ejército, el rey Sancho sitió a Zamora, que en tiempos primitivos se llamaba Numancia, porque los zamoramos en aquel trance permanecieron inconmovibles. Los cuales, en verdad, robustecidos con la protección del rey Alfonso y no conllevando la repulsa de su señor, enviado un militar de gran audacia, mataron al rey Sancho con engaño mientras los sitiaba. Quien, por ventura, traspasado desde atrás inopinadamente por él con una lanza, echó de sí la vida al par con su sangre. Mas aquel que tan audazmente lo hirió, según estaba concertado, tras rapidísima carrera a caballo, abiertas las puertas fué recibido incólume por los ciudadanos. Pero matado el rey, entonces habrías de ver,

tras de tanta audacia y tanto regocijo, cuánta dispersión y cuánta tristeza hubo en aquel tan grande y tan noble ejército. Porque, según todos los soldados coadyuvaban al asedio ante los campamentos, aturdidos por el horrible vocerío, locos y dejado casi todo el bagaje, emprendieron la fuga. A lo último, no ordenadamente como suele conducirse un ejército robustecido en batallas y velas, sino fatigándose noche y día, todos en pelotones se recogen a su patria. Sin embargo, la cohorte de fortísimos militares de Castilla, conscientes de su linaje y originario valor, resistiendo en batalla se llevaron honrosamente, como era debido, el cuerpo exánime de su señor, hasta que [10] rodeado de regia pompa, en el cenobio de Oña le dieron sepultura con gran honor, según cumplía.

Cuando la noticia de fechoría tal llegó en Toledo a oídos del rey Alfonso, despidiéndose del susodicho rey bárbaro Halmemón, le dice que pronto se había de volver a su patria para estar al socorro de los suyos. Por lo demás, como en manera alguna le notificase la muerte de su hermano, el bárbaro, compadecido primero por el arrojo del noble varón, le aconseja que no quiera caer otra vez en manos enemigas: sobre esto le hace saber que está bien enterado de la fortuna y valor del hermano; por fin, ante su resistencia, como aquella gente agudiza con natural ingenio, el moro le interroga en privado sobre muerte del hermano. Mas en esta dudosa precisión, mientras a cada uno remordía su propia herida, el uno, precaviendo insidias barbáricas, retraíase de indicar al otro la cosa tal como era: ciertamente, su apacible naturaleza, ávida por imperar, sentía terror grandísimo hacia Halmemón. El rey toledano, revolviendo estas cosas dentro de sí mucho tiempo, se cuenta que pensaba en prender a nuestro rey; por eso, cuando Alfonso, rey, lo descubrió por indicios, según era

de prudente en designios como valentísimo en armas, rodeado de sus militares fuése virilmente a la ciudad de Zamora.

Donde, tratando de asegurar la gobernación del reino, llamada su hermana Urraca y otros ilustrísimos varones, con ellos tuvo secreto coloquio. La cual Urraca, en verdad, había querido a Alfonso desde su niñez entrañablemente y con fraternal amor sobre los demás hermanos; pues, como fuese la mayor en edad, lo criaba y vestía haciendo veces de madre. Efectivamente, descollaba en prudencia y probidad [11], según lo que aprendimos, antes bien por experiencia que por fama: despreciadas carnales uniones y los perecederos vestidos maritales, por fuera bajo hábito laical, mas por dentro con observancia monástica, tomó por esposo verdadero a Cristo, y en todo el tiempo de su vida practicó su deseado ejercicio de adornar los sacros altares y las vestiduras sacerdotales con oro, plata y piedras preciosas.

Así, pues, aceptado su consejo, Alfonso, inquieto por esta precisión, a saber: la de que otra vez no se estragase el reino, ya con su muerte alevosamente, ya con la del hermano, cogió a García, su hermano menor; a quien, puesto en cadenas, era tributado todo el honor regio, excepto la libertad para dar órdenes. En efecto, Alfonso consideraba que éste había de reinar después que él, asegurada paz entre tanto; mas la imperante naturaleza, que señaló al hombre inevitable meta de muerte, interviniendo, le sobrecogió mucho después atacado de fiebres en la misma cárcel.

A cuyo funeral ambas hermanas, a saber, Urraca y Elvira, acudiendo según práctica regia, y ofreciendo a Dios por su alma la hostia saludable Rainerio, legado de la Iglesia romana, hecho papa después, pero que entonces dirigía, casualmente un concilio sinodal en León, con Bernardo, arzobispo tole-

dano, y otros obispos comprovinciales y abades, dieron sepultura a su cuerpo en la misma ciudad, junto a sus padres.

Por lo demás, confirmado Alfonso en el reino paterno, antes que lleguemos a la serie de sus batallas y toma de ciudades, a fin de que más lúcidamente sea notorio a los venideros cómo él mismo gobernase el reino de los españoles [12] y cuánto lo ampliase paulatinamente de mínimo que era, debemos comenzar de más atrás descubriendo el origen del mismo.

Pues en tiempo de Vitiza, rey de los godos, a quien recordé más arriba, tras de lo bueno y justo, muchas nefandas y horribles maldades se multiplicaron otra vez en las Españas. Así, como este Vitiza malamente abusase de las armas militares y otras buenas artes con que el reino se previene liberalmente, y se hubiese rendido a la pereza y a los apetitos carnales, desatado el freno de la desvergüenza, toda la gente goda, a su vez, relajada la disciplina, comenzó a torcer el ánimo hacia la lascivia y la soberbia. Efectivamente; depuesta toda religión divina, despreciadas las medicinas del alma, el antojo de invadir prósperos bienes ajenos, robarlos y traerlos a casa invadió como epidemia el ejército de los godos. Aun los obispos y demás honradores de Dios eran menospreciados; los oficios de la sacrosanta Iglesia, cerradas las puertas, en nada se tenían; los concilios sinodales se disolvieron; los sagrados cánones se celaron bajo sello; a la postre, cuanto parece decoroso, moderado, honesto se recibía en aquellos tiempos con ludibrio. Y lo que parece lastimoso de relatar: para que contra él no se alzase la santa Iglesia por tanto crimen, mandó el lascivo rey a los obispos, presbíteros, diáconos y ministros todos del sacro altar que tuviesen esposas carnales. Pues

desde que, con ejercitarse más bien en festines y liviandades que en trabajos y estudio para extirpar èstos males del reino, se excitó el ánimo del rey de los godos, fuera de la ociosidad, lo demás eran fastidios para él. Y esto [13] para que se recuerde aquella verídica sentencia de la Sabiduría: «Como hubiese caído el impío, menospreciará el abismo».

El rey español aquí añadió iniquidad sobre iniquidad, cuando, encendido en malicioso celo, prendió con engaño a Gaudefredo, duque cordobés, y privado de la luz de ambos ojos le hizo andar a tientas miserablemente. Pues había nacido Gaudefredo de la estirpe real de los godos; mas como a los hombres suceden casos diversos, Vitiza, que le era inferior por ambas ramas de ascendencia, casualmente subió a la gobernación del reino. Por lo mismo, a fin de que el origen de éste no fuese en lo venidero temible a su descendencia, contra él provocó miserablemente dicha molestia. Pero Dios, aborreciendo tanto delito y tanta malicia de los hombres, no quiso curar èsta insanable llaga sino con ruína.

Así, pues, luego que murió el rey Vitiza, Rodrigo, hijo de Gaudefredo, en consejo de magnates de la gente goda, le había sucedido en el reino. Varón guerreador y duro y bastante expedito en desempeñar todo negocio; pero en vida y costumbres no desemejante de Vitiza. Él, cuando alcanzó la supremacía real, apresurándose a vengar la injuria de su padre, apartó de las Españas a dos hijos de Vitiza, y con suma infamia los arrojó del reino paterno. Mas ellos, trasladándose a la provincia Tingitana, se reunieron con el conde Julián, a quien Vitiza, rey, había considerado entre sus vasallos [14] como el más íntimo, y lamentándose allí de las ofensas recibidas, dispusieron que, introduciendo a los moros, ellos y el reino de toda España fuesen a la perdición. Además incitaba a Ju-

lián para realizar esta fechoría el furor de la violada hija, que el rey Rodrigo le había tomado arteramente, no para esposa, sino, porque le parecía bella, para concubina.

Luego, en el año 709, Hulit, poderosísimo rey de los bárbaros de toda África, bajo la dirección del conde Julián y de los hijos de Vitiza, envió a las Españas a Táric, el bizco, uno de los jefes de su ejército, con 25.000 peones de lucha para que, comprobada la fidelidad dudosa de Julián, empezase guerra con el rey español. En efecto, aterraban al bárbaro rey los ardides falaces del conde tingitano, si acaso aparecieran; de suerte que, a no haber atacado él mismo los confines españoles, lo habría considerado fatalmente dañoso, por irreductible que como enemigo era, dada la dificultad del sitio.

No obstante, cuando se oye que venía el enemigo, reunido un poderosísimo ejército de godos, Rodrigo, fiero e impertérrito entra el primero en batalla, de suerte que peleando infatigablemente siete días seguidos mataron a 16.000 de los peones de Táric. Pero Julián y los dos hijos de Vitiza, que estaban con la guarnición mora, luego que ven a Rodrigo en primera fila moverse, animar, dirigir y socorrer a sus militares[15] sustituyendo con sanos a los heridos, entonces, entremetidos con los cristianos, corroboran ante los bárbaros sus fuerzas.

Mas después que por toda África se publica la fidelidad de Julián, dirígese a España Muza, príncipe del ejército del rey africano, con infinita multitud de caballeros y peones. Luego, renovada la batalla, el bárbaro empezó a añadir tropas unas tras otras en la pelea; pues el rey español, siguiendo su costumbre, atento a la pelea, empezó a instar más fieramente y herir en los enemigos con empeño. Por último, cuando, insistiendo los bárbaros, empezaron a desfallecer los soldados españoles y, fatigados por lo largo de la pelea, a ceder cada uno

terreno al enemigo, Rodrigo, como no viese auxilio alguno ya para sí, previniendo la fuga poco a poco durante algunos días, murió peleando. Ciertamente, la mano del Señor se había desviado de España por la inveterada malicia de sus reyes, a fin de que no la protegiese al tiempo de esta ruína. Y luego, todos los militares godos, dispersos y fugitivos, llegaron casi al exterminio con espada.

Después de esto, los moros, no impidiéndoselo fuerza alguna, sometieron a su dominio toda la España, consumida a hierro, fuego y hambre. Pues ¿qué se opondría a ellos, los que en abierta guerra habían derrotado toda muchedumbre de las Españas con potencia triunfal? Quienes por ventura exhiben, abundantemente y sobre todo testimonio, cuantas matanzas y estragos hicieron con horrible espada [16] en los cristianos: provincias desiertas, arruinados muros de ciudades, iglesias destruídas, en lugar de las cuales dase culto al nombre de Mahoma.

Por lo demás, contra tanta ruína, fuera de Dios Padre, que acude insistente a los pecados de los hombres con vara, nadie de gentes forasteras se sabe que favoreciese a España. Ni aun Carlos, de quien los francos aseguran falsamente que arrebató algunas ciudades de mano de los paganos bajo los montes Pirineos. Pues como durante veinte y tres años sostuviese guerra contra los sajones, según se contiene en sus gestas, vino a él cierto moro, por nombre Hibinalarabí, a quien Abderrahman, gran rey de los moros, había dado a gobernar el reino Zaragozano, ofreciéndole que habría de poner bajo su señorío su persona y toda la provincia. Entonces el rey Carlos, según persuasión de dicho moro, concibiendo en su mente la esperanza de tomar ciudades en España, congregado el ejército de los francos y emprendiendo el camino por las desiertas mon-

tañas pirenaicas, llegó Carlos incólume hasta la ciudad de los pamploneses, a quien ellos, cuando lo ven, reciben con gran alegría, porque estaban estrechados de todas partes por la rabia de los moros. Desde allí, como llegase a la ciudad de Zaragoza, corrompido con oro, según costumbre de los francos, sin esfuerzo alguno por libertar la santa Iglesia de la dominación de los bárbaros, se vuelve a los suyos: como que la guerreadora España se conmueve, no con togados, sino con duros militares. Anhelaba, en efecto, [17] Carlos bañarse prontamente en aquellas termas que para este fin había construído en Aquisgrán deliciosamente.

Por cierto que, intentando de regreso destruír a Pamplona, ciudad de moros, la mayor parte de su ejército satisfizo grandes penas en el propio monte Pirineo. Pues como fuese el ejército extendido en larga formación, según la angostura del sitio permitía, los navarros, sobreviniendo desde las alturas, atacan a la última tropa que protegía a las precedentes y, trabado combate con ellos, matan hasta el último, a todos. En esta guerra cayeron Egihardo, preboste de la mesa del rey Carlos; Anselmo, conde palatino, y Rolando, gobernador de Britania, con otros muchos, cuyo hecho permaneció impune hasta el día de hoy. Como ya quede dicho esto brevemente de Carlos, vuelvo a lo empezado; pues, tras tanta ruína de las Españas, el mérito de mi trabajo está en referir cómo la piedad divina que hiere y sana hiciera crecer, como retoño de revivida raíz, a la gente goda, recobradas sus fuerzas.

Hay en Asturias un valle que tiene por nombre Cangas, sobre el que surge dominante el gran monte Aseuva, en cuya base cierta roca, naturalmente y no por obra de artífice protegida, extendiéndose sobre el vacío cierra una cueva, [18] en

absoluto inexpugnable contra toda maquinación enemiga; como que, siendo por en medio cóncava, caben allí casi mil hombres, para cuya protección no se necesita de [arbitrio] alguno. En la que Pelayo, escudero del rey Rodrigo, que bajo la opresión de los moros vagaba por lugares inciertos, cuando llegó, fiado en la promesa divina, fué robustecido por el Señor para expugnar a los bárbaros con algunos militares godos; a más de lo que, unidos en común todos los asturianos, constituyen príncipe sobre ellos a Pelayo.

Por lo demás, cuando trasciende el rumor de la fortaleza de aquel sitio, y más a las claras suena en los oídos de los bárbaros haciéndose público, Táric, conmovido de furor, reúne por todas partes inmenso ejército de ismaelitas, y constituyendo jefe sobre él a Halcaman su compañero, envía también con ellos a Oppa, obispo toledano, que ya se había entregado a los bárbaros, a fin de prender a Pelayo. Efectivamente, Oppa era hijo del rey Vitiza; por esto, siguiendo consejos de él y experimentada la fidelidad de sus dos hermanos, se le enviaba por el rey bárbaro como seductor para engañar a Pelayo. En efecto, el bárbaro Halcaman había recibido este consejo del gobernante: que si Pelayo no quisiera condescender a las admoniciones del obispo toledano, cogido en lo recio del combate se le llevase hasta la ciudad de Córdoba preso con cadenas.

Viniendo así Halcaman y Oppa con 187.000 caballeros y peones y honderos, avanzan por Asturias. Mas luego que hubieron llegado a la feliz cueva y por todas partes se plantaron espesas tiendas de bárbaros [19], Oppa primeramente, como velando sobre el infortunio de los cristianos, adelántase para tentar engañosamente a Pelayo con palabras de paz, a fin de que, pospuesto el empeño de recuperar la patria, él, de toda

su voluntad como Dios permite hacerlo, se entregase a la potestad de los caldeos: sobre esto, fuera de sazón, le dice que si presta asenso a sus admoniciones habrá de ser elevado a grandes honores. Mas Pelayo, repugnando apartar su ánimo del buen propósito, conmovido por el excesivo dolor en ira, cuéntase que respondió en tales términos: «Tú, dijo, y tus hermanos con Julián, ministro de Satanás, decretasteis arruinar el reino de la gente goda; mas nosotros, teniendo por abogado a nuestro Señor Jesucristo junto a Dios Padre, despreciamos a esta multitud de paganos cuya dirección muestras; pero también por intercesión de la Madre del mismo Señor nuestro, que es madre de misericordias, creemos que, como mieses numerosísimas de un grano de mostaza, ha de germinar, naciendo de pocos, la gente goda.» Pues Pelayo y los que con él estaban, aterrados con tanto enemigo, impetrando sufragios a la bienaventurada María, que se adora hasta el día de hoy en aquella cueva, instaban día y noche en su ruego por la restauración de los cristianos.

Lo que oyendo Oppa, vuelto al ejército, dijo: «Acercaos a la cueva y pelead, porque según reconocí por sus palabras, a no ser mediante espada, no podemos tener paz con él.» Halcamán al punto mandó a los honderos y flecheros, cuyos vibrantes dardos eran en gran número, tirar a la puerta de la cueva. Entonces habrías de ver piedras revueltas [20] con dardos, como densísimas nubes impulsadas por el soplo boreal, volar contra la desgraciada cueva. Pero en este turbión de piedras y dardos has de considerar sutilmente cómo el poder divino luchara en favor de los cristianos; pues ni la humana fragilidad podría resistir a la venganza divina, poniendo a la vista el ejemplo del bienaventurado Job, si a aliviarla no acudiese el piadoso gobierno de Aquel que hiere y sana; testigo

también la autoridad apostólica: «Fiel es Dios, que no consentirá seais tentados más allá de lo que podáis: tendrá contemplación con lo que podéis resistir.»

Mas ruégote, ¡oh, quienquiera que leas! que no me juzgues charlatán o hablador inconsiderado en todo lo que profiero. Si lo juzgas normal, no a mí, sino al que es admirable en todas sus obras desacreditas. Pues no creas que en otro tiempo se hiciese de diferente modo la confusión de lenguas para destruír la fábrica de la ilícita torre, que aquí el volverse piedras y flechas contra aquellos mismos que las arrojaban para obtener venganza. Mas si ahora, negándolo, aseguras que estos dos milagros en modo alguno tengan mérito igual, contéstame a esta pregunta: ¿oíste en algún lugar que una lanza arrojada por su dueño, bien que no contra el enemigo, sino contra él vuelta, sin embargo herida mortal hiciese? De cierto, ni en David ni en las victorias del pueblo israelita, en que repetidas veces Dios concedió triunfo sobre muchos con pocos, leímos haberse hecho.

21 Así, los bárbaros, cuando ven que no sólo nada se adelanta en el logro de su negocio, sino antes derribada con sus propios dardos muy gran parte de los suyos, confusos y turbados, retrocediendo desisten de atacar la cueva. Mas Pelayo, lleno de gracia de Dios y fortaleza, mientras contempla extinguidos a los enemigos por la vencedora mano de Aquel que lo protegía, espada en mano acomete con los suyos a los demás supervivientes, y allí al punto fué cogido Oppa y muerto Halcaman con 124.000 caldeos. Pero ni aun los 63.000 restantes pudieron evadirse a la venganza del Señor; pues mientras emprendían fuga por la cima del monte Aseuva y llegaban por los huecos de las peñas y lugares desviados hasta la Liévana, cierta saliente del monte, cayendo desde sus cimien-

tos mientras pasaban adelante junto al río Deva, los aplastó en el río mismo por voluntad divina; de modo que cuando dicho río rebasa su propio álveo con inundación de lluvias, muchas señales de ellos se muestran evidentes hasta el día de hoy.

Era durante aquella tempestad gobernador en Gijón, ciudad marítima de Asturias, cierto moro llamado Muza, el que, según va dicho, después de Táric había hecho guerra al rey de los godos Rodrigo. Éste, luego que oye tal estrago de los bárbaros, dejada la ciudad, prepara su fuga; mas, sorprendido por los asturianos, fué muerto con los suyos en cierta aldea, cuyo nombre es Olalles. Por cierto que el rey de los moros, cuando, frustrada su esperanza, oyera que habían sido muertos los que envió para combatir a Pelayo [22], juzgando cómplices traidoramente en el hecho al conde Julián y a los dos hijos de Vitiza, les hizo cortar la cabeza.

Por lo demás, la gente de los godos, surgiendo como de un sueño, se habituó paulatinamente a organizarse; es decir, a seguir banderas en la guerra, acatar una potestad legítima en el reino, restaurar en paz devotamonte las iglesias y sus ornamentos; por último, alabar con todo el afecto de su mente á Dios, que con poquísimos había dado victoria sobre la multitud de sus enemigos.

Entre tanto, Alfonso el Católico, hijo de Pedro, duque de los Cántabros, tomó en matrimonio a Hermesinda, hija de Pelayo. Efectivamente, había nacido Pedro de la estirpe de Recaredo, serenísimo príncipe de los godos; el cual, pagando el débito de la carne, dejó dos hijos, a saber, el susodicho Alfonso y Fruela. Mas Alfonso, el que había desposado a la hija de Pelayo, cuando, muerto el suegro, fué hecho rey, llevando repetidas veces un ejército con Fruela, su hermano, tomó gue-

rreando muchísimas ciudades oprimidas por los bárbaros; hizo consagrar en nombre de Cristo sus iglesias, arrojado el nefando nombre de Mahoma, y se aplicó devotamente a poner obispos en cada una y adornarlas con oro, plata y piedras preciosas y libros de la ley sagrada. Por lo que al tiempo de su tránsito se oyó por algunos de los presentes en el aire aquella voz profética: «He aquí cómo es llevado el justo y nadie lo considera; se le ha quitado de ante la iniquidad y será en paz su sepultura.» De donde resulta no ser dudoso para todo cristiano que su alma, arrebatada a la potestad de los espíritus malignos, la llevasen con gozo los ángeles a la eterna mansión del palacio celestial. Murió, pues, en el año décimo octavo de su reinado, en cuyo lugar reinó su hijo Fruela.

Éste puso término a aquella perniciosa maldad que [23] Vitiza, rey, había sembrado miserablemente entre los cristícolas ministros del altar sacrosanto, a saber: que los sacerdotes de Cristo no tuvieran en adelante uniones carnales, por cuyo hecho, aunque fuese áspero de condición en otros asuntos, sin embargo, por haber en esto realizado un servicio grande a Dios, el poder divino, mientras mereció vivir, le dió victoria sobre sus enemigos.

Pues como el rey bárbaro cordobés pretendiese devastar los confines de la provincia de Galicia, avanzó a su encuentro con tropa de militares pertrechados, y trabada batalla mató a 54.000 amorreos; además, cogiendo vivo a su jefe, llamado Haumar, en el momento mismo mandó imponerle sentencia capital. Venció aún al pueblo traidor de Galicia, que proyectaba sinrazones contra su reino; domó también a los navarros rebelados contra él, de donde tomando esposa por nombre Muña, tuvo de ella un hijo, a quien puso el nombre de su padre, Alfonso.

El cual Alfonso, en verdad casto y piadoso varón, luego que apareció sucediéndole en el reino, afirmó en Oviedo su solio, decorado con fuerte y bella obra. Pues al año tercero de su reinado entró en Asturias un ejército de caldeos, que, sorprendido en el lugar que dicen Lutos por los militares de dicho piísimo rey, fueron rendidos 70.000 de ellos con su jefe, llamado Mugait.

Por lo demás, el rey Alfonso, como tuviese nimia castidad de alma y de cuerpo, mereció obtener del Señor una arca conteniendo diversas reliquias de santos. La cual arca, amenazando, por ventura, el terror de los gentiles, en lo antiguo fué trasportada en un navío desde Jerusalén; [24] permaneció por espacio de algún tiempo en Sevilla, y luego, durante cien años, en Toledo. Como otra vez oprimiesen los moros cuando ya nadie se les resistía, los cristianos arrebataron secretamente el arca de Dios, y por sitios excusados llegaron hasta el mar, y puesta allí en una nave, guiándolos Dios abordaron al puerto de Asturias, cuyo nombre es Subsalas, por aquello de tener cerca y encima la regia ciudad de Gijón.

Mas el rey Alfonso, luego que se vió divinamente enriquecido con tan gran dádiva, en lugar de la perdida Toledo, decretó fabricar una sede para la venerable arca. Para realizar éste plan, dejadas las otras atenciones y ansiándolo más y más cada día, desde entonces por espacio de treinta años fabricó una iglesia en Oviedo de admirable obra, en honor de san Salvador, y en ella, a los lados derecho e izquierdo del altar mayor, construyó dos grupos de a seis altares dedicados a los doce Apóstoles. No menos llevó a efecto un santuario de la bienaventurada madre de Dios y virgen María, con pareja estructura y tres cabeceras. Hizo también una basílica de santa Eulalia, cubierta con obra de bóveda, sobre la que se hiciese

una cámara, donde en lugar más excelso fuese adorada por los fieles el arca santa. Y además fundó con bella obra una iglesia del bienaventurado mártir de Cristo Tirso en el mismo recinto. Edificó también, a distancia de un estadio de la iglesia de san Salvador, un templo de los santos Julián y Basilisa, adjuntándole a uno y otro lado capillas dispuestas en admirable composición.

25 Por cierto que si llegase a enumerar uno por uno los ornamentos de dicha cámara, disertación tan prolija me llevaría desviado harto lejos de lo que empecé. Mas por la magnitud del milagro, la angélica cruz sea sacada a plaza. Pues como cierto día el susodicho Alfonso, rey casto y piadoso, tuviese por acaso en la mano cantidad de esplendidísimo oro y algunas piedras preciosas, comenzó a pensar cómo podría ser hecha una cruz con ello para servicio del altar del Señor. Así, estando en este santo propósito, después de la participación del cuerpo y sangre de Cristo, según costumbre, ya enderezaba sus pasos hacia el palacio real por causa de la comida, llevando el oro en la mano, cuando he aquí que se le aparecieron dos ángeles en figura de peregrinos, fingiendo ser artífices; quien al momento les entregó el oro y las piedras, señalándoles mansión donde sin impedimento de hombres pudiesen trabajar. Lo demás parece cosa maravillosa e inusitada, después de los Apóstoles hasta nuestros tiempos; porque vuelto sobre sí el rey en la misma corta espera de la comida, inquiere a qué personas diera el oro, y al punto comenzó a enviar un agente tras otro para que observasen qué hacían los desconocidos artífices. Ya los servidores se acercaban a la casa del taller, cuando de improviso tanta luz hizo resplandecer el interior de toda la casa, que, por decirlo así, no fábrica humana, sino la salida del sol parecía por la extre-

mada claridad. Pero mirando hacia adentro por una ventana los que habían sido enviados, [vieron que] idos los angélicos maestros, la cruz sola, llevada a cabo y puesta en medio, irradiaba como un sol en aquella casa; por donde abiertamente consta entenderse que ella fué hecha por divina y no humana aplicación. Lo que oyendo el devotísimo rey, dejado el servicio de mesa, corrió con incansable paso, [26] y dando gracias a Dios con loores e himnos por tan gran beneficio, según cumplía, puso reverentemente dicha venerable cruz sobre el altar de San Salvador.

Mas en el año trigésimo de su reinado, como se divulgase entre cristianos y bárbaros de todos los países la fama de su gran bondad, vino a él cierto moro, ciudadano emeritense, por nombre Mahamut, que, tomadas tiránicamente armas contra su rey, no sólo hizo presas con frecuencia al mismo Abderrahman, máximo rey de los moros, sino que se atrevió a poner en fuga su ejército. Y como ya no pudiese habitar en su patria por excesivas fechorías, dirigióse, mediante rogadores, a nuestro rey Alfonso, a quien, por tener tan excesiva compasión el señor rey acogiéndolo benigno, le mandó habitar con toda su comitiva en los confines de Galicia. Donde, después de siete años, el moro desatado en soberbia, presumió conspirar contra el Rey y su reino, y allegadas fortísimas tropas de moros, propúsose devastar toda la provincia hostilmente. Recibida noticia de esto, el rey Alfonso, conmovido fuertemente y reunido un ejército, había llegado a Galicia ya; pero el bárbaro, aunque confiase en su multiforme táctica guerrera, sin embargo, temiendo el ímpetu del ejército real, se retrajo con los suyos en cierto castillo. Efectivamente, el Rey, apresurándose tras de él, rodeó el castillo con muchos soldados, que al punto, asaltadas sus murallas, en el primer ímpetu matan al

propio Mahamut [27] y llevan su cortada cabeza a presencia del Rey; pero aun echándose sobre los demás, hicieron aquel día gran matanza de ismaelitas. En cuya guerra 50.000 bárbaros recibieron castigo con espada; mas el Rey, con gran número de cautivos y riquezas, vuelve a Oviedo.

El cual Alfonso el Casto, llevando durante cincuenta y dos años una vida casta, púdica y sobria, en buena vejez entregó a Dios su santísimo espíritu, año 843, y su cuerpo fué sepultado egregiamente en la iglesia Ovetense de la bienaventurada María. Después de cuya feliz muerte, Ramiro, hijo de Bermudo, príncipe, tomó el cetro de la gobernación del reino. Mas porque me propuse urdir en serie la genealogía del ortodoxo Emperador de las Españas Alfonso, vuelvo atrás para escribir lo concerniente a su origen.

Así, Fruela, generosa prole de Pedro, noble duque de los Cántabros, con Alfonso el Católico, hermano suyo de sangre y socio en el reino, tomando las armas a menudo contra los bárbaros, desde las mismas costas marítimas de Asturias y Galicia hasta el río Duero, todas las ciudades y castillos que se contienen dentro arrebató al dominio sacrílego de aquéllos, y extinguiendo además con su espada a todos los ismaelitas, entregó sus posesiones a juro de cristianos. El cual, en el año duodécimo de su reinado, seis meses y veinte días trascurridos, pagando el débito de la carne, dejó a su hijo Bermudo.

Éste, desde sus años pueriles dedicado por orden del padre a estudios literarios, [28] cuando llegó a la adolescencia más bien deseó para sí el reino celestial que el terrestre. Así, pues, como a petición de los magnates reunidos de todo el reino se le entronizase contra su voluntad en el solio paterno, después de andados tres años, cumpliendo el deseado voto y depuesta

la diadema, constituyó rey en lugar suyo a su sobrino Alfonso, el Casto. Después, pasando amigablemente con él muchísimo tiempo y dejado al hijo Ramiro, salió felizmente de este siglo.

Por lo demás, como Ramiro ya en edad adulta fuese a Bardulia, que ahora se llama Castilla, para tomar esposa, y entre tanto expirase D. Alfonso el Casto, cierto Nepociano, conde palatino, hallando oportuna la ocasión por ausencia de Ramiro, invadió tiránicamente el reino. Cuyo hecho luego que fué notorio a Ramiro, yendo a tierras de Galicia, reúne animoso un ejército en la ciudad patricia de Lugo; después, pasado algún tiempo, acomete con guerra a Asturias; allí, viniendo al río Narcea, encuentra amenazándole con guerra a la muchedumbre reunida de equipados caballeros y peones de Nepociano; mas inútilmente, porque en el primer avance, desamparado Nepociano por los suyos, dase a la fuga. A quien persiguiendo dos condes, a saber, Escipión y Sonna, cogido junto al Pionia, le pagaron su merecido con la luz de ambos ojos; pero [29] Ramiro, movido por entrañas de misericordia, lo mandó a gobernar bajo condición monástica mientras vivió.

También al mismo tiempo una flota de normandos arribó a nuestras costas: gente cruelísima, no conocida antes en nuestros confines, contra la cual alzándose D. Ramiro, hecho ya rey, con ordenada tropa, abatió la mayor parte de aquélla junto al faro Bregantino, y entregadas al fuego 60 naves, incólume y cargado de botín vuelve a los suyos.

Ciertamente, provocado segunda vez en guerras civiles el benignísimo rey, dos próceres de entre sus magnates conspiraron contra él; mas descubierta locura tanta, a uno de ellos, cuyo nombre era Alvito, mandó el rey vaciarle los ojos; pero al otro, de nombre Piñolo, condenado por su traición según

sentencia canónica, mandó que sufriera sentencia capital con sus siete hijos.

Sin embargo, cuando hubo descansado su ánimo de la perturbación interior, para no entorpecerse con el ocio construyó muchos edificios, distantes dos millas de Oviedo, con piedra arenisca y mármol en obra abovedada. Así, pues, en la ladera del monte Naranco fabricó tan hermosa iglesia, con título del arcángel Miguel, que cuantos la ven atestiguan no haber visto jamás otra semejante a ella en hermosura; la cual bien conviene a Miguel, victorioso arcángel que, por voluntad divina, en todas partes dió triunfo al príncipe Ramiro sobre sus enemigos. Hizo también, a distancia de 60 pasos de la iglesia, un palacio sin madera, de admirable [30] fábrica y abovedado abajo y en lo alto, el cual fué convertido en iglesia después y allí se adora a la bienaventurada virgen María, madre de Dios. Por lo demás, el rey Ramiro, después de siete años de reinado, ocho meses y diez y ocho días, atacado de fiebre expiró; el cual está sepultado en Oviedo, en el cementerio de los reyes.

Muerto él, su hijo Ordoño apareció por sucesor en el reino. Varón fué éste discreto en todos los negocios y sufrido. Ciñó con muros antiguas ciudades destruídas, a saber: en las partes marítimas de Galicia, Tuy; en los confines legionenses del reino, Astorga, la misma León y Amaya patricia, cuyas puertas hizo rodear de altas torres que las fortifican en torno.

Ciertamente, al principio de su reinado, como la pérfida provincia de Vasconia tratase de rebelarse, y él, tomadas las armas, se apresurase a imponer fin a la trasgresión de aquélla, he aquí que desde la otra parte, según creo por consejo de los traidores vascones, una multitud armada de moros acude en daño del rey Ordoño. Por lo demás, el valentísimo

Rey hizo huír a los bárbaros con muchas bajas, y además sometió a los vascones a su propio dominio.

En verdad que quienes perseveran en describir las mansiones de ciertos reyes francos, adviertan que, en vez de las comidas de Navidad y de Pascua, que aseguran haber ellos consumido en diversos lugares, nosotros describimos trabajos del ejército de los reyes españoles, para librar a la santa Iglesia de los ritos paganos, y fatigas, no convites y delicados servicios de mesa. Examinen, a propósito de esto, que los regalos con que Carlos había mitigado el furor de los bárbaros para redimir de cautivos sus [31] confines, fueron quitados de sus manos por victoria del Rey español.

Pues había en aquel tiempo cierto varón magnánimo, godo de nacimiento; pero, como algunos son enredados en los varios errores del demonio, atraído él por Abderrahman a la supersticiosa secta mahometana con toda su familia, se le llamó por imposición Muza, dejando la doctrina de Cristo, mas no perdiendo su grandeza originaria de ánimo; pues era entre todos los bárbaros el de más excelente parentela y en todas las artes militares el más fuerte.

Apoyado así con ellas, tomando armas contra Abderrahman le quitó casi una mitad de su reino: primero invadió la ciudad de Zaragoza con todos sus castillos y ciudades adyacentes; después, Toledo con todo el reino sometido a ella, en parte valiéndose de espada, en parte con engaño; mas poniendo al frente del reino toledano a su hijo Lope, a la vuelta de allá fabricó para sí una nueva residencia construída con fuerte obra, e imponiéndole el nombre pomposo de Albelda, sometió a sí todo el reino zaragozano. Por fin, volviendo sus armas contra los francos, acumuló en su casa gran número de cautivos y despojos de ellos, entre los que a dos gran-

des duques del rey Carlos, a saber, Sancho y Adablo, aprisionados con hierros echó en la cárcel. A no ser porque Carlos, que ya se consumía de viejo, y después Ludovico, su hijo, como también Lotario, su nieto, se apresuraron [32] a ablandarlo en sus exigencias con regalos, proyectaba devastar a hierro y fuego toda la España citerior hasta el río Ródano. Así, en razón de los felices éxitos de tan gran victoria, Muza ordenó que por los suyos él fuese apellidado tercer rey de los españoles.

Para reprimir su locura e innovaciones, como el rey Ordoño juzgase que debía darse prisa, llevando consigo a los más valientes de sus militares, sale a escondidas hacia la moderna ciudad de Albelda; y, puestos por doquiera campamentos, la sitió. A cuya nueva, conmovido Muza y reunidas fortísimas tropas de moros, sin dilación se apresura a la pelea. Mas el rey Ordoño, considerando sobre este hecho con la mayor prontitud, dividió todo su ejército en dos secciones, una que sitiara la ciudad y la otra que luchase contra el bárbaro para que no fuese en defensa de los suyos; y trabada contienda, los bárbaros fueron arrollados con tan gran matanza, que, sacados los caballerizos auxiliares entre quienes la efusión de sangre fué sin cuento, 10.000 magnates, al par que un yerno del bárbaro, llamado García, fueron muertos. Además, herido Muza tres veces con espada, semivivo escapó de manos de los enemigos a uña de caballo.

Mas el rey Ordoño, acercando animoso a la ciudad su ejército [33], entró en ella después de siete días en son de guerra, y, tomada, la destruyó hasta los cimientos; aniquilando también con espada a todos los guerreros bárbaros, redujo a cautividad gran turba de niños y de madres. En cuya guerra Muza perdió toda la multitud de armas y caballos, así como

los despojos recogidos en diversas victorias y también los insignes regalos que le enviara Carlos, en tal cuantía que jamás en adelante logró éxito victorioso alguno. Lo que oído por Lope, a quien Muza, su padre, encargó el gobierno de Toledo, cuando el rey Ordoño regresaba vencedor a los suyos, salióle al encuentro amedrentado con vergonzoso temblor, y sometió a sus leyes no solamente su propia persona inerme, sino además todo el reino toledano. Guardando indisolublemente el bárbaro este vasallaje, no sólo fué tributario del Rey mientras vivió, sino que con él sostuvo muchos combates contra los caldeos.

Pero Ordoño, cumplidos diez y seis años, tres meses y un día de reinado, desde su cuerpo emigró al cielo, y en Oviedo cubre sus miembros un túmulo.

Al anuncio de cuyo suceso, cuando lo recibió Alfonso el Magno, que por casualidad estaba ausente de palacio al morir su padre, vino a Oviedo con gran premura. Pues Alfonso era hijo único del rey D. Ordoño, a quien su noble padre cuidadosamente había educado en toda cosa útil para la gobernación del reino. Llegado él [34], los magnates de todo el reino en junta, con gran acuerdo y dignación, lo hicieron sucesor de su padre. Así, en el año décimotercero de su edad, ungido rey, comenzó a ordenar diligentemente la administración aneja al recibido reino. Por lo demás, desde su infancia, el gran niño Alfonso había aprendido a temer a Dios y amarlo; y cuanto tenía sobre sí en la casa paterna, en nombre de Dios e ignorantes de ello los tutores, que hasta un tiempo prefijado por el padre velaban sobre su niñez, tenía costumbre de distribuírlo devotamente a los pobres. Así, por último, viendo Dios tan gran devoción en él, no de otro modo que en lo antiguo a Matatías dió por hijos a Judas y sus hermanos para

vengar de enemigos al pueblo israelita, así en éste multiplicó la descendencia para fortificar el reino de los godos y deprimir a las gentes bárbaras.

Pero entre los negocios del reino, que muy grandes fueron tratados en justicia por él, y entre las frecuentes guerras que desde el primer año de su aprendizaje ejercitó valiente, rechazó en feliz lucha a los moros que, avanzando desde el reino toledano, devastaban sus confines a lo largo del río Duero. Porque invadiéndolos como valiente militar, no como indeciso aprendiz, postró a 416 de ellos en la primera arremetida; mas siguiendo tras de los fugitivos, los deshizo durante un día entero con tan gran matanza, que de su innumerable multitud pocos se dice que escaparan. Realizada esta victoria, vuélvese a León el rey Alfonso.

Y como en el mismo año intentaran los bárbaros despoblar a Castilla con hierro y fuego, el rey Alfonso, juntadas [35] tropas de fortísimos soldados, salió sin tardanza al sitio donde estaban reunidos, y chocando con ellos peleó con feliz éxito, porque trabada batalla ecuestre mató a 3.575 caldeos, y arrancados despojos llevóse también gran número de cautivos. Regresando vencedor de allá a los Campos góticos, tomó esposa de estirpe real de la gente goda, por nombre Jimena, en el año vigésimoprimero de su edad, de la que tuvo seis hijos y tres hijas.

Pues como Alfonso el Magno fuese en la administración del reino severo y en el ejercicio de guerrear próvido, así en el deseo de agradar al sumo hacedor, Dios, era grandemente preclaro. Hizo, en efecto, sobre el cuerpo del bienaventurado Santiago, la iglesia de Compostela, enriquecida con grandes honores y sacras vestiduras de oro y seda, la que después fué destruída por los bárbaros. No menos, sobre los atletas de

Cristo, a saber, Facundo y Primitivo, construyó una basílica, con suma devoción, en Cea: también ésta los moros, al mismo tiempo que la santiaguesa, la invadieron hostilmente y destruyeron. Mas a fin de que ningún religioso lugar pareciese desprovisto de dones suyos, para defensa de la iglesia de san Salvador Ovetense fabricó la ciudad de Gozón en las partes marítimas de Asturias, con admirable y fuerte obra, pues temía que los enemigos abordasen, navegando, al santo lugar. También edificó dentro de ella, en honor de san Salvador, una iglesia decorada con preciosísimos mármoles, que hizo consagrar honoríficamente por tres obispos: Sesnando Jacobense, Nausto Conimbriense y Recaredo [36] Lucense. Sobre esto, entre los demás áureos ornamentos que dió devotamente a la iglesia de Oviedo, ofreció al venerable lugar una eximia cruz de oro puro con varias y preciosas gemas.

Y perfeccionada la gobernación de este reino, como se acercase el fin de su vida, cayó en la ciudad de Zamora consumido por violenta fiebre; mas al séptimo día, desde que empezó a atacarle, recibida la sagrada comunión, a la media noche del 20 de diciembre pasó en paz, a los cincuenta y ocho años, en el 910. Cuyos miembros corporales, primero en Astorga, después trasladados a Oviedo, una urna guarda.

Muerto él, su hijo García le sucedió. Por lo demás, pagando el humano débito a los tres años, cayó bajo la potestad de la muerte. Así como él bajara de la presente vida, su hermano Ordoño adquirió, según cumplía, el cuidado del reino. Ciertamente que este Ordoño, insigne militar, viviendo el magno y glorioso rey Alfonso, padre suyo, había gobernado la provincia de Galicia; porque desde su misma florida juventud, siguiendo los valerosos hechos paternos y postrados a menudo valentísimos bárbaros de toda España en guerra abierta, hizo

tributarias suyas todas las ciudades de aquéllos. Porque era próvido y prudentísimo en toda guerra, justo y misericordiosísimo con los ciudadanos, en las necesidades de míseros y pobres extremadamente [37] compasivo, lleno de entrañas de misericordia y piadosísimo, preclaro por su honradez en cuanto era gobernación del reino.

Así, mientras vivía su padre y él dominaba sobre los gallegos, reunido un ejército en toda la provincia se dirigió a la provincia Bética; luego, devastados en contorno los campos y quemadas las aldeas, en el primer ímpetu guerreando tomó la ciudad de Regel, que entre todas las urbes occidentales de los bárbaros parecía la más fuerte y opulenta, y, acabando a espada con todos los guardadores caldeos, regresó vencedor, con grandísimo número de cautivos y despojos, a la ciudad de Viseo.

Mas fallecido ya el padre y sucediéndole su hermano García, Ordoño el Guerreador, movilizando otra vez el ejército, salió hacia Élbora, ciudad del reino toledano que ahora se llama Talavera; la que sitió en llegando, puestos sobre ella campamentos alrededor. A la que no fueron de provecho ni la robustez de sus muros ni una fuerte tropa de combatientes, para dejar de rendirse al punto a la victoria de Ordoño, fortísimo guerrero. Así, dado pronto un asalto, no sólo tomó la ciudad, sino que mató a todos los que habían salido a combate con su jefe Suit, y arrancados despojos de todos los ciudadanos, con gran turba de cautivos alegre vuelve a los suyos.

Por lo demás, después que el rey García cumplió su hora última en la presente vida, la sucesión del reino vino, por permisión divina, a Ordoño, guerreador de Cristo. Porque todos los magnates, obispos, abades, condes y primates de España,

celebrada[38] junta general solemnemente, lo erigieron rey suyo por aclamación, e impuesta al mismo la diadema por 12 obispos fué ungido en el solio real en León.

Luego, en el año cuarto de su reinado, no soportando descansar de la expugnación de los moros, prevenidas reservas sale hostilmente hasta más allá de la ciudad de Mérida; pero acampado ya, como devastase con horrible ímpetu la provincia toda, invadió el castillo de Colubre, que ahora es nombrado por los caldeos Alhange, y matados cuantos bárbaros encontró allí, arrebató para la patria todas sus mujeres y niños, con inmensa cantidad de oro y plata y ornamentos de seda. A quien saliendo al encuentro todos los emeritenses con el rey de la ciudad de Badajoz, y pidiendo humildes la paz encorvados y postrados, le ofrecieron innumerables regalos; así, él, vencedor y cargado de botín, vuelve a la provincia de los Campos góticos.

Pero cuando hubo llegado a León, dando innumerables gracias por tantas victorias a Dios, mandó que su propio palacio se convirtiera en iglesia de su Madre, la bienaventurada virgen María, instituyendo en ella la cátedra episcopal que antes se circuía fuera del muro de la ciudad en honor de san Pedro, príncipe de los apóstoles, adornada con pequeñísima diócesis. Esta sede pontifical, pues, en reverencia del nombre de la bienaventurada María[39] nuevamente sancionada, la enriqueció católicamente por autoridad real legítima con mayor diócesis y grandes honores.

Mas el rey Ordoño, no sabiendo ceder en el trabajo, a fin de que no pareciera enervado casi por el ocio o que distraía tiempo del pelear, tomadas otra vez provisiones y acercándose a devastar los restos de la ciudad de Élbora quedados en la guerra anterior, hizo presa en todos los arrabales de la

misma ciudad abrasados por el fuego; también cogiendo a cierto emir, jefe cordobés, que le amenazaba con guerra, armado en defensa de los suyos por siniestros hados, lo llevó a León preso con hierros.

Alborotados, pues, los bárbaros de toda la morería, gritando con lúgubre pregón, por necesidad envían una embajada al rey cordobés diciéndole, que no podían resistir más tiempo al ímpetu de los cristianos. A cuya gritería, doblegando su ánimo el bárbaro, manda a todos los reyes de los moros salir a campaña con todas sus tropas, bajo esta condición, a saber: que si alguno transgrediese lo mandado, al rey ofendería. Sobre esto, para expeler a tan gran enemigo, suplicando el moro auxilios de los tingitanos, reunió inmenso número de moabitas. Aprestadas, pues, de toda la morería tropas en extremo fortísimas, y dadas provisiones a todos por el gran rey bárbaro, dirígese innumerable multitud de ismaelitas a combatir las fronteras de los cristianos. Al frente de cuya expedición había puesto el rey cordobés a dos magnánimos jefes: el nombre del uno, Hulit Abulhabaz, y el del otro, Venizuz; mas los bárbaros, según lo requería la cosa, tomado el camino [40], llegaron a orillas del río Duero, y fijadas innumerables tiendas junto a San Esteban de Gormaz, amenazaban todo el reino de los cristianos con ruína.

Por fin, el rey Ordoño, protegido con el escudo de Cristo, a quien servía, ordenada su milicia, les sale al encuentro. No de otra manera el líbico león acomete a mísera grey de ovejas, que el belicoso rey a la turba de moros; pues tan gran estrago cuéntase que hizo en ellos, que si algún investigador de desastres intentase computar tantos miles de moros, en verdad que a la multitud de cadáveres poco excedería su número. Porque desde la misma orilla del Duero, donde los

bárbaros acamparon, hasta el castillo de Atienza y Paracuellos, todo monte y collado, selvas y campos cubrían miembros exánimes de amorreos, de suerte que poquísimos se libraron de manos de sus perseguidores que llevasen la noticia al rey cordobés. Donde, entre otros muchísimos reyes ismaelitas, dos nobles cayeron, cuyos nombres eran Abulmutarraf e Ibenmantel, y también Ulit Abulhabaz murió en el mismo sitio, cuya cabeza, con otra de jabalí, por señal célebre de su nombre, Ordoño, victoriosísimo rey, mandó suspender sobre los muros de la ciudad, que había venido a combatir en nombre de Mahoma.

Finalmente, tras de las muchas preclaras victorias suyas,
acercándose el término de la muerte, Ordoño, piadoso y 41
glorioso rey, pagó el débito de la carne en el año octavo de su reinado con dos meses; las cenizas de cuyos miembros encierra el sepulcro.

Después de cuya muerte...

(Sigue la crónica de Sampiro, tratando de Alfonso III.)

Alfonso, hijo de D. Ordoño, sucedió en el reino. Éste fué belicoso, y en todos los empleos bien ejercitado. A su entrada en el reino, teniendo catorce años de edad, un hijo de perdición, ciertamente, Fruela Jemúndez, desde las comarcas de Galicia vino a pretender el reino, que no le correspondía. Mas el rey Alfonso, en oyendo esto, retiróse a las comarcas de los alaveses. Mas el propio nefando Fruela fué muerto por la nobleza ovetense. Esto oyendo el rey, volvió a los suyos y gustosamente fué recibido.

Desde allí vino a León y pobló a Sollanzo, que ahora por el pueblo es llamada Sublancia, y a Cea, ciudad admirable. Mas estando ocupado el mismo en estas obras, un emi-

sario vino de los alaveses, por motivo de que habían inflamado su corazón contra el rey. Mas el rey, oyendo esto, dispuso ir allá. Con terror por su venida se redujeron, y de pronto, reconociendo los juramentos debidos, suplicantes sometieron a él sus cuellos, prometiendo mantenerse fieles al reino y al señorío de él y hacer lo que se mandase. [42] Y así, ganada Álava, la subyugó a su imperio. Mas a Eilón, que parecía conde de ellos, preso con hierro trajo consigo a Oviedo.

Entre tanto, en los mismos días una hueste ismaelita atentó contra la urbe leonesa, con dos jefes, Imundar y Alcatenatel, y allí muchos miles perdidos, el otro ejército huyendo se libró.

No mucho después, asocia a sí la Galia entera junta con Pamplona, por causa de parentesco, tomando esposa de la prosapia de ellos, por nombre Jimena, consobrina del rey Carlos. Pues cooperando el trabajo del ejército, merced a victorias, muchos territorios de enemigos obtuvo. Él tomó la urbe de Deza, y consumidos por el fuego en una torre los muchos ciudadanos cogidos de ella, adquirió en paz a Atienza.

En aquellos días un hermano del rey, por nombre Fruela, según dicen intentando la muerte del rey, huyó a Castilla. El rey D. Alfonso, ciertamente ayudado por el Señor, lo cogió, y por tal causa lo cegó, con éstos a la vez: Fruela, Nuño, también Bermudo y Odoario. El mismo Bermudo, cegado, salió de Oviedo fraudulentamente y vino a Astorga, y durante siete años actuó de tirano, teniendo a los árabes consigo; juntamente con los mismos berberiscos, envió un ejército a Grajal. Mas el rey Alfonso, oyendo esto, adelantóse a su encuentro, y los [43] destrozó hasta la muerte. Mas el ciego huyó a los sarracenos.

Entonces domeñó el rey a Astorga juntamente con Ventosa; también defendió a Coímbra, sitiada por enemigos, y la

subyugó a su imperio. Cedieron también a sus armas muchísimas urbes de España. En su tiempo también fué ampliada la Iglesia, porque las ciudades de Oporto, Braga, Viseo, Chaves y Oca se pueblan por los cristianos, y según decisión canónica se ordenan obispos, y se prosigue poblando hasta el río Tajo. Bajo cuyo mando, cierto jefe de España y alguacil, de nombre Abofálit, aprisionado en guerra, fué presentado a vista del rey; el que redimiéndose por dinero dió en rescate suyo 100.000 sueldos.

Casi por el mismo tiempo un ejército cordobés vino a la ciudad Leonesa y a la urbe Astoricense; y el ejército de la urbe Toledana y otro de otras ciudades de España viniendo tras él, quiso que se le juntasen como uno solo para destruír la Iglesia de Dios. Mas el prudentísimo rey, sabiéndolo todo por exploradores, pide ayuda mediante el gran designio de Dios. En efecto, dejando a la espalda el ejército cordobés, apresuróse al encuentro del siguiente ejército. Nada temiendo aquéllos, ciertamente, por la multitud de armados, vinieron dirigiéndose a Polvorosa. Mas el gloriosísimo rey, avanzando desde el lado de la selva, cayó sobre ellos en el sobredicho lugar de Polvorosa, junto al río cuyo nombre es Órbigo, donde [44] cayeron muertos hasta 12.000.

La otra expedición cordobesa vino huyendo al valle de Mora. Mas persiguiendo el Rey, todos allí con espada fueron muertos. Ninguno escapó de ellos, sino diez, envueltos en sangre entre los cadáveres de los muertos. Después de esto los árabes enviaron emisarios al rey Alfonso por razón de paz. Pero el Rey, concertando paz con ellos por un trienio, rompió la audacia de los enemigos, y por esto alcanzó gran gloria.

Y transcurrido el trienio, en el año 898 *(fué 881)* mandó poblar urbes desiertas de antiguo; éstas son: Zamora, Siman-

cas y Dueñas y todos los Campos góticos. Pues Toro la dió para poblar a su hijo García. Entre tanto, en el año 901, reunido gran ejército, los árabes se apresuraron contra Zamora. Oyendo esto el serenísimo Rey, reunido un ejército, combatiendo entre sí, cooperando la divina clemencia, los deshizo hasta la matanza; aun Alkaman, que se decía profeta, allí cayó, y se sosegó la tierra.

En aquellos días en que suelen marchar a guerras, el Rey, reunido un ejército, avanzó a Toledo, y allí recibió copiosas dádivas de los toledanos. Vuelto de allí, tomó a espada el castillo [45] que dicen Quinicialubel, una parte despedazó a espada, otra parte llevó consigo, y vino a Carrión, y allí mandó matar a su siervo Addanino por sus hijos, porque había conspirado sobre muerte del Rey. Y viniendo a Zamora prendió a su hijo García, y sujeto con hierro lo envió a Gozón. Su suegro Muño, ciertamente, actuó como tirano y preparó la rebelión. En efecto, todos los hijos del rey, hecha conjuración entre sí, expulsaron a su padre, que se estableció en el pueblecillo de Boiges. Pero a causa de hacer oración, el Rey avanzó hasta Santiago, y vuelto de allá vino a Astorga, y pidió a su hijo García que ahora y por una vez persiguiese a los sarracenos. Y juntada muy gran tropa, avanzó e hizo muchos estragos y volvió con gran victoria, y viniendo a Zamora, de enfermedad natural murió. En Oviedo descansa en paz, bajo el aula de Santa María, madre de Dios. Reinó cuarenta y cuatro años. Año 910.

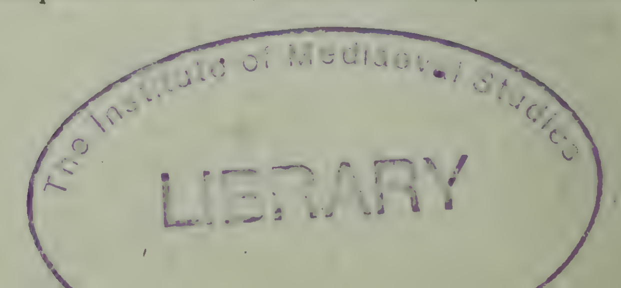
[46] Muerto Alfonso, García, su hijo, sucedió en el reino. En el primer año de su reinado reunió gran tropa, y se apresuró a perseguir a los árabes. Dióle el Señor victoria, apresó, quemó y muchos esclavos trajo consigo. Además prendió al rey Aiolas con espada, y cuando vino al sitio que dicen Al-

trémulo, por negligencia de sus guardas, se escapó. Mas el Rey reinó tres años y un mes; de enfermedad natural murió en Zamora. Año 913.

Muerto García, su hermano Ordoño, viniendo de las comarcas de Galicia, obtuvo el reino. Entre tanto, una gran tropa cordobesa, con un alcaide por nombre Abulhabaz, vino al castillo de la ribera de Duero, que se llama de San Esteban. Mas el rey Ordoño oyendo esto, como era belicoso varón, reunido gran ejército, avanzó rápido hasta allí, y peleando entre sí, dió el Señor triunfo al católico Rey, y los destrozó hasta los perros. Ciertamente, la misma tropa cayó con el susodicho alcaide, cortada su cabeza. También mató a otro rey craso, Abulmutarraf, y volvió el Rey con gran triunfo a su corte leonesa.

Después otra expedición vino al sitio que llaman Midueña, y peleando entre sí y promoviendo batalla cayeron de ambas partes; como dice David: «Varios son los sucesos de la guerra.» Después, al tercer año, vino tercera expedición al lugar [47] que llaman Mues. Mas el rey Sancho, hijo de García, avisó al rey D. Ordoño para que le ayudase contra los batallones agarenos. Mas el Rey avanzó con gran escolta, y se encontraron en el valle que se llama Junquera. Y como suele suceder estorbando pecado, muchos de los nuestros cayeron; aun dos obispos, Dulcidio y Ermogio, allí fueron apresados y fueron llevados a Córdoba. Por este Ermogio, obispo, fué metido en la cárcel su sobrino san Pelayo, que después llegó al martirio. Cuyos obispos el susodicho Rey rescató aun vivos.

Mas no obstante, el mismo rey Ordoño, pensando cómo se desquitase de esto, reunido gran ejército, mandó adobar armas, y en la tierra de ellos, que dicen Sintilla, hizo muchos estragos, despobló la tierra, también tomó muchos castillos a



filo de espada; son éstos, Sarmalón, Elip, Palmacio, y saqueó a Castellón y Magnanza, así como también otros muchos, lo que es largo de anotar, hasta tanto que por espacio de una jornada no llegó a Córdoba. Desde allí, volviendo con gran triunfo a Zamora, encontró difunta a la reina D.ª Elvira, y cuanto hubo de gozo por el triunfo tanto [48] gustó de tristeza por la muerte de la reina. Tomó también otra esposa de tierras de Galicia, por nombre Agarunto, que después fué por él repudiada, porque no le fué gustosa, y después hizo por ello penitencia digna.

El rey Ordoño, como era ciertamente próvido y perfecto, envió a Burgos por los condes que entonces parecían regir aquella tierra; éstos son Nuño Fernández, Abolmóndar Albo y su hijo Diego y Fernando, hijo de Ansur: vinieron a la cita del Rey en un riachuelo que se llama Carrión, lugar llamado Tebular, y como dice el agiógrafo: «el corazón de los reyes y el curso de las aguas, en manos del Señor», no sabiéndolo nadie, excepto los propios consejeros, los cogió, y presos y encadenados los llevó consigo a la corte real leonesa, y mandó que fuesen echados en el calabozo de la cárcel.

Entre tanto vinieron mensajeros de parte del rey García, para que avanzase por allí nuestro rey sobredicho a combatir las urbes de los pérfidos; son éstas Nájera y Viguera. Mas el Rey tomó el camino con gran ejército, y expugnó y oprimió, y tomó la susodicha Nájera, que de antiguo se llamaba Tricio [49]. Entonces tomó a la hija de aquél por esposa, de nombre Sancha, conveniente para sí, y con gran victoria vino a su corte. Reinó en paz nueve años y seis meses. Adelantándose desde Zamora cayó de enfermedad natural, y descansa en el aula de Santa María virgen, de la sede Legionense: año 924.

Muerto Ordoño, Fruela, su hermano, sucedió en el reino. Por la brevedad de sus días ninguna victoria obtuvo, á ningún enemigo inquietó, sino que, según cuentan, mandó matar sin culpa a los hijos de Olmundo; y, según dicen, «por justo juício de Dios», pronto perdió el reino, porque á un obispo, de nombre Frunimio, después de matado el hermano sin culpa, envió al destierro, y por esto se abrevió su reinado, y en breve acabó su vida, y cayó de enfermedad natural. Reinó un año y dos meses. Año 925.

Muerto Fruela, Alfonso, hijo de D. Ordoño, recibió el cetro paterno. Manteniéndose éste en el reino, vínole deseo de tomar camino de penitencia, y empleándose en tales ocupaciones, envió emisarios por su hermano Ramiro á tierras de Viseo, diciendo cómo quería renunciar al reino y cederlo á su hermano. Vino Ramiro ciertamente a Zamora con todo el ejército de sus magnates, y recibió el reino [50], adelantándose por cierto, su hermano á un monasterio, en el lugar que se llama de los Señores Santos *(Sahagún)* sobre la orilla del río Cea.

El cual Ramiro movilizó su ejército para perseguir a los árabes, y entrando en Zamora le vino emisario, porque su hermano Alfonso, salido del monasterio, habría recibido por segunda vez el reino de León. Oyendo esto el Rey, conmovido de ira, mandó tocar las bocinas, vibrar las lanzas; volviendo veloz a León por segunda vez, lo sitió día y noche hasta que lo cogió, y preso, mandó echarlo en un calabozo. Tramadas arterías ciertamente, todos los magnates asturianos enviaron emisarios á Ramiro en favor del susodicho príncipe. Mas él, entrado en Asturias, cogió á todos los hijos de Fruela: Alfonso, que parecía regir el cetro paterno, Ordoño y Ramiro; los llevó consigo, los juntó con su hermano, el susodicho Al-

fonso, a quien tenía en un calabozo, y a todos juntos en un día mandó sacar los ojos. Había reinado, ciertamente, Alfonso siete años y siete meses. Año 931.

Ramiro, reinando seguro, tomó consejo con todos los magnates de su reino sobre cómo invadiría la tierra de los caldeos; y reunido ejército, avanzando a la ciudad que se llama Madrid, destrozó sus muros e hizo grandísimos estragos, ayudando la clemencia del Señor; volvió a su casa con victoria en paz.

Mas residiendo en León vino emisario de Fernán [51] González sobre grande expedición que adelantaba hacia Castilla. Lo que oído, movilizó el ejército el Rey, y salió al encuentro de ellos en el lugar que se dice Osma, e invocando el nombre del Señor mandó ordenar sus tropas, y dispuso prepararse para la guerra a todos los varones. Dióle el Señor gran victoria: mató porción de ellos, porción de muchos miles de cautivos llevó consigo, y volvió a su propia corte con gran victoria.

Después de esto, reunido un ejército, avanzó a Zaragoza. Por lo que el rey de los sarracenos Abohahia sometió su cuello al gran rey Ramiro, y subyugó bajo la jurisdicción de nuestro rey toda la tierra: hizo traición a su rey Abderrahman y se entregó al Rey católico con todos los suyos. El mismo rey nuestro, como era fuerte y poderoso, subyugó todos los castillos que Abohahia tenía hostiles y se los entregó, y volvió a León con gran victoria. Mas Abohahia por segunda vez engañó al rey Ramiro, y trató con Abderrahman de paz.

Después el rey cordobés Abderrahman se apresuró hasta Simancas con gran ejército. Nuestro católico Rey, oyendo esto, dispuso ir hasta allá con gran ejército, y allí mismo, peleando uno con otro, en lunes, estando al caer la fiesta de los

santos Justo y Pástor, fueron deshechos 80.000 de ellos. Aun el mismo Abohahia, rey agareno, allí fué cogido por los nuestros, y llevado a León y en calobozo [52] metido: porque traicionó a D. Ramiro fué cogido por recto juício de Dios. Mas aquellos que habían quedado, tomado el camino, se volvieron fugitivos. Mas el Rey, persiguiéndolos, cuando ellos llcgaron a la urbe que se llama Alhandega, allí fueron cogidos y extinguidos por los nuestros. Mas el propio rey Abderrahman escapó semivivo. De donde los nuestros llevaron muchos despojos, a saber oro, plata y vestidos preciosos. El Rey, ciertamente ya seguro, avanzó hacia su casa con gran victoria en paz.

Después, al segundo mes, dispuso que fuese una expedición a la ribera del Tormes, y allí pobló ciudades desiertas. Son éstas Salamanca, residencia antigua de campamentos; Ledesma, Ripas, Baños, Albandegua, Peña y otros muchos castillos, que sería largo enumerar.

Realizado esto, Fernán González y Diego Muñoz ejercieron tiranía contra el rey D. Ramiro, y aun prepararon guerra. Mas el Rey, como era prudente y fuerte, los cogió, y uno en León, otro en Gordón, presos con hierro, los echó a la cárcel. Ciertamente, pasado mucho tiempo, dado juramento al Rey, salieron del calabozo. Entonces Ordoño, hijo del Rey, tomó a la hija de Fernando por esposa, de nombre Urraca.

Y Ramiro, que era rey ternísimo, dedicó a Dios a su hija Elvira, y a nombre de ésta edificó un monasterio de admirable magnitud dentro de la urbe leonesa, [53] en honor de San Salvador, junto al palacio del Rey. Ciertamente otros monasterios edificó en nombre de San Andrés y San Cristóbal, sobre la ribera del río Cea. Otro edificó sobre la ribera del Duero en nombre de Santa María. También otro monasterio

en su heredad propia, en nombre de San Miguel Arcángel, sobre el riachuelo llamado Ornia *(Valduerna)*.

En el año décimonoveno de su reinado, tomado consejo, reunido ejército, avanzó para destruír la ciudad de agarenos, que ahora por el pueblo es llamada Talavera, y metido en guerra, mató allí a 12.000 y transportó 7.000 cautivos, y volvió a su propia tierra con victoria. Y entonces dispuso ir a Oviedo, y allí enfermó gravemente. Vuelto a León, recibió penitencia de los obispos y abades, grandemente exhortado por ellos, y en la víspera de la Epifanía del Señor él mismo se deshizo del propio reino, y dijo: «Desnudo salí del útero de mi madre, desnudo seré devuelto a ella. Señor, siendo mi ayuda, no temeré lo que haga conmigo el hombre.» De propia enfermedad cayó, y descansa en un sarcófago, junto a la iglesia de San Salvador, en el atrio que construyó para su hija D.ª Elvira. Reinó diez y nueve años, dos meses y veinticinco días. Año 950.

Fallecido Ramiro, su hijo Ordoño recibió el cetro paterno. Varón bastante prudente, y en gobernar y preparar ejércitos muy sabio. Ciertamente, su hermano, de nombre Sancho, tomado consejo de acuerdo con su abuelo [54], por nombre García, rey de los Pamploneses, y también Fernán González, conde de los Burgaleses, cada uno con su ejército se acercaron a León como para arrojar del reino a Ordoño y confirmar en el reino a su hermano Sancho. Oído lo cual, el rey Ordoño estuvo bastante activo, y defendió sus ciudades, y vindicó el cetro del reino, volviéndose a sus propias tierras los susodichos.

Ciertamente, el mismo rey Ordoño, reunido gran ejército, domeñó a Galicia, saqueó a Lisboa y llevó consigo muchos despojos juntamente con cautivos, y volvió a la corte real con

paz y victoria. Mas el susodicho Fernando, porque era su suegro, queriendo o no queriendo, con gran miedo, se acercó a su servicio. Mas el Rey reinó cinco años y siete meses. Cayó de muerte natural en la urbe de Zamora, y descansa en León, junto al aula de San Salvador, junto al sarcófago de su padre Ramiro, rey. Año 955.

Fallecido Ordoño, su hermano Sancho, hijo de Ramiro, recibió pacíficamente la supremacía de su reino. Y cumplido el primer año de su reinado, por cierto ardid del ejército, tramada conjura, saliendo de León llegó a Pamplona. Enviados emisarios con asentimiento de su abuelo García, rey [55], se le exhortó a ir al rey cordobés Abderrahman. Mas todos los magnates de su reino, tomado consejo de acuerdo con Fernando, conde de los burgaleses, eligieron para el reino al rey Ordoño, hijo del rey Alfonso, el que había sido cegado juntamente con sus hermanos. Ciertamente el conde Fernando le dió a su hija, esposa dejada por Ordoño, hijo de Ramiro.

El rey Sancho, ciertamente, como estuviese demasiado gordo, los mismos agarenos le dieron una yerba y quitaron de su vientre la gordura. Y vuelto a la primitiva astucia de su ligereza, tomó consejo de los sarracenos sobre cómo llegaría al reino quitado para sí, del que había sido arrojado. Salido con innumerable ejército, avanzando hacia León; mas cuando entró en tierra de su reino y fué oído por Ordoño, huyó éste de León por la noche y entró en Asturias y perdió el reino: él lo perdió, Sancho lo recibió. Entrado en León, sometió todo el reino de sus padres.

Pues el susodicho Ordoño, echado de Asturias, llegó a Burgos. También los burgaleses, quitada su mujer con dos hijos, expulsaron al mismo de Castilla y lo enviaron a tierra

de sarracenos. Por cierto que permaneciendo la misma, de nombre Urraca, asocióse con otro varón. Ordoño, mientras fué vivo, permaneció entre los sarracenos y pagó con llorar sus penas.

Mas el rey Sancho tomó saludable consejo, de acuerdo con [56] su hermana Elvira, para que enviase a Córdoba mensajeros y pidiera el cuerpo de san Pelayo, mártir, que recibió martirio en los días del príncipe Ordoño, bajo el rey de los árabes Abderrahman, año 926. Y mientras enviaron allá por paz y por el cuerpo de dicho santo, salido Sancho de León, vino a Galicia y la domeñó hasta el río Duero. Lo que oído, Gonzalo, que era duque allende aquel río, reunido gran ejército, vino hasta la orilla del mismo río; después, enviados mensajeros y hecho concierto para que pagase el tributo de la misma tierra que guardaba, discurriendo astutamente contra el Rey, le envió posos de veneno en una manzana. La que como probase, sintió su corazón demudado; disimulando en silencio, aprisa empezó a regresar a León. En el mismo camino, al tercer día, acabó su vida. Reinó doce años. Año 967.

Fallecido Sancho, su hijo Ramiro, que tenía desde su nacimiento cinco años, recibió el reino de su padre, ateniéndose al consejo de su tía D.ª Elvira, consagrada a Dios y prudentísima. Tuvo paz con los sarracenos y recibió de ellos el cuerpo de san Pelayo y lo sepultó con religiosos obispos en la ciudad de León. En el año segundo de su reinado, cien naves de normandos con su rey, por nombre Gunderedo, entraron en las urbes de Galicia, y haciendo muchos estragos [57] alrededor de Santiago, mataron con espada al obispo de aquel lugar, por nombre Sisinando, y saquearon toda Galicia, hasta que llegaron á los montes Pirineos del Cebrero. Mas al tercer año, volviéndose ellos a su país, Dios, a quien no se esconde

lo oculto, recompensó con venganza. Pues así como ellos pusieron en cautividad al pueblo cristiano y mataron a muchos con espada, también así ellos, antes de que salieran de los confines de Galicia, experimentaron muchos males. Porque el conde Guillermo Sánchez, en nombre del Señor y honor de Santiago, cuya tierra devastaron, salió con gran ejército a su encuentro y empezó a pelear con ellos; dióle Dios victoria, y mató con espada a toda aquella gente junta con su rey, y quemó con fuego las naves de ellos, ayudado por la clemencia divina.

Mas el rey Ramiro, como estuviese en la niñez y con escasa inteligencia, empezó a dar pesadumbre a los condes de Galicia con hechos y palabras. Ciertamente, los mismos condes que aguantaban esto, deliberaron astutamente contra él, y erigieron sobre sí otro rey, por nombre Bermudo, que fué proclamado en la sede de Santiago apóstol, a 13 de noviembre, año 982. Lo que oído, Ramiro se apresuró desde León a Galicia; mas el rey Bermudo salió a su encuentro en la Portilla de Arena, y empezaron a pelear cruelmente. Por fin, no cediendo ninguno de ellos al otro, separáronse a la vez. Mas Ramiro volvió a León, y allí de enfermedad natural cayó, en el año décimosexto de su reinado.

58 Muerto Ramiro, Bermudo, hijo de Ordoño, entró en León, y recibió el reino pacíficamente. Varón muy prudente, confirmó las leyes establecidas por el príncipe Bamba; mandó publicar los cánones; amó la misericordia y la justicia; procuró reprobar lo malo y elegir lo bueno.

Mas en los días de su reinado, por causa de los pecados del pueblo cristiano, creció ingente la multitud de sarracenos, y un rey suyo, que se impuso el nombre falso de Almanzor, cual no lo hubo antes ni lo habrá de futuro, tomado

consejo con los sarracenos de ultramar y con toda la gente ismaelita, atravesó las fronteras de los cristianos y empezó a devastar muchos reinos de éstos y a despedazarlos con espada; éstos son: el reino de los francos, el reino de Pamplona, también el reino de León.

Ciertamente, devastó ciudades, castillos, y despobló toda la tierra, hasta que llegó a las comarcas marítimas occidentales de España, y destruyó la ciudad de Galicia, en que está sepultado el cuerpo del bienaventurado Santiago, apóstol. Mas al sepulcro del apóstol, intentando acercarse para romperlo, se volvió aterrado. Arruinó iglesias, monasterios, palacios, y los quemó con fuego: año 987. El rey celestial, acordándose de su misericordia, tomó venganza de sus enemigos: ciertamente con muerte repentina y espada dicha gente de los agarenos empezó a morir y llegar de día en día a su aniquilamiento.

Mas el rey Bermudo, ayudado por el Señor, empezó a restaurar, mejorándolo, dicho lugar de Santiago. Y en el segundo año después de la expedición entregó su espíritu, en tierra del Bierzo, de enfermedad natural, en confesión del Señor. Reinó diez y siete años.

59 Fallecido el cual, su hijo Alfonso, teniendo desde su nacimiento tres años, fué recibido en el reino. Año 999. *(Concluye la crónica de Sampiro).*

De cuya estirpe, tomando esposa Fernando, hijo del rey de los cántabros Sancho, apareció el que había de reinar en lo venidero como expeledor de los bárbaros. Porque en tiempo de Sancho, hijo del precitado rey Ramiro, por iniquidad de algunos de los que habían reinado, que unos habían expulsado del reino a sus socios; otros, como el padre de éste,

habían sacado los ojos a sus hermanos; de igual modo que los gentiles por diversas maldades al pueblo israelita, así la permisión divina permitió dominar de nuevo a los moros las Españas.

Pues en el año 966, muerto el rey Sancho, Almanzor, el mayor de todos los bárbaros, audazmente agredió las fronteras del reino de los cristianos. Ciertamente, después de muerto aquél, como en tal proceso acaecer suele, los condes que regentaban provincias, unos trayendo a la memoria una autoridad real soportada más de lo justo; otros oponiendo fortificaciones con ambición de mandar sin yugo, rehusaban obedecer a Ramiro [60], hijo del rey Sancho, aun retenido en tiernos años. Así, oyendo el bárbaro esta discordia de los cristianos, atravesó por un vado el río Duero, que en aquel tiempo se tenía por linde entre cristianos y bárbaros. Ayudaban al bárbaro en esta facción, ya su largueza de pagas, con la que había ligado a sí no pocos soldados cristianos; ya su justicia al dictar sentencias, a que siempre, como aprendimos por relato paterno, más que nadie, aun con los cristianos, si es lícito decirlo, tuviera cariño. Sobre esto, si en cuarteles de invierno se originaba cualquier sedición, para sosegar el tumulto, más bien al bárbaro que al cristiano imponía suplicio. Pues devastando a hierro y fuego cuanto se contiene dentro de la provincia, animoso plantó su campamento sobre la orilla del río Esla, para combatir la ciudad de León, hallando, claro es, que nada le sería contrario en lo sucesivo si pudiese entrar en la regia ciudad de los leoneses.

Lo que oído, el niño Ramiro, a quien su madre la reina Teresa tierno aún [guardaba] en León, sale armado contra el enemigo con algunos condes; y trabado combate, hasta sus tiendas los abatió con ingente matanza. Pero el bárbaro,

cuando observa que los suyos se presentan en cobarde fuga, indignado saltó de su solio, pues cuéntase que Almanzor hacía ostensible a sus soldados esta señal de afrenta mientras peleasen mal: sentarse con afrenta en el suelo, quitado el casco de oro con que habitualmente cubría su cabeza. [61] A quien viendo rapado los soldados bárbaros, animándose unos a otros, rodean a los nuestros por doquiera con gran alarido, y trocada la vez, ellos, empujando por la espalda, hubiesen hecho irrupción mezclados a través de las puertas de la ciudad, si una ingente lluvia con torbellino no hubiese dirimido la contienda. El bárbaro, deshecho su plan por este año con la inminencia del invierno, se recogió a su patria. A quien, sin embargo, la vindicta divina dió tanta licencia en lo sucesivo, que durante doce años continuos, agrediendo otras tantas veces las fronteras de los cristianos, apoderóse de León y de las demás ciudades, destruyó la iglesia de Santiago y la de los santos mártires Facundo y Primitivo, como arriba indiqué, con otras varias que es largo de contar; profanó con temeraria osadía cuanto hay de sagrado, y a lo último hizo tributario todo el reino, ya sometido a él.

Mas en esta tempestad todo culto divino pereció en España; toda gloria de los cristícolas cayó; los tesoros acumulados en las iglesias fueron robados enteramente, hasta que por fin, la divina piedad, compadeciéndose de tanta ruína, dignóse alzar esta calamidad de la cerviz de los cristianos. Porque en el año décimotercero de su reinado, después de muchos horribles estragos de los cristianos, sorprendido Almanzor por el demonio que en vida lo poseyera en Medinaceli, grandísima ciudad, fué sepultado en el infierno.

[62] Mas la gente de los godos, por misericordia de Dios, sacada de tan gran yugo, tomó paulatinamente fuerzas. Por-

que Ordoño, hijo del rey Fruela, que había reinado poco tiempo, dejó un hijo sobreviviente, por nombre Bermudo. El cual Bermudo, en verdad, luego que alcanzó la supremacía del reino en los confines de Galicia, no como precipitado e inhábil en el empleo, sino desde el mismo exordio de su principado empezó a expugnar a los moros con industrioso afán. Éste engendró a Alfonso, bien abundoso en vísceras de misericordia con las iglesias y los pobres de Cristo, y expugnador valentísimo de los bárbaros y de sus ciudades. Mas celando la ley de Dios, como rechazase la supersticiosa secta barbárica con gran odio, cuéntase haber tenido encerrados a ciertos moros con hierro y hambre en el castillo de Viseo; en cuya expedición, vestido, por el fuerte calor, con sola una camisa de lino, mientras estuviese paseando a caballo cerca de las murallas de la ciudad, fué herido con flecha desde una torre por cierto bárbaro, insigne flechero, por cuya herida llegado a su fin y dejando de hijos a Bermudo y a Sancha, doncella, entregó su espíritu a Dios, según creemos.

Por lo demás, hecha patente la prosapia materna de nuestro emperador Alfonso, para que también se patentice su noble origen paterno, el discurso vuelva atrás un poco.

Así, el reino de los cántabros, aunque lo conocimos derribado en parte por la ocupación de los moros [63], en parte, sin embargo, permaneció firme, por fortaleza y por dificultad de acceso de aquellas tierras. Porque si alguna vez el formidable enemigo invadía más de lo usual, traspasada la llanura, corríase hasta las ciudades y castillos situados en valles de entre montañas. Entonces los cántabros, sufridores en toda forma del frío y de trabajos, por razón del sitio y de la necesidad, cogidas sus más ligeras armas, arrastrándose a pie por

collados y sombríos lugares de selvas, perturban muchas veces de improviso los campamentos enemigos, mientras avanzaban invadiendo; y ni este hecho jamás podía ser vengado por los enemigos, porque los cántabros, ágiles y ligeros, al punto, cuando la cosa lo demandaba, retraíanse a diversos lugares. Y así la rabia de los moros, que para otros era formidable, se tomaba por los cántabros a burla. Mas García, que procedía del noble origen de Pedro, duque de los cántabros, después que se le declaró rey, no sólo atacó armado frecuentemente a los bárbaros, sino que con insistencia empezó a reprimir su ímpetu, para que no se ensañasen contra las fronteras de los cristianos, según su habitual costumbre.

Fallecido el cual, Sancho, su hijo, subió al reino paterno. A quien Dios, viéndolo devoto vengador de la fe cristiana con el sudor de su ejército, no sólo le añadió prósperos sucesos, sino que hizo crecer su prole con múltiple generación. Porque desde los mismos montes Pirineos hasta el castillo de Nájera, sacando de la potestad de los paganos cuanto de tierra se contiene dentro, hizo correr sin retroceso el camino de Santiago, que [64] los peregrinos torcían desviándose por Álava, con temor a los bárbaros. Mereció también disfrutar largo tiempo y con felicidad de la compañía de sus hijos, entre quienes en vida el padre benignamente dividió el reino: a García, primogénito, puso al frente de los pamploneses; la belicosa Castilla recibió por gobernante a Fernando por orden de su padre, y dió a Ramiro, a quien tuvo de una concubina, Aragón, como partícula de su reino, separadamente; a saber, para que no fuese visto entre los hermanos como heredero del reino, ya que les era desigual por linaje materno.

Entre tanto, Fernando tomó en matrimonio a Sancha, nobilísima doncella, hija de Alfonso, rey de Galicia, asistiendo

a las reales nupcias de la hermana su hermano Bermudo. Además, el niño Bermudo es proclamado rey a la muerte del padre, desde los confines de Galicia hasta el río Pisuerga que separa el reino de los cántabros.

Por fin, Sancho rey, en buena vejez, cargado de días, salió de esta vida, mientras su hijo García tornaba de Roma cumpliendo un voto: año 1035. A quien Fernando hizo enterrar en el cenobio de Oña con gran honor, como a tal padre correspondía.

Mas García, después que vuelve de Roma, cumplidos sus votos a Dios, y como se acercase a la provincia de Pamplona, sabida ya la muerte del padre, oye que Ramiro, su hermano, nacido de concubina, le ponía asechanzas tocante al reino. Porque Ramiro, de cierto, para realizar esta acción se había coligado con ciertos reyes moros vecinos, a saber: el zaragozano [65] y el oscense, así como el rey de Tudela, en la ayuda de los cuales más que en sí confiado, puestos campamentos sobre la ciudad de Tafalla, amenazaba indignamente al hermano con guerra. Cuya rebeldía, no consintiendo tolerarla el valor del rey García, porque resultaba infame, reunidas tropas de fortísimos soldados pamploneses, acomete al instante los campamentos enemigos. Luego, degollada la mayor parte a modo de rebaño, los demás que habían quedado, abandonando tiendas y bagajes, emprenden inermes la fuga. Pero hasta el adulterino Ramiro, si no es porque descalzo y sobre un caballo gobernado con cabestro se puso en lugar seguro, hubiera tenido aquel por su día último.

Entre tanto, del vínculo de unión y cariño salió entre Fernando y Bermudo su cuñado fuerte discordia, la que desde un principio fué semilla de todos los males y turbadora imprevista de bienes. ¿Qué, pues, de admirar si habiendo

causa ejercitó aquí sus fuerzas, mientras que agigantando los diversos impulsos de los seres humanos lánzase más allá, conmoviendo aun a espíritus dulces? Cuando hasta hubo separado a la misma criatura inmortal del concierto angélico, no parecerá cosa grande si entre mortales, que aun gustan de lo terreno, promueve guerras mortíferas. Verdaderamente, en esta querella, según la razón humana, uno y otro parecen tener su motivo.

Porque Sancho, el [rey] de los Cántabros, después de la muerte de Alfonso, príncipe de los gallegos, estando Bermudo incapacitado por sus tiernos años, había sometido una parte del reino de éste bajo su dominio, a saber, desde el río Pisuerga hasta el Cea; mas Bermudo, [66] siendo ya de edad adulta cuando expiró el rey Sancho, dispuso vindicar para sí el reino paterno. Respecto de ello, Fernando, con quien se había desposado la hija de Alfonso, creía injusto y casi fuera de toda razón que él fuese expelido de este reino; y así, discrepando sobre ello, nace gran alteración entre ambos. Mas, porque eran desiguales en fuerzas militares, de suerte que Fernando no podría resistir al ímpetu de Bermudo, con insistencia demanda socorros a su hermano García para expugnar al enemigo. Pero yo, escribiendo la muerte de tan gran rey, cuando considero su excelente gobierno, soy embargado por el dolor siempre. Porque Bermudo, noble niño constituído en rey, no fué visto sujeto a diversos pueriles y lascivos deseos, como en aquella edad suelen embargar, sino que empezó a regir las iglesias de Cristo desde el mismo principio de su tierno reinado, a defenderlas de hombres perversos y aparecer como un piadoso padre, consolador de los monasterios. Por lo que no es dudoso que Bermudo, sacado de este mundo, fuese piedra llevada para colmar el edificio de la Jerusalén

celestial, según aquello de: «Quitad del camino las piedras; ellas son recogidas para el celestial edificio», y en otro lugar: «He aquí como pereció el justo y nadie lo reflexiona.»

Pues Fernando y García su hermano, agregadas tropas de fortísimos soldados, mientras se apresuran a combatir al enemigo, he aquí que Bermudo con los suyos, pasada la frontera de los cántabros, [67] adelántase al encuentro de ellos armado. Y ya sobre el valle de Tamarón los dos opuestos ejércitos se observaban con sus fúlgidas armas, cuando Bermudo, fuerte e impertérrito, aguija primero con los acicates a Pelayuelo, su insigne caballo, y deseando herir al enemigo, en rápida carrera entre densísimos escuadrones, acomete empuñando una lanza. Mas la *nurnica* muerte, que ninguno puede evitar entre los mortales, apoderándose de él, mientras el feroz García y Fernando más fuertemente se echan encima, le hirió al correr mismo del caballo, y cayendo en tierra muerto, siete de sus militares cruelmente acabaron sobre él. Cuyo cuerpo se entregó a la sepultura entre los demás reyes en León. A seguida Fernando, fenecido Bermudo, viniendo desde los confines de Galicia, asedia a León y pasa todo el reino a su poder.

En el año 1038, a 22 de junio fué consagrado don Fernando en la iglesia legionense de la bienaventurada María y ungido rey por Servando, de venerable memoria, obispo católico de la misma iglesia. El cual, desde que con Sancha su esposa tomó el cetro del gobierno del reino, increíble de recordar es cuán en breve impusiera temor hacia él en las provincias de bárbaros de toda España; las que al principio hubiera desolado bien pronto, si antes, para apaciguar los alborotos de su reino, no hubiese proveído sagazmente a corregir los rebeldes ánimos de algunos magnates. A más de esto, la amplitud de su reino había excitado el ánimo de su hermano

García, y desde la fraternal unión le había llevado hasta el colmo [65] de la envidia. Así, el rey Fernando, impelido por tales razones, nada llevó a cabo peleando fuera de sus lindes contra gentes extrañas, por espacio de diez y seis años.

Entre tanto la reina Sancha concibió y parió un hijo cuyo nombre era Sancho; luego, embarazada, dió a luz una hija por nombre Elvira; otra vez concibió y parió hijo, a quien por uno y otro padre plugo llamar Alfonso; por último, concebida semilla, fué procreado el menor García. Respecto de Urraca, nobilísima doncella en decoro y costumbres, la engendraron antes de obtener su elevación al reino. Mas el rey Fernando dispuso educar a sus hijos e hijas de suerte que se instruyesen primero en liberales disciplinas, a las que él mismo había prestado estudio; después, cuando la edad lo consentía, hizo a los hijos correr caballos al modo de los españoles y ejercitarse en armas y cacerías; mas a las hijas, para que no se estragasen con la ociosidad, mandó instruír en toda mujeril virtud. Luego, cuando la administración del reino de Fernando rey, acrecentada con hijos, leyes y milicias, parecía bastante próspera y bastante pudiente, según de ordinario se sufre por parte de los mortales, entre él y su hermano García nació, en razón de esta opulencia, la envidia.

Por lo demás, como Fernando se descubriese en todo manso y humano, aborreciendo desgarrarse por natural benignidad y acostumbrada piedad suya, se había propuesto en su interior conllevar a todo trance los fingimientos y envidia de su hermano, en forma que ni aun pudiera ser provocado a ira por él; o sea, tomando a gloria propia vencer siempre la envidia fraterna. Así, cuando García [66] cae enfermo en Nájera, el rey Fernando, conmovidas sus entrañas fraternales, apresúrase a verlo; y había ya llegado hasta él, cuan-

do, puestos de acuerdo para prender al Rey, se arman asechanzas mutuamente; mas una vez que ello se frustró, impidiendo el temor tan gran cosa, Fernando rápidamente se retrajo a su país.

Mas ocurrió que, a la inversa, enfermando Fernando, el rey García se acercase a él humildemente, ya en demanda de gracia por tan gran crimen o con motivo de la enfermedad. A mí, sin embargo, me parece que antes bien por madurar la frustrada fechoría que por consolar al hermano en la enfermedad viniese García; como que, a fin de apoderarse él solo del reino, deseaba no solamente que le hubiese dado una enfermedad, mas que saliera él en absoluto de este mundo: ¡así juzgan dentro de sí las ávidas mentes de los reyes! A quien luego que vió el rey Fernando, impelido por la ira, manda encarcelarlo en Cea; de donde, evadiéndose con astucia pasados algunos días, volvió a su propia tierra con algunos militares prevenidos ocultamente. García desde entonces agrio y furioso empezó a buscar abiertamente ocasiones de guerra y, sediento de la sangre fraterna, a devastar hostilmente las fronteras del mismo a que podía llegar.

Oído lo cual, el rey Fernando, juntado inmenso ejército desde los confines de Galicia, avanza a vengar la injuria del reino. Mientras tanto envía al rey García emisarios idóneos, a fin de que, dejados sus confines, gozase de paz y no [70] presumiera de contender con él con espadas mortíferas, pues eran hermanos, y, por tanto, convendría vivir cada uno tranquilamente en su reino. Sobre esto le predice que no podría sostenerse contra tal multitud de soldados.

Finalmente, el rey García, feroz y animoso, oída la embajada y despreciando la clemencia de su hermano, manda salir del campamento a los emisarios; y al punto, añadiendo ame-

nazas, díceles que, vencido su señor, tanto a ellos como a los compañeros que sobrevivieren a la pelea arrastraría a su país como rebaños. Así confiaba García en sus fuerzas; porque en aquel tiempo, aparte el poder real, era tenido como militar insigne entre todos los militares: ciertamente, estaba hecho a desempeñar en toda guerra a la vez los oficios de militar valiente y de buen general. También había ligado a sí grandísima turba de moros, que por razón de alarma había reclutado para la batalla. Luego, por uno y otro se designan día y lugar para la desgraciada pelea.

Mas ya García tenía puesto su campamento en medio del valle de Atapuerca, cuando de noche los militares del rey Fernando se apoderan, a la parte de arriba, de un collado próximo. Por cierto que estos militares, siendo en su mayoría de la parentela del rey Bermudo, cuando se percatan del vivo deseo de su señor de coger vivo a su hermano más bien que muerto, según creo por instigación de la reina Sancha, anhelaban singularmente vengar por sí la común sangre. Llegada así la mañana [71] y como asomase el primer rayo de sol entre las ondas, ordenados los batallones, fuerte clamor se alza por ambas partes; arrójanse de lejos los enemigos dardos, y de cerca se manejan las espadas mortíferas; por fin, la cohorte de fortísimos militares de que hablé antes, echándose encima desde lo alto a rienda suelta y cortando a través de las filas lanza en ristre, convergen todo su ímpetu contra el rey García, a quien traspasado precipitan exánime del caballo en tierra; en cuyo combate dos de los grandes militares de García son matados con él. Aun los moros que habían entrado en batalla, mientras intentaban ponerse en fuga, son cautivados en gran parte. Mas el cuerpo del rey García se entrega a la sepultura en la iglesia de la bienaventurada María,

en Nájera, que él había construído devotamente desde sus cimientos y adornado pulcramente con plata, oro y vestiduras de seda: año 1054, día primero de diciembre.

El rey Fernando, luego que, muertos el hermano y el cuñado, ve todo el reino sometido a su obediencia sin obstáculo, seguro ya por lo tocante al país, dispuso emplear el tiempo restante en rendir a los bárbaros y afianzar las iglesias de Cristo.

Con que, pasado el tiempo invernal, a principios de verano, cuando por la abundancia de pastos ya podía trasladarse un ejército, partiendo el Rey [72] de los Campos Góticos marchó a Portugal, cuya mayor parte dominaban cruelmente los bárbaros salidos de las provincias de Lusitania y Bética. Por otra parte, el rey Fernando en todo el tiempo de su vida con designio señorial esto había resuelto firmemente: no poderse desistir de lo comenzado ni ceder, una vez emprendido un trabajo, en tanto no se concluyese con perfecto fin lo que estaba pensado realizar. Por cuya razón el pavor hacia él, como si culebra viesen, tenía atemorizado el corazón de los bárbaros. Preparada así toda la soldadesca, en el primer ímpetu invade la ciudad de Cêa con otros castillos circunvecinos; y matados los bárbaros, humilló a cuantos quiso con esclavitud en favor de él y de los suyos. Mas porque parecería fastidioso enumerar a modo de inventario las aldeas y apiñados castillos de bárbaros despoblados por el invictísimo rey Fernando, sólo puse cuidado en expresar los nombres de las principales ciudades, cuyas iglesias regentaron obispos en otro tiempo, las que peleando virilmente arrancó de sacrílegas manos.

Conquistada ya la ciudad de Cêa, apresúrase a combatir la ciudad de Viseo, con esta intención, a saber: que trocada la suerte de sus hazañas, los bárbaros de aquella ciudad paga-

sen la debida pena por motivo de su suegro Alfonso, allí matado. Porque había en la misma ciudad una fortísima tropa de saeteros, a cuyo ímpetu, si alguna vez soldados se acercaban al muro con intención de combatirlo [73], a no ser que sobrepusiesen a sus escudos tablas u otros obstáculos más fuertes, no eran poderosos a resistirles, porque la flecha atravesaba el simple escudo y la loriga de triple lizo. Explorados, pues, todos los accesos de la ciudad y puestos campamentos, el Rey ordena a escogidos militares y honderos con ellos, emprender la marcha contra la ciudad de Viseo y ocupar sus puertas. Luego, trabada batalla por algunos días, como se pelease con gran esfuerzo, la tomó, y encontrado allí el saetero que había matado al rey Alfonso, mandó privarlo de ambas manos. Respecto de los demás moros, fueron presa de los soldados.

Desde allí prontamente, alzados los campamentos, dirígese hacia la ciudad de Lamego, a la que, en llegando rodeado del ejército, esfuérzase por asaltar su muro con gran empeño; que, si bien parecía inexpugnable por la fragosidad del sitio, opuestas, sin embargo, torres y máquinas de diversos géneros, la rindió en breve, y rendida la sometió a sus leyes. También los moros de Lamego, en parte fueron despedazados a espada, mas en parte aherrojados con grilletes para trabajar en diversas iglesias; porque el rey Fernando proveía siempre con industrioso cuidado, a fin de que la mejor parte de los despojos de sus victorias se distribuyese entre las iglesias y los pobres de Cristo, en alabanza del sumo Hacedor que le daba victoria. Tomó también el castillo de San Justo, situado sobre el río Malva, y a Tarouca, con [74] otros muchísimos puestos alrededor, los cuales destruyó hasta el suelo, para que, en adelante, los bárbaros no pusiesen guar-

nición en ellos contra los cristianos, en razón de lo perjudiciales que eran por su molesta situación.

Conquistados ellos, para que Coímbra, máxima ciudad de aquella región y capital que había sido de las otras, se redujese al culto cristiano, el Rey se dirigió en rogativa a las puertas del bienaventurado Santiago apóstol, cuyo cuerpo, por divina asistencia de nuestro Redentor, dícese que a España fué traído. Y allí, hecha rogación durante tres días para que tuviese éxitos prósperos y felices aquella guerra, pedía que el Apóstol fuese intercesor por él ante la Majestad divina. Así pues, hechas donaciones al venerando lugar, el rey Fernando, fiado en el amparo divino, apresúrase audaz hacia Coímbra y, puestos campamentos sobre ella, la asedia.

Por lo demás, a fin de que se esclarezca para todos cómo su oración devotísima fuera recibida por Dios, lo estimé digno de comentar. En efecto, resultó colmada, por la devoción del rey Fernando, la firme sentencia de nuestro Salvador cuando dice: «En verdad os digo que cuanto pidieseis al Padre en mi nombre, se os dará.» Pues en este caso, porque instaba para arrancar aquella ciudad de los ritos del paganismo, y restituírla a la fe de los cristianos, ciertamente en nombre de Jesús, que se interpreta Salvador, rogaba por su salvación a Dios Padre. Mas porque ahora Fernando, [75] puesto en carne corruptible, no sabía que él era participante de la divina gracia por méritos de su vida, imploraba los sufragios del Apóstol, a fin de que, como familiar suyo notorio, consintiera en interceder junto al piadosísimo Maestro. Así pelea el rey Fernando en Coímbra con la espada material, y para lograrle victoria Santiago, militar de Cristo, no cesa de interceder junto al Maestro.

Por fin, el triunfo concedido por el cielo al serenísimo rey

Fernando, de esta manera lo dió a conocer el bienaventurado Apóstol de Compostela: Había venido de Jerusalén cierto peregrino griego, según creo, pobre de espíritu y de riquezas, el cual, permaneciendo largo tiempo en el pórtico de la iglesia del bienaventurado Santiago, instaba día y noche con velas y oraciones. Y como ya poseyese un poco nuestro lenguaje, oye a los indígenas que entraban a menudo en el santo templo, por causa de sus necesidades, importunar los oídos del Apóstol llamándole buen militar; mas él, para sí, no solamente aseguraba que aquél no hubo sido caballero, sino también que jamás hubiera subido a caballo. Empero, sobreviniendo la noche, ciérrase el día; entonces, como el peregrino, según costumbre, pernoctase en oración, de pronto llevado en éxtasis, el apóstol Santiago se le apareció como teniendo en las manos ciertas llaves, y hablándole con rostro alegre dice: Ayer, [76] burlándote de los piadosos deseos de los suplicantes, creías que yo nunca fuera militar valentísimo. Y esto diciendo fué llevado un esplendidísimo caballo de gran alzada ante el pórtico de la iglesia, cuya nívea claridad toda la iglesia iluminaba desde las abiertas puertas, al que subiendo el Apóstol y enseñando las llaves, hizo saber al peregrino que había de entregar al día siguiente, cerca de las nueve de la mañana, la ciudad de Coímbra al rey Fernando.

Entre tanto, declinando los astros, cuando el sol saliente había descubierto el orbe iluminado en día dominical, el griego, atónito con tal visión, convoca en junta a todos los clérigos y todos los primates de la villa; y él, ignorante de dicho nombre y de la expedición, explicando por orden la cosa, les dice entrar hoy el rey Fernando en Coímbra. Los cuales, anotado el día, mandan emisarios con celeridad al campamento del invictísimo Rey, para que andando el camino,

diestramente averigüen si esta visión procedía de Dios, a fin de que pudiera ser manifestada a este mundo en alabanza de su nombre. Pero los emisarios, cuando apresurándose llegaron a Coímbra, encontraron que en el mismo día que había señalado el apóstol Santiago de Compostela, y a hora de las nueve, el Rey entraba en la ciudad.

Porque, como durante algún espacio de tiempo retuviese a los de Coímbra encerrados dentro de murallas, poniendo arietes alrededor, había roto en parte el muro de la ciudad. Lo que viendo los bárbaros, enviaron al Rey emisarios con súplicas, los que tan sólo pidiendo la vida para sí y sus hijos, entregaron al Rey la ciudad con todos sus bastimentos, fuera de un socorro muy pequeño para el camino.

Así, expulsada de Portugal la rabia de los moros, el rey Fernando a todos obligó a irse allende el río Mondego, que una y otra provincia separa de Galicia. Pero aquellas ciudades que sacó de jurisdicción de los paganos las encomendó a cierto Sesnando, ilustre por su autoridad. Porque éste, robado en otro tiempo de Portugal con otras presas, por Benahabet, rey de la provincia Bética, trabajando entre los bárbaros en muchas preclaras comisiones, había llegado a tan gran esplendor, que era mirado por el bárbaro Rey con más cariño que todos los demás del reino, porque ni consejo ni empresa alguna suya resultara fallida. Por lo demás, cuando dejado Benahabet, Sesnando se pasó al rey Fernando, mediante las sobredichas facultades fué insigne para nosotros y terror grandísimo para los bárbaros hasta su día postrero.

El rey Fernando en verdad, acariciando con dádivas los umbrales del bienaventurado Apóstol por causa del sometido enemigo, vuelve alegre a la ciudad de León. Donde celebrando reunión general de sus magnates, acordó agredir con

guerra a los bárbaros que, avanzando por la parte oriental desde la provincia Cartaginense y reino Zaragozano, habitaban fortificaciones y apiñados castillos puestos junto al río Duero. Porque eran, [78] dada la proximidad del lugar a las fronteras de Castilla, inevitables enemigos que tomaban allá de súbito presas y cautivos.

Luego que volvió el tiempo favorable del año, el rey Fernando los invade con ejercitadas milicias y, cobrado en breve el castillo de Gormaz, llegó a Vadorrey; cuya ciudad una vez sometida a su mandato, animoso dirígese a la ciudad de Berlanga, que protegía los demás castillos puestos a su alrededor. Pero los moros de dicha ciudad, por no ser presa del enemigo, agitados de excesivo terror, antes que el Rey los cogiese, perforando durante algunos días el muro por diversos sitios, previnieron la fuga, dejando la turba de niños y mujeres. Después de cuyo triunfo, invadió la ciudad de Aguilera y, conquistado también el castillo de Santiúste, peleando tomó el refugio de Santamera. No menos, agrediendo el castillo de Huermos lo destruyó hasta el suelo. Derribó además todas las torres de vigías que descollaban sobre el monte Parrantagón, según costumbre barbárica, y los refugios construídos acá y allá por los campos del valle de Bordecorés, para protección de los bueyes de labranza.

Por lo demás, cuando tornó seguros los confines de Cantabria contra el sobresalto de los bárbaros que acudían de la provincia de Celtiberia y del reino Toledano, preparadas por todo el reino valentísimas tropas de soldados y honderos, el rey Fernando proyecta expugnar la provincia Cartaginense. Por lo que, salvadas en rapidísima marcha las cimas del monte de Oña, como hambriento león cuando ve presentarse una turba de ganados en rasa campiña, así el rey español invade

ansioso los predios morunos; de modo que con ejercitada milicia, levantando el campo junto a la ciudad de Talamanca, [79] apodérase de muchos lugares de bárbaros opulentísimos en ganado mayor y menor y otras apetecibles cosas, devasta los campos, toma e incendia muchos castillos y lugares ligeramente fortificados o sin guarnición, mata a los moros y manda que los niños y mujeres y todo patrimonio de ellos sea presa de sus militares. De esta suerte llegando a la ciudad Complutense, que ahora se llama Alcalá, despoblados a hierro y fuego por todas partes sus campos, rodea las murallas con campamentos. Mas los bárbaros complutenses, cuando encerrados dentro de muros ven todas sus cosas de afuera destruídas y golpeado el muro por arietes, envían con urgencia emisarios al rey toledano Halmemón, a fin de que, ya rechazando en guerra a tan gran enemigo o ya aplacándolo con regalos, entienda en su propia salvación y la del reino, lo que de no hacerse muy pronto, sepa que él y el reino Toledano irían perdidos en plazo breve.

Pero el bárbaro, tomando el más sano consejo, amontona inmensa riqueza de oro y plata y preciosos vestidos, y recibido seguro contra su miedo, acercándose humilde a presencia del Rey, suplica rendido de su nobleza que, aceptados los regalos, desista de asolar sus confines. Sobre esto además declara que él y su reino se confiarían a su potestad. En fin, aunque el rey Fernando entendía que el bárbaro hablaba en falso, y él mismo llevase sus designios bien por otro camino, [80] sin embargo, por el momento aceptada la ofrenda y desistiendo de expugnar la provincia Cartaginense, cargado con mucha presa, recogióse a los Campos Góticos.

Entre tanto, pidiendo coloquio la reina Sancha al señor Rey, le persuade para que se hiciera una iglesia en el cemen-

terio de los reyes en León, donde también sus cuerpos deban ser enterrados razonable y magníficamente. Porque había decretado el rey Fernando dar sepultura a su cuerpo, ya en Oña, lugar que siempre le había sido querido, ya en la iglesia de San Pedro de Arlanza; pero la reina Sancha, porque en el cementerio real de León descansaban en Cristo su padre el príncipe Alfonso, de digna memoria, y su hermano Bermudo, serenísimo rey, trabajaba con todas sus fuerzas para que también ella y su marido descansasen con aquéllos después de la muerte. Accediendo, pues, el Rey a la petición de su fidelísima cónyuge, son destinados albañiles para que trabajen asiduamente en labor tan dignísima.

Por lo demás el rey Fernando, ordenadas las cosas tocante a fronteras, cuando llegó la primera oportunidad de tiempo, reunido de nuevo un ejército, salió en ademán hostil hacia las provincias de Bética y Lusitania; y despoblados los campos de los bárbaros e incendiadas muchas granjas, acude al encuentro del mismo el rey de Sevilla Benahabet con grandes regalos, y le suplica, por amistad y decoro del reino, que no quiera perseguir ni a él ni su reino. Mas el rey Fernando, según costumbre, [81] compadecido de las humanas angustias, mientras se doblega a las súplicas del anciano bárbaro, manda hacer venir desde los cuarteles de invierno a todos los hombres buenos, para con su consejo disponer qué conclusión imponga a las súplicas del rey de los moros. Pero cuando lo hubo consultado, por decreto del consejo recibe los dones y manda que se le entregue el cuerpo de la mártir bienaventurada Justa, que en otro tiempo pasó a Cristo en Sevilla con corona de mártir, a fin de que fuese transportado a la ciudad de León.

A estos imperiales mandatos al punto dando consenti-

miento el bárbaro, prometió que él le daría el cuerpo de la beatísima virgen. Cuya promesa aceptada, cuando estuvo de regreso de aquella expedición en León, el rey Fernando convoca junto a sí a Alvito, venerable obispo de esta regia ciudad, y a Ordoño, reverendo prelado astoricense, y juntamente al conde Muño, y los envía con tropa de soldados a Sevilla para llevar el cuerpo de la susodicha virgen. Llegados ellos, refieren al rey Benahabet los mandatos del rey, a quienes él dijo: Sé haber prometido yo a vuestro señor lo que buscáis; pero ni yo ni ninguno de los míos podrá mostraros el cuerpo que deseais; buscadlo vosotros mismos y, una vez encontrado, tomadlo; yéndoos en paz. Empero, si con ocultación o en verdad el bárbaro dijese esto a nuestra embajada, apenas lo descubrimos; no obstante, las más veces, según son de vehementes las humanas determinaciones así también de volubles.

82 Lo que oyendo el egregio obispo Alvito, consuela a sus compañeros diciéndoles así: Según vemos, hermanos, a no ser que la divina misericordia ayude al trabajo de nuestro viaje, volveremos frustrados. Así, parece necesario, oh amadísimos, que pidiendo la ayuda de Dios, para quien nada es imposible, insistamos en este triduo con ayunos y oraciones, a fin de que la divina Majestad se digne revelarnos el oculto tesoro del santo cuerpo. Complació a todos la exhortación del obispo sobre que empleasen en rogaciones aquel triduo; y ya en el tercer día el sol había muerto en el recorrido cielo, cuando, sobreviniendo la cuarta noche, el venerable obispo Alvito insistía vigilante en su oración. Entre tanto, mientras sentado, en una silla apenas sustentaba sus descaecidos miembros y, recitando para sí no sé qué salmo, era embargado por el sueño, a causa del excesivo trabajo del velar, aparecióselo

cierto varón cubierto de venerables canas, vestido con ínfula pontifical y hablándole en tal forma dijo: Sé de cierto que tú y tus compañeros vinisteis expresamente para conducir con vosotros, llevándolo desde aquí, el cuerpo de la beatísima virgen Justa; mas, porque no es voluntad divina que esta ciudad sea desamparada con el apartamiento de esta virgen, la inmensa piedad de Dios, que no consiente despediros de vacío, os ha concedido mi cuerpo, llevando el cual regresad a vuestra tierra. A quien como el reverendo varón interrogase sobre quién fuera el que tales [cosas] le encomendaba, dijo: Yo soy [83] el doctor de las Españas y obispo de esta ciudad Isidoro. Y esto diciendo desvanecióse a vista de quien lo miraba.

Empero, despertando el obispo, empezó a congratularse de la visión y rogar a Dios con más insistencia, pidiéndole que si esta visión era cosa de Dios por segunda y tercera vez lo diese a conocer más cumplidamente. Orando de tal modo se durmió de nuevo; y he aquí que el mismo varón en el propio traje, hablándole de cosas no diversas que antes, desvanecióse de nuevo. Despertado por segunda vez el obispo, más alegre imploraba de Dios un triple aviso de la visión; así, mientras oraba a Dios con más empeño, un tercer sueño le embarga. Entonces el susodicho varón, apareciéndosele como la primera y segunda vez, repitió por tercera lo que antes había dicho, y golpeando el suelo de tierra tres veces con la vara que tenía en su mano, mostró el sitio donde se ocultaba el santo tesoro diciendo: Aquí, aquí, aquí encontrarás mi cuerpo; y para que no te juzgues burlado por un fantasma, esta será para ti señal de mi verídica plática: luego que mi cuerpo fuere sacado sobre tierra sentirás malestar corporal, a lo que siguiendo el fin de la vida, despojado de

este mortal cuerpo, vendrás a nosotros con corona de justicia. Así, luego que puso fin a su plática, la visión se retiró.

Pues volviendo de su sueño el prelado, seguro de tan gran visión, pero más alegre aún por su vocación, llegado ya el día, exhorta a sus compañeros diciendo: Nos conviene, oh amadísimos, adorar con rendidas mentes la omnipotencia divina, del Padre sumo, que [84] se ha dignado adelantarnos en su gracia y no ha consentido que sea frustrada la recompensa de nuestró trabajo. En efecto, se nos prohibe por querer divino sacar de aquí los miembros de la bienaventurada y dedicada a Dios virgen Justa; pero no llevaremos don menor, puesto que habremos de transportar el cuerpo del beatísimo Isidoro, que en esta ciudad obtuvo la ínfula del sacerdocio y toda España ilustró con su obra y su palabra. Y diciendo esto les dió a conocer ordenadamente el mandato de la visión. Lo que oyendo y dadas inmensas gracias a Dios, van juntos a la presencia del Rey de los sarracenos y se lo manifiestan todo por orden. Espantóse el bárbaro, y aunque infiel, admirando, sin embargo, el poder del Señor, les dijo: Y si os concedo a Isidoro, ¿con qué me quedaré aquí? Por lo demás, no atreviéndose a desdeñar a varones de autoridad tan grande, da licencia para buscar los miembros del confesor. Cosas estupendas digo, relatadas, sin embargo, por quienes intervinieron en ellas.

Porque mientras se buscaba el sepulcro del bienaventurado cuerpo, se halló en el mismo suelo de tierra el vestigio de la vara con que el santo confesor había mostrado con triple golpe el lugar del monumento. El que descubierto, emanó tanta fragancia de olor que a los cabellos de cabeza y barba de cuantos estaban presentes trascendía, como vapor y nectáreo rocío de bálsamo; pues el bienaventurado cuerpo estaba encerrado dentro de un estuche, hecho de madera de ene-

bro [85]. Y al punto que fué abierto, la enfermedad atacó al venerable varón Alvito, obispo, y al séptimo día, recibida penitencia, en las angélicas manos, según creyó la verdadera fe, entregó su espíritu.

Mas el obispo de Astorga, Ordoño, y todo el ejército, recibidos los restos del bienaventurado Isidoro y el cuerpo del prelado Legionense, ya se apresuraban a regresar a la presencia del rey Fernando, cuando he aquí que el Rey de los sarracenos, el susodicho Benahabet, echó una cortina tejida con admirable labor sobre el sarcófago del confesor bienaventurado, y lanzando grandes suspiros de lo hondo del pecho, dijo: Ay ¡cómo te alejas de aquí, oh Isidoro, varón venerando! Sin embargo, tú mismo conociste de qué modo tu causa es también la mía. Estas cosas fueron notorias por aquellos que atestiguaron haberlo oído en persona.

Pero los embajadores, tomando el camino con tan gran dádiva concedida por el cielo, volviéronse a su tierra. A cuyo regreso el gloriosísimo rey Fernando desarrolló grandes preparativos; pues aunque le entristecía la muerte del obispo Legionense, no obstante, desarrolló fastuosa magnificencia por la traída del beatísimo confesor Isidoro. Cuyo santo cuerpo colocó en la basílica del bienaventurado Juan Bautista, que el mismo serenísimo Rey, según poco antes recordé, había fabricado nuevamente en León. Mas el venerando prelado Alvito, en la iglesia de la bienaventurada María, que había regentado por permisión de Dios, tiene su sepulcro.

Luego pasados cuatrocientos [sesenta y ocho] años desde su muerte, desde [86] la ciudad de Sevilla fué trasladado el cuerpo del beatísimo Isidoro, confesor de Cristo, y encerrado con honor digno en la ciudad de León. Congregados, en efecto, nobles obispos y abades de todo su reino, el Rey hizo

consagrar la susodicha iglesia en honor del confesor, a 21 de diciembre del año 1063 de la encarnación del Señor.

Además, consagróse a la humildad con tanta devoción en aquella fiesta, en reverencia del santo obispo, que cuando hubo llegado al convite, depuesta la altivez real, en vez de los criados, presentaba con sus propias manos delicados manjares a cada uno de los religiosos varones. También la reina Sancha con sus hijos e hijas humildemente hicieron todo obsequio a la restante multitud, según uso de siervos.

Mas en aquel lugar donde se veneran por el pueblo fiel las reliquias del bienaventurado cuerpo, tantos y tales milagros nuestro Señor se dignó manifestar en honor y gloria de su nombre, que si algún sabedor los consignase en pergaminos, no confeccionaría pequeña cantidad de libros. Para mí, sin embargo, que tan sólo me propuse escribir los grandes hechos de los reyes, no es intención al presente desarrollar cuán grandes y frecuentes milagros por méritos del confesor, en los cuerpos de diversos enfermos [87] que buscaban sus sufragios, se efectuaron por el divino Artífice: a él gloria por los siglos de los siglos. Amén.

En fin, después de la traída del cuerpo de Isidoro, feliz pontífice, como el serenísimo príncipe Fernando se detuviese en su solio de León defendiendo y ampliando así como exornando el reino, celebrado consejo general de sus magnates, a fin de que después de su muerte, a ser posible, llevasen vida pacífica entre sí, plugo dividir el reino entre sus hijos. Así, a Alfonso, que le era querido sobre todos sus hijos, dió el gobierno de los Campos Góticos y sometió a su autoridad todo el reino de los leoneses; constituyó también a Sancho, su hijo primogénito, rey sobre Castilla; y además a García, el más joven, puso al frente de Galicia; aun transmitió a sus hijas

todos los monasterios de todo su reino, en los que hasta el fin de su vida vivieran sin enlace marital.

Pero también, guardando con devoción suma la religión cristiana, que abrazó devotamente desde su infancia, decoró esta iglesia de gran belleza, que había construído nuevamente y dedicado en honor del santo obispo Isidoro, con oro, plata y piedras preciosas y cortinas de seda. Frecuentaba con diligencia la iglesia por mañana y tarde, también durante las horas nocturnas y al tiempo del sacrificio; a veces, cantando con los clérigos, se entonaba reciamente en alabanza de Dios. Rendía culto sobre los demás sacros y venerables lugares a la iglesia de San Salvador ovetense, que dotó con mucho oro y [88] plata. No menos se esmeró en exornar la iglesia del bienaventurado Santiago apóstol con diversos dones. ¿Qué más? Tampoco tomó cosa alguna con más cariño en todo el transcurso de su vida el piadoso y excelentísimo príncipe Fernando, que encumbrar con sus dones las principales iglesias de su reino a la antigua magnificencia, y que todas por él no sólo estuviesen pacíficas y defendidas, sino también adornadas y ricas merced a sus cuidados.

Amaba a los pobres peregrinos, y en acogerlos ponía gran solicitud. Sobre esto, dondequiera que descubría vivir con pobreza cristianos, monjes, clérigos o mujeres consagradas a Dios, compadeciéndose de su penuria, acostumbraba ir en persona, a fin de consolarlos, o enviarles dinero con frecuencia. De donde resultó que, yendo a visitar misericordiosamente a los monjes del cenobio de Sahagún, satisfecho con el orden monástico, a la hora de la refección tomase con ellos humildemente la comida. Por lo demás, como ante la mesa del abad, sobre que también él se recostaba, se preparasen los vasos para bendecir el vino, según costumbre, llevóse al Rey

cierta copa vítrea llena de vino; la que cogiendo el Rey con descuido (por mandato del abad, a fin de que bebiese del vino para la bendición) se cayó sobre la mesa y, como era de frágil materia, rompióse en pedazos. Entonces el Rey, con ansiedad como de incurso en gran delito, llama con urgencia a uno de sus pajes presentes, y manda llevarle aprisa el vaso de oro en que él asiduamente bebía. El que, cuando le es llevado prontamente, colocado sobre la mesa, habla el Rey a los monjes diciendo así: He aquí, señores míos, [83] que, en vez del roto, este vaso restituyo a los bienaventurados mártires. Dispuso, además, que cada año que viviese, para que fuera suelto de las ligaduras de sus pecados, se diesen de su propio erario mil sueldos de oro a los monjes del cenobio Cluniacense.

Estas cosas así bien ordenadas, con tropa ligera salió a devastar las campiñas de la provincia de Celtiberia y saquear las aldeas de los moros. Y como allí permaneciese largo tiempo, despoblado a hierro y fuego todo lo que estaba fuera de fortificaciones, llegó a la ciudad de Valencia, la que en breve acometiera si no hubiese caído presa de enfermedad. Recibidas, sin embargo, por capitulación todas las ciudades y castillos de la provincia de Celtiberia, llevado en el mes de diciembre a León bajo la misma dolencia corporal, oró ante el sepulcro de san Isidoro, confesor de Cristo.

Entró, pues, en la ciudad día de sábado, a 24 de diciembre, adorando, según costumbre, de rodillas los cuerpos de los santos, y pidiendo que si ya la hora terrible de la muerte pareciera venírsele encima, interviniendo ellos mismos con los coros angélicos, su alma, libre de la potestad de las tinieblas, fuese presentada sin daño ante el tribunal de Cristo, redentor suyo.

Por lo demás, en la misma noche célebre de la natividad del Señor, como los clérigos cantasen el natalicio de maitines según rito festivo, presentóse ante ellos el señor Rey, y con las fuerzas que podía empezó a cantar alegre el último salmo de maitines: «Viene a nosotros», que en aquel tiempo cantaban según el rito Toledano. Empero, respondiendo los del segundo coro: «Aprended todos los que juzgáis el mundo», ello venía entonces bien al serenísimo rey Fernando, que, mientras le fué permitido vivir, no sólo gobernó el reino católicamente, sino que, puesto freno a la impureza, se hizo a sí mismo instruído a fondo.

Por último, clareando para todo el orbe el espléndido día de la natividad del Hijo de Dios, cuando el señor Rey advierte que se deshacía de sus miembros, pide que se cante la misa, y recibida participación en el cuerpo y sangre de Cristo, es llevado en brazos al lecho. Mas venida la luz del día siguiente, sabiendo lo que había de suceder, llamó a sí a obispos, abades y religiosos varones; y como confirmasen su fin, es llevado juntamente con ellos a la iglesia, adornado con pompa regia y puesta la corona en su cabeza. Luego, dobladas las rodillas ante el altar de san Juan y de los santos cuerpos del bienaventurado Isidoro, confesor del Señor, y de san Vicente, mártir de Cristo, con voz clara dijo al Señor: Tuya es la potestad, tuyo el reino, Señor; tú estás sobre todos los reyes; bajo tu imperio todos los reinos celestiales y terrestres se someten, y, por tanto, el reino que concedido por ti obtuve y que recibido goberné por todo el tiempo que plugo a tu libre voluntad, he aquí te lo devuelvo: tan sólo ruego por que mi alma, arrancada a la tempestad de este mundo, la recibas en paz. Y esto diciendo, se despojó de la clámide real con que envolvía su cuerpo y depuso la corona alhajada que ceñía

su cabeza, y, postrado en el suelo de la iglesia, con lágrimas imploraba perdón por sus delitos con más insistencia al Señor [91]. Entonces, recibida penitencia de los obispos, se le impone cilicio en vez del traje real, y se le echa ceniza en vez de la áurea diadema; a quien, permaneciendo en tal penitencia, le fué concedido por Dios vivir dos días. Pero al siguiente día, que fué martes, a hora de las doce del día en que se celebra la fiesta de san Juan Evangelista, entre las manos de los obispos entregó su espíritu al cielo.

Así, en buena vejez, cargado de días marchó en paz: año 1065. Cuyo cuerpo fué enterrado en la iglesia del bienaventurado Isidoro, sumo pontífice, que él mismo había construído en León desde los cimientos, en el año vigésimoséptimo de su reinado, a los seis meses y doce días.

REYES CITADOS EN EL TEXTO

ÍNDICE